

Maritza G.

Después
de la
tormenta



Después de la tormenta

Maritza G.

Y una vez que la tormenta termine, no recordarás como lo lograste, como sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro si la tormenta ha terminado realmente. Pero una cosa si es segura. Cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entro en ella.

De eso se trata la tormenta.

Haruki Murakami

Título: Después de la tormenta

Portada: Elizabeth G.

©2018 by Maritza G.

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Septiembre, 2018

Esta es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Sinopsis

Cuando piensas que todo está perdido, que tu vida no tiene sentido siempre habrá alguien que te devolverá las ganas de volver a soñar.

Volver a levantarse después de ser consumida por el dolor, será todo un reto para Lucía. Ha perdido un pedacito de su corazón, ha olvidado sonreír, se niega a vivir.

Retraída en su dolor verá pasar el tiempo, se irá consumiendo lentamente, hasta que una mañana alguien tocará a su puerta y le demostrará que aún hay mucho por vivir.

Gabriel es viudo y un doctor respetable, trabajaba en un hospital y tenía locas a las enfermeras, más a ninguna le hacía caso, vivía para y por sus hijos. Dos niños, Jessica y Jonathan, los cuales le darán el impulso para seguir adelante. Ambos serán la clave para que Lucía y Gabriel vuelvan a soñar.

Capítulo 1

Lucía se dirigía a casa cuando una tormenta los tomó de improviso. Su esposo se encontraba frente al volante, mientras que su único hijo estaba en la parte trasera de la Chevy Tahoe, aunque era un vehículo alto, Lucía tenía temor de toparse con calles inundadas. No era ningún secreto que en Houston esto sucediera en época de lluvias sobre todo después del huracán que azotó a la ciudad un año atrás. Cada vez que se pronosticaba una tormenta, la gente temía lo peor. A cada milla que avanzaban, la tormenta se intensificaba y si eso no fuera poco la oscuridad de la noche no ayudaba a calmar los nervios de Lucía.

La visibilidad era nula, la carretera prácticamente se encontraba vacía. Eran las dos de la madrugada cuando regresaban de una fiesta. Lucía le había suplicado a Carlos volver antes, pero las tres veces que ella se lo pidió, él se negó, alegando que la estaba pasando muy bien en compañía de sus amigos. Había estado bebiendo desde que llegaron a la fiesta alrededor de las ocho de la noche. Al momento de irse a casa, él insistió en manejar diciendo que se encontraba en perfecto estado. Lucía trató de disuadirlo, pero fue inútil, una vez que él tomaba se portaba intransigente.

Sumida en sus pensamientos no era consciente de lo que pasaba en la carretera, las cosas entre ellos ya no funcionaban como al principio de la relación. Se habían casado muy jóvenes después de que ella se quedara embarazada. Querían darle un hogar a su hijo por lo tanto decidieron hacer más formal su relación, de eso ya habían pasado ocho largos años. Su hijo

Sebastián era el amor de su vida, un niño muy tranquilo, noble, cariñoso e inteligente. Tenía siete años, cursaba el segundo año de primaria, las maestras que tenía en el colegio, estaban encantadas con él; por ser un niño muy aplicado y acomedido era el preferido. Siempre estaba rodeado de amigos, tenía un don para atraer a la gente que la dejaba asombrada.

Era muy querido por muchos y Lucía estaba muy orgullosa de ser su mamá. Muchas veces “Sebas”, como le decía de cariño, le había pedido un hermanito, diciendo que se sentía solo en esa gran mansión. Su madre hubiera querido concederle ese deseo, pero eso era imposible. El día que él llegaría a este mundo, las cosas se complicaron, el parto se prolongó más horas de las deseadas, al final no pudo tenerlo de manera natural, por lo que los médicos decidieron que debía ser sometida a una cesárea de emergencia, consecuencia de una hemorragia interna. Por precaución y sobre todo pensando en su bienestar le tuvieron que realizar una histerectomía total, lo cual la imposibilitaba para volver a concebir de nuevo. En medio del caos del quirófano su único pensamiento era que su hijo estuviera bien, por eso la noticia de que jamás volvería a ser madre la asimiló horas después de salir del quirófano. Lucía lloró desconsoladamente, pero al mismo tiempo agradeció a Dios por esta nueva vida y prometió cuidarlo y llenarlo de mucho amor.

Todo pasó en un abrir y cerrar de ojos, de repente Carlos perdió el control del vehículo, Lucía y Sebas gritaron asustados, el auto comenzó a dar vueltas sobre su eje, para al final terminar con las llantas hacia arriba.

Lucía se golpeó la cabeza y sangraba profusamente, la cara se le cubrió de sangre en apenas segundos, tanto que no podía distinguir a Carlos. Quiso voltear hacia atrás para ver cómo se encontraba Sebas, pero un terrible dolor de cuello se lo impidió.

Horas después despertaba en la cama de un hospital, un apósito le cubría la cabeza, en su brazo tenía una venoclisis y le habían inmovilizado el cuello. Se sentía aturdida, por un momento olvidó lo que había pasado, hasta que un flash cruzó por su mente, haciéndola recordar el accidente. En ese instante surgió desde las entrañas un grito desgarrador llamando a su hijo.

Una enfermera entró al cuarto, era una mujer de unos cuarenta años, cabello castaño, ojos verdes, los cuales miraban con infinita ternura a la paciente del cuarto treientos siete, se presentó como Neyda. Lucía estaba histérica y trataba de quitarse la venoclisis inútilmente, ya que se encontraba débil, pues había perdido mucha sangre.

—Señora, cálmese por favor, deje de hacer eso o se hará daño. —La enfermera le habló dulcemente. Le daba lástima la situación de esa paciente. Los habían llevado en la madrugada, víctimas de un accidente de auto. Tenía entendido que la paciente viajaba al lado de su hijo y esposo. Desafortunadamente el hijo no llegó con vida, su esposo sí, aunque al igual que ella se encontraba con golpes en todo su cuerpo.

—Mi hijo— Su voz apenas fue un susurro—. ¿Dónde está mi hijo?

La enfermera se le quedó mirando, pero parecía que no tenía el valor de decirle la verdad —Su hijo está bien, se encuentra en otra habitación, al igual que su esposo.

Se trató de levantar y le dijo a la enfermera—Lléveme con mi hijo, se lo suplico.

—Eso no puede ser posible, usted necesita descansar. Ha perdido mucha sangre, está débil y tiene que reposar, órdenes del médico. —respondió la enfermera firmemente.

Lucía muy enojada le dijo— ¡A mí me importa muy poco las órdenes del médico, yo quiero ver a mi hijo! —Lucía estaba al borde de la histeria, pero un presentimiento dentro de ella le decía que algo no estaba bien.

La enfermera viendo que la paciente se estaba exaltando, no tuvo más remedio que inyectarle un calmante en el suero. Poco a poco los parpados de Lucía comenzaron a cerrarse. En cuestión de minutos cayó en un profundo sueño. Sintiendo una impotencia enorme al ver como su cuerpo comenzaba a ceder al sedante.

Lucía despertó al sentir que alguien acariciaba su mejilla, al abrir lentamente los ojos, pudo ver a su hermana Tita al lado de ella. Se llevaban diez años de diferencia. Su hermana era de estatura bajita, cabello castaño, ojos color miel y unas curvas de infarto, a pesar de tener cuarenta años se conservaba muy bien, tenía un cutis suave y terso. Escasamente tenía arrugas de expresión, pues se la pasaba comprándose cremas y mascarillas, además de visitar regularmente un spa de belleza. Estaba casada con Javier Peñaverde, el dueño de un concesionario de autos. No podía quejarse, le iba muy bien, la trataba como a una reina. Tenían dos hijos, Javier y Kimberly, ambos ya casados, pero sin hijos. Tita vivía diciéndole a sus hijos que era muy joven para ser abuela, y se horrorizaba solo de pensarlo, por suerte ellos le respondían que no se preocupara, ya que ninguno de los dos tenía planes de momento.

—¿Cómo te sientes, pequeña? ¿Te duele algo? —Lucía asintió—, ¿Quieres que le mande hablar al doctor? —Lucía movió la cabeza negativamente.

—Quiero ver a mi hijo, diles que me lleven con él, por favor. —Una lágrima rodó por su rostro y su hermana tiernamente la secó con el dorso de su mano.

—Ahora no se puede, pero pronto lo verás. —Lucía tenía un presentimiento, sabía que algo no iba bien. El corazón de una madre jamás se equivocaba.

–Por favor Tita, dime la verdad. ¿Qué me están ocultando? ¿Por qué no puedo ver a mi Sebas? –Más lágrimas rodaron por su cara. Su hermana le tomó la mano sabía que lo peor estaba por venir, lo supo en cuanto los ojos de su hermana se posaron sobre los suyos.

–Lucía–hizo una pausa–. Tienes que ser fuerte, Sebas, no lo logró. – se quedó en blanco, su cerebro no registraba la magnitud de esas palabras, no las comprendía o tal vez no las quería comprender.

– ¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué no logró qué? –Su hermana tomó aire y bajando la voz, contestó–Sebas murió.

–¡¡¡No!!!–el grito desgarrador se debió escuchar por todo el hospital, llamando la atención de las enfermeras de planta y del doctor, que estrepitosamente entraron al cuarto para ver lo que pasaba. La imagen tan desgarradora de una madre al enterarse de la muerte de su hijo, fue impresionante. Inmediatamente, el doctor ordenó un tranquilizante fuerte. Lucía de nuevo se sumergió en un profundo sueño. O tal vez en una terrible y maldita pesadilla.

Horas después al despertarse, se sorprendió al ver a Carlos a su lado, giró su cabeza buscando a su hermana, pero ella no se encontraba ahí. Había salido unos minutos para informar a la familia del estado de salud de Lucía.

Eran una familia numerosa y muy unida. Lucía era la más pequeña de tres hermanas, Tita y Nelly, está última vivía con su mamá y su hijo Alexander. Recia al matrimonio había decidido ser madre soltera, lidiar con hombres no estaba en sus planes, gracias a la inseminación artificial, pudo convertirse en mamá. Tenía treinta y cinco años, era alta y delgada, ojos verdes color esmeralda y cabello dorado. Ninguna de las tres se parecía, ya que Lucía medía un metro con setenta, de caderas pronunciadas y, sus ojos eran grises y

su cabellera tan negra como la noche. Lo único que tenían en común, era un lunar en la parte de la espalda, las tres lo tenían en el mismo sitio. Nelly vivía en el centro de la ciudad, para ella era muy conveniente debido a su trabajo, era agente de bienes raíces, le gustaba mucho su empleo, aunque repelaba mucho con el tráfico.

El padre de ellas había perdido la batalla contra el cáncer hace tres años, fue muy duro para todas, ya que se turnaban para hacerle compañía en el hospital. Su madre padecía Alzheimer, era una bendición esa enfermedad, ya que ignoraba que el amor de su vida, partió para nunca volver. La madre tenía dos hermanas y cada una de ellas tenían cuatro hijos, todos casados y con hijos. Cada vez que se reunían para una carne asada, la casa se llenaba. Todos se llevaban muy bien, tenían una bonita relación. Entre ellos no existía la envidia, ni malas vibras. Eran una gran familia y en estos momentos estaban muy preocupados por Lucía ya que temían que no fuera a superar esta tragedia.

Lucía habló con un deje de amargura—Ya estarás contento Carlos—él bajó la mirada y no pudo decir nada—. Te dije varias veces que me dejaras a mi manejar. Te lo imploré y tú como siempre me ignoraste. Dijiste que te encontrabas en perfecto estado y ahora por tu estupidez, yo estoy pagando por tu error. Eres el responsable de la muerte de mi hijo y eso jamás te lo perdonaré.

Carlos guardó silencio, no dijo palabra alguna, sus labios estaban sellados, sabía que ella tenía razón, por su estúpida imprudencia, había perdido al hijo que tanto quería. Lloró y lloró como nunca lo había hecho, su campeón ya no lo volvería a recibir al llegar del trabajo. Ya no volvería a jugar con él, ni saldrían de pesca como tanto le gustaba. Lloró por todos esos sueños que su hijo tenía y ya no podía cumplir. Lloró por esos bracitos que jamás se enredarían en su cuello y por esos labios que jamás volverían a decir “Te

quiero papá”.

Capítulo 2

La puerta se abrió y dio paso al Doctor Smith, un hombre de treinta y ocho años, musculoso, pelo negro, ojos grises y labios gruesos. Poseedor de una voz varonil e imponente. Al hablar lo hacía con mucha seguridad.

– ¿Cómo se encuentra señora Rodríguez? –Lucía lo observó en silencio, en su mente se cuestionaba si este doctor era imbécil o tenía alguna discapacidad que le hiciera pensar en cómo se encontraría una mujer después de perder a su hijo.

– ¡¿Qué cómo me encuentro?! ¿Como cree usted que me encuentro yo? Se lo pongo de otra forma: imagínese que su hijo o hija muere en un terrible accidente. ¿Qué sentiría usted?

El doctor la contempló enmudecido. Cuando habló lo hizo con una suave voz. –Lucía, sé que en estos momentos sufres por una pérdida irreparable, sé que cualquier cosa que yo le diga, no va a mitigar su dolor, pero la vida sigue, debe ser fuerte y tratar de superar esta situación. Si necesita un psicólogo, yo mismo le podría recomendar uno de mi entera confianza.

Lucía no pudo evitar hacer una mueca, dándole la espalda le preguntó– ¿Cuándo me puedo ir de aquí?

El doctor le respondió:

–Si todo marcha tan bien como hasta ahora, se podrá ir mañana mismo y dentro de una semana, tendrá que ir con su doctor, para que le retiren los puntos de sutura. Si en cualquier momento usted se sintiera mal, no dude en regresar al hospital. Cualquier cosa que necesite, comuníquese a la enfermera en turno. Si no tiene más preguntas, me retiro. – Diciendo eso, abandonó la habitación.

Segundos después alguien tocó la puerta y la abrieron lentamente. Eran dos agentes de la ley, se presentaron como el oficial Castillo y Martínez, mostraron sus placas y les informaron que ellos eran los responsables que llevaron a cabo la investigación por el accidente ocurrido el día anterior, donde un menor de edad resultó muerto debido a ese percance y mirando a Carlos directamente a los ojos, le preguntó:

–Es usted el señor Carlos Rodríguez– él asintió– Estamos aquí para llevar a cabo su arresto, se le acusa de homicidio involuntario en la persona de Sebastián Rodríguez de edad siete años. Los cargos son por manejar bajo la influencia del alcohol, los análisis arrojaron que la indigesta del mismo superaba diez veces más de lo permitido por ley–Los oficiales se acercaron a él y mientras le leían sus derechos, lo esposaban–. Tiene derecho a permanecer en silencio, todo lo que diga podrá y será usado en su contra, tiene derecho a un abogado, sino puede costearlo, el estado le proporcionará uno.

Carlos estaba pálido, volteó a ver a Lucía, pero esta le esquivo su mirada. Con voz apenas audible él le dijo–Lucía por favor, llama a mi abogado. –Ella lo siguió ignorando.

Carlos era un Arquitecto respetado, tenía unas oficinas localizadas en una zona muy céntrica. Poseía una gran cartera de clientes, aunque después de esto, dudaba que siguieran a su lado. Un derrotado Carlos abandonaba la habitación, con la mirada perdida y sus manos esposadas. Estaba arrepentido

por su imprudencia. Desafortunadamente de poco le valía su arrepentimiento, con eso no le devolvería la vida a su pequeño.

Solo esperaba que algún día Lucía le diera su perdón, porque el jamás se perdonaría ser el causante de la muerte de su querido hijo. Sus lágrimas caían como un río acaudalado. Poco le importó que la gente murmurara a su paso. Era mucho su sufrimiento, que lo único que deseaba era estar al lado de su hijo.

Una Lucía abatida dejaba el hospital, su semblante era indescifrable. Sus pasos eran lentos y apacibles, se dejaba guiar por sus hermanas, que en todo momento le demostraron su apoyo incondicional.

A lo lejos un pensativo Dr. Smith la observaba. Sentía pena absoluta por esa mujer, que lloraba en silencio por la pérdida de su hijo. Se puso en su situación, de imaginar que era él quien perdiera alguno de sus pequeños, no sabía qué hacer. Jessica y Jonathan lo eran todo para él. Había enviudado poco más de dos años, sus hijos de cinco y siete años preguntaban muy seguido ¿Cuándo volverían a ver a su mamá? En esos momentos, él sólo se limitaba a abrazarlos.

Fue muy duro para Lucía llegar a su casa y encontrarla sin la presencia de su hijo. En completo silencio se fue a la recámara de su pequeño, se recostó en su cama y abrazó su almohada que aún tenía la esencia de él. Lloró y lloró como nunca lo había hecho. Jamás lo volvería a tener en sus brazos, ni oiría su suave voz llamarle...mamá.

No sabe cuántas horas fue las que pasó, sumida en esa habitación, perdida en sus recuerdos, hasta que decidió salir e ir a su cuarto a darse un baño.

Sus hermanas, se encontraban en el piso inferior, no quisieron subir con ella, pues sabían que era necesario dejarla sola, para que asimilara la muerte de su

hijo.

Su madre no se encontraba en óptimas condiciones de salud, se había quedado en casa. El resto de la familia la vería al día siguiente, todos se reunirían en la iglesia y de ahí partirían al cementerio Bálsamo de Paz, localizado a treinta millas de distancia.

Sería un día muy duro para toda la familia. Querían tanto a Sebas, que ignoraban como ayudarla para hacerle más llevadero su dolor. Ya que ellos mismos estaban destrozados.

El dolor de la pérdida de su hijo, la consumía poco a poco, dentro de unas horas lo volvería a ver, para darle su último adiós. Mientras tanto un Carlos derrotado, sufría entre rejas, el permiso para estar presente en el funeral de su hijo, le había sido denegado.

Lloraba amargamente y deseaba acabar con este sufrimiento que lo estaba llevando al límite. El suicidio pasó por su mente, pero era tan cobarde, que no sería capaz de llevarlo a cabo.

Se puso en pie y con los puños cerrados, golpeó la pared una y otra vez, hasta que sus nudillos sangraron. Un oficial que pasaba por ahí, dio la voz de alerta y enseguida abrieron la reja, entre tres oficiales lograron inmovilizarlo y se dispusieron a trasladarlo a la enfermería.

Se encontraba muy exaltado que se vieron en la necesidad de administrarle un calmante. Carlos presentaba varias fracturas en sus dedos. Los oficiales comprendían su dolor, pues ellos eran padres de familia, pero poco podían hacer por él. No era la primera, ni sería la última persona en pagar caro su error.

Llegó el día del funeral. Los padres de Carlos acababan de llegar, residían en

Dallas, Texas, una ciudad a cuatro horas de distancia, Lucía consumida por su pena, olvidó avisarles de la tragedia. Se enteraron por Marcos, el mejor amigo de su hijo.

Siendo Sebas su único nieto, no dudaron ni por un instante acudir a su funeral. Estaban destrozados con la noticia. Poseían una gran fortuna, forjada a base de trabajar arduamente sus tierras, además de tener ganado de primera.

Tenían solo dos hijos, Carlos y Julián, este último era el más joven y se encontraba en una misión en Afganistán, pertenecía a las fuerzas especiales y no tuvieron forma de comunicarse con él.

Primero se ofrecería una misa en la iglesia San Cristóbal y de ahí el cortejo fúnebre partiría hasta el Cementerio Bálsamo de Paz.

La iglesia estaba a reventar, se encontraba en ella tanto familiares, como amistades y conocidos. Ella entró escoltada por sus hermanas. La gente la observó con lástima. En cambio, ella era ajena a todos ellos, mientras caminaba, su mirada se concentraba en el pequeño ataúd localizado cerca del altar. Por un momento sintió que sus rodillas flaqueaban. Sus hermanas al notar lo, la sostuvieron más fuertemente.

Ver a su hijo encerrado en ese ataúd, era lo último que hubiera deseado. Por ley de la vida, se supone que son los hijos quienes entierran a sus padres y no al revés. Un grito ensordecedor quebró el silencio de la mañana, haciendo que las personas que se encontraban presentes tuvieran que bajar la mirada para no ver el dolor más grande que puede sufrir una madre, varias personas rompieron a llorar al ver su sufrimiento, sobre todo su familia más cercana.

Lucía lloraba a mares mientras miraba la carita de su hijo, tiernamente la acariciaba y en sus susurros le hablaba.

Alguien carraspeo cerca de ella, al levantar la mirada se encontró con los cálidos ojos de su suegro Faustino, aquel que la quería como si fuera una hija. Era un hombre de setenta y cinco años, con entradas pronunciadas en sus sienes, su poca cabellera la engalanaba el color blanco, sus ojos eran de un gris claro. Se acercó a ella y rodeándole con sus brazos, la apretó a su pecho.

–Llora hija, llora todo lo que quieras, desahoga tu alma que inunda tu pena.

A su lado se encontraba su suegra Rita, una mujer de setenta años, complexión robusta, cabello castaño, hebras grises poblaban su melena. La observó fríamente, nunca se habían llevado, pero por el bien de la familia, se toleraban.

En esos momentos, en su interior, ella la culpaba de la tragedia, si tan solo se hubiera puesto frente al volante, su hijo no estaría encerrado entre esas cuatro paredes y su pequeño nieto andaría correteando por ahí, en vez de estar descansando en ese ataúd.

Una vez acabada la misa, todos partieron hacia el cementerio a darle su último adiós. Uno a uno los carros se enfilaron guiados por dos patrullas, una adelante y la otra atrás. Llegaron al cabo de media hora y las personas que acompañaron la comitiva fueron bajando de sus vehículos.

Los encargados del cementerio, habían colocado varias hileras de sillas, para que se acomodara la familia y amistades. El sacerdote les pidió que guardaran silencio y a continuación dijo unas palabras:

–Hijos, estamos aquí reunidos para despedir a un gran angelito a quien Dios le concedió sus alas. Hoy, aquí en la Tierra, es un momento muy triste, pero allá en las alturas hay un gran festejo, pues ha vuelto a casa Sebastián. Recordar que los hijos son prestados por un tiempo, ya sea unas cuantas horas, días, meses o años y que, al término de ese tiempo, ellos deberán volver con Dios,

nuestro Señor. Nadie está preparado para dejar ir a un ser querido. No hay escuela que proporcione este tipo de lecciones, pero nuestro Señor, en su infinita sabiduría, nos dará el consuelo y la fuerza para pasar este amargo dolor. No lo lloren por un prolongado tiempo, pues eso evita que él avance en su nueva vida celestial. Más bien alégrese por él que en estos momentos goza de la presencia de nuestro Señor.

Más de una persona lloró con las palabras que el padre dirigió. Lucía sufría una agonía al no volver estrechar los brazos de su pequeño. Lágrimas escurrían por su rostro como un río desbocado, al ver como poco a poco iban bajando el féretro. Hasta que se desapareció en las entrañas de la tierra. Se acercó y arrodillada le gritó lo mucho que lo quería y que jamás lo olvidaría. El Padre se acercó a ella y le dijo: Lucía te esperan días muy difíciles, pero no estás sola. Déjate apoyar por todas las personas que te quieren, no te encierres en ti misma, todo esto lleva un proceso. Tiempo al tiempo Lucía. Sabes dónde encontrarme si necesitas hablar con alguien. –Diciendo esto se dispuso a abandonar el cementerio.

Al día siguiente su familia y algunas amigas se reunieron en su casa, no quisieron dejarla sola, le mostraron su apoyo incondicional. Sandra, su amiga de la infancia, una mujer morena, de estatura mediana, de ojos y cabellos negros se acercó a ella, se sentó a su lado y pasándole su brazo por encima de su hombro, le dijo:

–Nadie mejor que yo sabe cómo te estas sintiendo en estos momentos. –Lucía le dirigió una mirada y le respondió:

–Mientras más te conozco, más te admiro. Yo no soy lo suficientemente fuerte como tú. Me duele su ausencia, siento un vacío en mi corazón.

Sandra guardó silencio antes de decirle–Cariño, el dolor se sana viviéndolo,

no puedes evadir la realidad. Nunca olvidarás a tu pequeño Sebas, pero te prometo que aprenderás a vivir sin su presencia física. Mientras viva su recuerdo en tu corazón, el nunca morirá –Lucía la escuchaba atentamente–. Hablar te ayuda a mitigar el dolor. Si quieres, en cuanto te sientas mejor vamos al centro de apoyo, en ese lugar me ayudaron a superar mi pena, aprenderás a ver las cosas de diferente manera. – Lucía asintió en silencio.

Días después recibió la visita de sus suegros, acababan de ir a visitar a su hijo a la cárcel y no traían buena cara.

Su suegro con voz pausada le preguntó– ¿Hija, ¿cómo estás?

Ella le respondió:

–Devastada, han sido unos días muy difíciles, aún no me acostumbró a la ausencia de mi hijo, siento que todo esto es un mal sueño del cual pronto despertaré, pero no es así.

Su suegra se le quedó viendo y con lengua mordaz le dijo:

–Y tú piensas que eres la única que sufre la muerte de mi nieto. ¿Te has puesto a pensar siquiera un segundo, en cómo está mi querido hijo? Encerrado tras esas rejas, sin haber tenido la oportunidad de despedirse de su pequeño. –Si las miradas mataran, Lucía ya estaría muerta y enterrada. Y en algún lugar de su mente una voz le decía que de esa manera era justo como quería estar.

La relación con su suegra nunca fue buena, pero ahora era simplemente insostenible. Antes de contestarle, meditó unos segundos sus palabras.

–Se que no soy la única que sufre y sinceramente me importa muy poco como se siente su querido hijo, él es el responsable de que ahora yo este sufriendo. Le pedí, le imploré que me dejará manejar a mí, pero él se negó y ahora está pagando caro su error –tomó aire antes de decir las siguientes palabras–.

Aprovechando que están aquí, les informo que pienso meter la demanda de divorcio, no podría seguir unida al hombre que me destrozó la vida.

Sus suegros no esperaban eso. Realmente les tomó por sorpresa. Sin saber que decir, sólo se miraban el uno al otro. Fue su suegro el que rompió el silencio.

–Hija, respeto mucho cualquier decisión que tomes con respecto a tu relación con mi hijo, pero ¿Estás segura que es eso lo que quieres hacer?

Lucía sin titubear le contestó–Si, eso es lo que quiero hacer, aunque él salga libre, yo no podría permanecer a su lado.

Su suegra que no se quiso quedar callada, la enfrentó con estas palabras:

–Típico de ti, ahora que el barco se hunde, eres la primera en saltar y dejar a mi pobre hijo a su suerte. –con odio y mucho coraje, ahora salía a relucir la verdadera cara de su suegra sin mascarar.

Lucía no era de las personas que se quedan calladas y bajan la mirada. Así que no dudó ni un segundo en responderle como se merecía esa vieja perversa, su matrimonio hubiera sido color de rosa, sino fuera por esa vieja que desde el primer minuto le declaró la guerra. Ella estaba consciente de que no era la mujer que le hubiera gustado para su hijo, así que estaba más que feliz de perderla de vista.

–Sabía que su querido hijo ¿tiene o tenía un amante? La noche anterior al accidente, su hijo llegó de madrugada y con lápiz labial en su camisa, así que su hijo santo, lo que se dice santo, no era. Porque mejor no le pregunta a su hijo el nombre de la fulana y va y habla con ella para que le haga compañía el día de la visita conyugal. –Su suegra se quedó pasmada sin saber que decir. Así que fue su suegro el que tomó la palabra.

–Hija, haz lo que creas conveniente, cualquier cosa que decidas, ya sea

divorciarte de mi hijo o seguir con él, respetaré tu decisión y si decides seguir adelante con el divorcio, quiero que sepas, que, para mí, eres y seguirás siendo la hija que nunca tuve. Podrás contar conmigo para lo que se te ofrezca. –La suegra estaba que echaba humo por las orejas, más enojada no podría estar.

El ambiente se tornó incómodo para los presentes, que decidieron dar por terminada la visita, con la promesa de que, si en algún momento ella necesitaba ayuda, los buscaría. Algo que por supuesto no pensaba hacer.

Capítulo 3

Tres meses después Lucía seguía apática. Había perdido mucho peso. Su piel estaba pálida, sus ojos brillaban al contener las lágrimas no derramadas y cabizbaja recorría los rincones de su hogar. Cada pequeño recodo le recordaba a su hijo. Los días transcurrían lentamente y seguir viviendo en ese lugar, se estaba convirtiendo en una tortura. De la noche a la mañana su familia se desintegró. Su hijo murió y Carlos cumplía una condena en la cárcel estatal. Ya había metido la demanda del divorcio, antes de firmar nada él pidió verla, pero Lucía no quiso. Le impusieron una multa de diez mil dólares y cinco años de prisión, su abogado quiso apelar esa decisión y tratar de rebajarle la condena, pero él se negó. El castigo de estar encerrado, era poco. Se merecía eso y mucho más, sus padres lo frecuentaban cada semana, pero de Lucía no sabía nada, la última vez que la vio fue en el hospital. No le reprochaba nada, al contrario, la entendía, ella estaba en todo su derecho de negarse a verlo. Así que firmó los papeles del divorcio, estaban casados por bienes mancomunados, así que cada quien obtendría la mitad correspondiente. Ella se negó a recibir nada de la empresa, no tenía idea de arquitectura y no pensaba llevar el negocio de su marido, de eso era mejor que siguiera encargándose el mejor amigo de Carlos. Ella lo único que quería era quedar libre de él, pero sus hermanas le aconsejaron que tomara lo que le correspondía por derecho propio.

Como el divorcio era de mutuo acuerdo, el proceso sería más rápido. En pocas semanas sería una mujer libre, pero triste y sin ganas de vivir.

Juany el ama de llaves de la casa, una mujer de mediana edad, de pelo castaño y cuerpo robusto, llevaba trabajando para los señores desde que Sebastián nació, angustiada por su señora, no le quedó más remedio que comunicarse con las hermanas de Lucía, ella seguía negándose a comer, se estaba dejando morir y a este paso, pronto lo lograría.

–Señora Tita, soy yo, Juany, le habló por que es indispensable que venga a casa, mi señora no quiere ingerir alimento alguno y yo estoy muy preocupada por ella. –una exhalación se oyó a través de la línea.

– No te preocupes Juany, en seguida iré, muchas gracias por mantenerme al tanto de mi hermana. –Dando por terminada la llamada, se dispuso a ir a la recámara de la señora, no permanecía ni un segundo sin supervisión, temía que cometiera una locura. Tocó suavemente la puerta y al no recibir contestación la abrió. Lo que vio la dejó paralizada, Lucía estaba recostada en su cama y a un lado de ella, un bote de pastillas desparramado en la cama y cerca de ella, la foto de su querido hijo, sin perder el tiempo le marcó al número emergencias.

–Novecientos once ¿Cuál es su emergencia? –la operadora le preguntó amablemente.

–Mi señora, esta inconsciente, tomó unas pastillas, necesitó que manden una ambulancia con urgencia. –con voz temblorosa, desesperada.

–Tranquílcese y dígame su nombre y relación con la víctima.

–Soy Juany Pérez, el ama de llaves.

–Señora Pérez. ¿Me podría proporcionar la dirección?

–Sí– A continuación, le dijo la ubicación.

–Muy bien, en este momento va una ambulancia en camino, siga manteniendo la calma, que en seguida llegará la ayuda.

–Muchas gracias señorita. –respondió más calmada.

–De nada, estamos para servirle.

Tan pronto como colgó la llamada, se comunicó con la hermana.

–Señora Tita, soy yo de nuevo, a ocurrido una desgracia, mi señora casi vació un bote de pastillas tranquilizantes, esas que le recetó el doctor para cuando no pudiera dormir. Esta inconsciente, temo por su vida.

–Cálmese Juany, ¿Ya le hablaste a emergencias?

–Si señora, ya vienen en camino. –Al otro lado de la línea, una preocupada hermana se pasaba las manos por su cara.

–Entonces lo mejor será que me vaya directo al hospital y la espere allá. Gracias por avisarme Juany. –Diciendo esto colgó la llamada y se fue en busca de las llaves del auto, en el camino les avisaría a los demás, ahorita no quería perder el tiempo.

La ambulancia arribó treinta minutos después, entraron por el área de emergencia, donde el Doctor Smith ya la estaba esperando para llevar a cabo un lavado gástrico. De casualidad vio a la hermana de la señora Rodríguez y se le acercó para preguntar por ella, jamás pensó que le diría la razón de su presencia. Tomó cartas en el asunto, habló con un colega suyo para hacerse cargo de la situación tan pronto esta llegara, él la atendería.

Mientras tanto, en la sala de espera, una familia estaba a la expectativa de tener noticias alentadoras del estado de Lucía. Aún no podían creer lo que ella

hizo. Pensaban que las pláticas del centro al que acudía con su amiga, estaban funcionando, pues no la había notado alterada.

La puerta se abrió y salió el Doctor Smith, para ponerlos al tanto de la situación.

–La señora Rodríguez esta fuera de peligro, aun así, deberá quedarse en observación por lo menos un día. Como médico, me veo en la necesidad de recomendarle que tome una terapia. Esta vez ella falló, pero quizás la próxima vez, logre su cometido–Todos guardaban silencio–. Una psicóloga la ayudará a salir de la depresión que tiene. Yo le podría recomendar una, si ustedes me lo permiten, o pueden ustedes buscarla por sus propios medios, eso sí, es muy necesario que no pierdan el tiempo y que ella empiece cuanto antes un tratamiento.

Todos le agradecieron por sus atenciones y aceptaron de buena gana la recomendación de la psicóloga.

Era media noche cuando Lucía abrió los ojos, el cuarto se encontraba en penumbra, al voltear hacia el lado izquierdo, se sorprendió de ver al Doctor Smith, ese día le tocó hacer guardia y al llegar a su habitación quiso quedarse un momento, en cierta forma, velar su sueño, ignoraba que le pasaba con ella, desde que la conoció no había podido quitársela de la cabeza, tenía algo que lo atraía como un imán. En silencio la observaba. Se sostuvieron la mirada, hasta que él rompió el silencio.

– ¿Cómo se siente señora Rodríguez? –sin dejar de mirarla a los ojos, se acercó a ella y checó sus signos vitales.

– ¿Qué me pasó? ¿Por qué estoy aquí? –Lucía se sentía desorientada.

–Dígame señora Rodríguez...–ella lo interrumpió

–Lucía, llámeme por mi nombre por favor. –Lo que menos quería era ser llamada por el apellido del responsable de la muerte de su hijo.

–Como le decía Lucía, ¿Qué es lo último que recuerda? –a su mente le acudió el último recuerdo.

–Estaba acostada en mi cama, en mis manos tenía la fotografía de mi hijo, la que le tomé en su último cumpleaños, de repente sentí demasiado dolor, que quise acabar con este sufrimiento que me consume cada día y cada noche. –el doctor la escuchó atentamente, antes de pronunciar palabra alguna.

–Puedes estar segura que estuviste muy cerca de cumplir tu cometido. Lucía, la muerte no es la solución a sus problemas, eres joven y tienes toda una vida por delante. –Ya estaba harta que todo el mundo me diga lo mismo «eres joven, tienes una vida por delante»

–Sin mi Sebas, la vida no es vida y por lo tanto no me interesa vivirla. –su voz sonaba apagada, estaba convencido que lo volvería a intentar, tenía que convencerla de que se dejase ayudar, la depresión es algo serio, las personas que lo padecen viven en completo letargo, les da lo mismo una cosa que la otra. Recetarle fármacos antidepresivos, no era una solución viable, pues en cualquier momento podría administrarlos de manera incorrecta. En este caso, él pensaba que el apoyo psicológico le ayudaría más. La terapia cognitivo-conductual se ha demostrado que era efectiva. También hacer ejercicio físico mejoraba el bienestar personal, tanto físico como psíquico. Solo era cuestión de hacerla entrar en razón y si eso no funcionaba, entonces la obligaría a internarse en un centro especializado, donde tendría supervisión las veinticuatro horas al día. Aún en contra de su voluntad, solo necesitaba hacer un reporte médico y su opinión quedaría descartada.

–Tengo que seguir con la ronda, siga descansando Lucía, cualquier cosa que

necesite no dude en hablarle a la enfermera. –diciendo esto abandonó la habitación.

Los ojos de Lucía se le fueron cerrando hasta caer en un profundo sueño. Su consuelo era, que al menos en sus sueños su hijo estaba vivo, lo podía besar y sentir sus bracitos alrededor de su cuello.

A la mañana siguiente su hermana la visitó, tenía ojeras marcadas, pues no había podido dormir del todo, preocupada por Lucía, salió a primera hora de su casa con rumbo al hospital. Al llegar la encontró desayunando, aún lado de ella estaba una enfermera que le daba de comer en la boca como si fuera un bebe.

–Hola cielo, ¿Cómo amaneciste? –Tita le preguntó, pero al ver la cara de su hermana, se dio cuenta que no pasó mejor noche que ella.

–Bien, supongo. –una escueta respuesta, por parte de ella.

–Veo que amaneciste con hambre, me da gusto verte comer. –Lucía le dirigió una mirada de pocos amigos.

–No tengo hambre, el Doctor Smith ordenó que desayunara temprano y para más fastidio, le dijo a la enfermera que, de ser necesario, me lo diera en la boca. –Al decir eso, no pudo evitar hacer una mueca de disgusto.

–Sea como sea, me alegro de ver que estas ingiriendo alimento, sabes a Juany le va a dar mucho gusto saber que estas comiendo, a la pobre le metiste un susto ayer. Quiere venir a verte, pero le dije que lo más probable es que te den de alta hoy, que mejor se quede en casa preparándote tu platillo favorito.

–Después de un silencio prolongado Lucía habló.

–Lo siento, no era mi intención asustarlos. – dijo Lucia bajando la mirada.

–No si tus intenciones yo las tengo claritas, tu no querías asustarnos, tú lo que querías era matarnos de dolor–Tita se estaba disgustando y tal vez no era para menos–. ¿Te parece poco haber perdido a Sebas? –Lucía no decía nada, su hermana estaba enojada y con justa razón.

–Nadie me comprende, el dolor es tan grande, que me consume, me atrapa y envuelve en sus redes, no me deja respirar. –no pudo evitar que una lágrima se deslizara por su mejilla. Su hermana se acercó a ella y con una suave caricia, se la borró.

–El doctor ha sugerido que tomes terapia con una psicóloga, ya que no pusiste de tu parte en las otras reuniones a la que ibas con tu amiga. Ahora tendrás que ir obligadamente a ver a una psicóloga, órdenes del médico. Empezarás una terapia de inmediato y ella te dará de alta cuando lo crea oportuno. De ti depende que tardes unas semanas o meses. Es opción tuya. –Lucía no tuvo más remedio que asentir con su cabeza. Ya todo estaba dicho, poco importaba su opinión.

Ese día por la tarde, le dieron de alta, no sin antes haber concertado una cita para al día siguiente con la Doctora Burks, una psicóloga altamente cualificada en temas de depresión. Al llegar a su casa, una sonriente Juany le dio la bienvenida con un cálido abrazo.

–Me da mucho gusto que ya este de vuelta en casa mi señora– le dijo con voz titubeante–. Por favor, no me vuelva a dar un susto como ese, casi me da un infarto, mire que a mis años uno ya no está para esos trotes.

–Lo siento mucho Juany, perdóname. – bajó su mirada, que no se dio cuenta cuando ella se le acercó y con sus brazos la envolvió en un cálido abrazo. Lágrimas se deslizaron por su rostro. Y un sollozo se escuchó cerca de ellas. Era su hermana, conmovida por la escena.

Juany se había molestado en prepararle su plato favorito, lasaña, así que, aunque no sintiera mucho apetito, comería algo, no quería desairarle la comida.

–Muchas gracias por la comida Juany, te agradezco todo lo que haces por mí, crees que no me doy cuenta, pero sé que estas al pendiente de mi en todo momento, quédate tranquila, no volveré a cometer una locura como la de ayer.

–Un suspiro escapó de los labios de Juany.

Terminó de comer acompañada de su hermana, no la dejó hasta estar segura que ingiriera toda la comida. Una vez terminada, se retiró a su cuarto, se sentía cansada y con sueño. Su hermana se quedó un rato más, por si acaso se le ofrecía.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, se levantó sin ganas de vivir, como lo venía haciendo en los últimos días. Tomó una ducha fría para despejar su mente, dejó correr el agua por su rostro, limpiándole su cara, más no su alma. Era imposible dejar de llorar, cuando sentía que el corazón se le partía en mil pedazos ¿Cómo reponerse a un golpe como este? Cuando se ha perdido lo que más se quería, Lucía no tenía ilusión alguna. Sus sueños se desvanecieron esa triste noche en que perdió a su querido hijo.

Al salir del baño, fue a su armario, de entre toda su ropa, sacó un vestido negro, le llegaba a la altura de la rodilla era recto y sobrio. Tanto como si quería o no, ese día tenía una cita con la psicóloga.

Lucía llegó al consultorio media hora antes de su cita. Dio su nombre a la recepcionista y en seguida tomó asiento y se dispuso a esperar.

El tiempo pasó lentamente o al menos esa fue la sensación que tuvo Lucía, estaba nerviosa y sus manos tenían un ligero temblor, para evitar que se notara, agarró una revista que estaba sobre la mesa y se dispuso a hojearla. Una a una fue pasando sus hojas, miraba, pero en realidad no prestaba atención a nada. Había pocos pacientes en la sala de espera, desde jóvenes con caras largas, hasta señoras a punto de llorar. Era deprimente ese lugar y se supone que fue ahí para sentirse mejor.

Cerca de la media hora, escuchó que la llamaban por su nombre su nombre, dejó la revista en la mesa y se paró. Se recompuso el vestido y puso su mejor cara. La recepcionista le indicó una puerta y se encaminó hacia ella. Tocó con sus nudillos suavemente y al otro lado de la puerta una voz le contestó:

–Adelante. –Una mujer joven, como de unos treinta y cinco años, un poco pasada en peso, de cabellos rubios y mirada gris, le sonrió cálidamente.

Sus ojos recorrieron el amplio consultorio, sus paredes eran de color gris claro, adornadas por unos cuadros de pinturas abstractas y paisajes impresionantes. Al centro se ubicaba un escritorio de estilo antiguo, atrás había un ventanal, donde se apreciaba parte de la ciudad con sus edificios imponentes. En el otro extremo se encontraba un sillón, frente a el un diván y en medio de los dos una mesita.

–Bienvenida señora Rodríguez, espero poderle ser de gran ayuda. –Lucía no pudo evitar hacer una mueca. La doctora le indicó que tomara asiento en donde ella quisiera, ya sea en la silla frente al escritorio o en un cómodo diván. Ella eligió la silla. Si pensaba que, al acostarse ahí, se relajaría, lo llevaba claro.

Desde que entró al consultorio, la doctora la observó detenidamente, para después preguntarle:

– ¿Es mi consultorio de su agrado? –Lucía no pudo evitar sonrojarse y permaneció en silencio.

–Me da gusto contar con su presencia, como ya sabe soy la Doctora Burks, pero me gustaría que me llames Jenny, para crear un ambiente más relajado e informal. –Guardó silencio unos segundos antes de continuar–Ahora dime, ¿Cómo deseas que te llame yo?

Lucía sin titubear ni un segundo, le respondió:

–Lucía. –su respuesta fue escueta, apenas si movió sus labios al momento de pronunciar su nombre, desde ya pronosticaba que no sería una consulta sencilla, ni mucho menos fácil.

La doctora no era lo que Lucía se imaginó, pensó encontrarse con una mujer

mayor de edad y pelo gris, cuando en realidad esa mujer era casi de su misma edad. La doctora rompió el silencio.

—Me gustaría saber ¿Cómo te sientes? —Lucía meditó unos segundos su respuesta.

—Me siento triste. Mi vida cambió radicalmente a partir de la muerte de mi hijo. No me siento con ánimos de hacer nada, ni siquiera de comer, pues he perdido el apetito. Me da igual todo, lo único que quiero es sumergirme en un profundo sueño y no despertar jamás. —No agregó nada más.

—Entonces tendremos que hacer algo para que resurja el amor por la vida, eres joven y estoy segura que con mi ayuda y tu empeño podrás salir adelante. Mira Lucía te entiendo mejor de lo que te imaginas, pues yo viví lo mismo que estás viviendo tú en estos momentos— esas palabras lograron captar la atención de Lucía—, yo al igual que tú, también perdí a un hijo y créeme, no somos las primeras, ni tampoco seremos las últimas que pasen por una situación similar. Cada día cientos de personas mueren alrededor del mundo. Te imaginas que sería de este mundo si todos adoptaran tu actitud por la vida, tu falta de interés por vivirla. Este mundo sería un caos. Dios solo presenta batalla a los mejores guerreros y si tú estás pasando por esta situación, es porque él sabe que tu pondrás todo de tu parte para ganarla. No todo está perdido, el primer paso para vencer, ya lo has dado. —Lucía no comprendió sus últimas palabras y así se lo hizo saber.

— ¿Qué quieres decir con eso? ¿De qué paso hablas? —Jenny le sonrió.

—Hablo de que estas aquí, ese es el primer paso hacia la liberación de tu alma. Voy hacer todo lo posible por sacarte de ese letargo en el que ahora te encuentras. —Lucía asintió y pensó sus siguientes palabras.

— ¿Cómo le hiciste para superar la muerte de tu hijo? —Al ver que ella tenía

interés, la doctora se emocionó.

–Hablé con un amigo, el cual conozco de toda la vida. Platicar con él me ayudó a sobrellevar esa pena, me hizo entender que él no se ha ido, mientras su recuerdo viva en mi corazón, él seguirá conmigo. La muerte Lucía, no es el fin de todo sino el principio de algo en otro lugar.

Lucía estaba más tranquila, tenía mucho que reflexionar.

–Sabes, me ha ayudado hablar contigo y conocer tu experiencia. Saber que tú pasaste por lo mismo que yo y verte tan bien, me dan esperanzas de poder salir de este pozo negro que me engulle cada día

–Me da mucho gusto oírte hablar así. El primer paso para salir de una depresión, es admitir que tenemos un problema y por supuesto tener las agallas necesarias para salir de él.

–La próxima cita será dentro de una semana, pero mientras esta llegue te voy a dar una tarea. –Lucía achicó los ojos, no esperaba que tuviera que hacer algo aparte de hablar.

– ¿Qué tarea? –con cautela le preguntó.

–No te preocupes, no es nada del otro mundo. De hecho, es una tarea muy sencilla. Quiero que compres un diario, y en él plasmas tus sentimientos, ya sean de dicha, tristeza, rencor etc. De igual manera quiero que escribas las cosas que a ti te hacen feliz, o esas que le dan calma a tu paz mental. No te guardes nada, por más simple que sea, te aseguro que te ayudará a superar tu pena—hizo una pausa—, también quiero sugerirte que sino estas inscrita en un gimnasio, lo hagas, hacer ejercicio por lo menos una hora, te ayudará a que durante el tiempo que lo realices, tu mente estará en otra cosa, que no sea pensar en tu dolor.

–Muchas gracias y tomaré en cuenta sus sugerencias.

–En ese caso, daré por terminada esta sesión y nos veremos de nuevo dentro de una semana, pero quiero que tengas en cuenta algo: si antes de que nos veamos, tú te sientes mal, no dudes contactar conmigo, sin importar la hora que sea, yo atenderé tu llamada, Patty te dará la siguiente cita y te entregará una tarjeta con mi número tanto de la oficina, como personal, no dudes en usarlos.–diciendo esto se puso en pie y le dio la mano.

Lucía abandonó el consultorio, sintiéndose mejor de cómo llegó. Se acercó a la recepcionista que enseguida concertó su siguiente cita.

Mientras tanto, el Doctor Smith se preguntaba si acaso Lucía iría a la cita con la psicóloga, no podía de dejar de pensar en ella. Aunque el perdió a su mujer y pasó momentos terribles, llenos de angustia y dolor, no quería ni imaginar lo que estaba sintiendo ella, con la pérdida de su hijo. Esperaba que con la ayuda de la doctora y dándole tiempo al tiempo, lograría superar su pena.

Estaba perdido en sus pensamientos, cuando de repente le entró una llamada a su celular, al ver quien era, una sonrisa engalanó su cara, era su hijo Jonathan.

–Hola campeón ¿Cómo estás? –sus hijos lo eran todo para él.

–Bien papi, quiero saber si hoy podremos ir al parque a jugar un rato, tú lo prometiste, dijiste que hoy saldrías temprano. – pasó su mano por su cabello, pensando en esas palabras.

–Tienes razón, se los prometí y lo voy a cumplir, esta tarde al salir del trabajo iremos al parque y después a comer un helado, ¿Te parece bien? –Al otro lado de la línea claramente pudo oír un grito de felicidad y unas manos sonar.

–Gracias papi, te quiero mucho. –su voz denotaba felicidad.

–Yo te quiero mucho más, les mando un fuerte beso a ti y a tu hermana. Cúdense mucho, pórtense bien con su nana y háganle caso en todo. –colgó la llamada con una sonrisa en su cara y así fue como lo encontró Neyda, la enfermera.

–Doctor Smith, se le solicita con urgencia en el cuarto cuatrocientos ocho, el paciente está presentando complicaciones. –Neyda era una de sus enfermeras favoritas, era una persona entregada a su trabajo, no tenía ninguna queja de ella, muy responsable y atenta a las necesidades de los enfermos. Salieron del consultorio en completo silencio.

Una Lucía totalmente diferente llegó a su casa. Juany notó el cambio y le dio gusto ver a su señora tranquila.

–Señora quiere comer algo, le puedo preparar lo que a usted se le antoje, cualquier cosa con tal de verla comer. –su fiel ayudante siempre procurándola, aunque para Lucía, Juany era más que eso. La consideraba parte de la familia, le tenía mucho cariño.

–Gracias Juany, sabes que, se me antojan unas flautas bañadas con mucha crema y guacamole, pero no las quiero para ahorita, que te parece preparármelas en unas dos horas, quiero tomar una siesta primero. –Juany sonrió.

–Claro que si mi señora, lo que usted guste y mande. Estoy para servirla y lo hago de corazón.

Lucía se acercó a ella y le dio un fuerte abrazo, el cual fue correspondido por su fiel servidora.

–Estaré en mi cuarto, por favor no me pases llamadas que quiero descansar un rato. –diciendo eso se dispuso a ir a su recámara.

Al llegar a su cuarto, Lucía pensó en las palabras que le dijo la doctora y se dirigió a su mesita de noche, ahí guardaba un diario, aún tenía sus hojas en blanco, pues nunca se animó a plasmar en él, sus pensamientos. Eso iba a cambiar de ahora en adelante. Buscó una pluma y teniendo ya ambas cosas en la mano, se dispuso a empezar su diario.

—Querido diario— las personas siempre empiezan por esa frase, así que Lucía pensó que era buena idea comenzar de esa manera—, la vida a veces es muy injusta, estoy molesta con Dios, por haberme quitado a mi hijo, yo sé que siempre dicen: los hijos son prestados, pero no puedo aceptarlo. Me siento triste por lo que pude haber hecho por él, más sin embargo no hice. Siento como si estuviera caminando en un cuarto oscuro, volteó a todos lados y no veo la luz. Me pregunto si algún día podré superar esta pena que me embarga y me mata lentamente. Esto duele y duele mucho, siento morir poco a poco porque él ya no está conmigo. A veces quisiera tener el poder de regresar el tiempo y así poder evitar esta tragedia, que sólo ha traído sufrimiento. Llora, llora por esos felices años en los cuales lo pude cobijar bajo mis brazos. Su ausencia me duele, pero sé que tengo que dejarlo ir, aunque aún no estoy preparada para ello. Necesito tiempo para asimilar que mi hijo no vendrá como solía hacerlo cada mañana, a darme un beso. No sé qué más escribir, creo que por hoy es suficiente.

Lucía guardó su diario en el buró y una a una se fue desprendiendo de sus ropas hasta quedar en ropa interior, se acostó en su cama y se tapó con la sabana. Trataría de dormir un rato, se sentía agotada.

Horas después, una Lucía más descansada bajaba al comedor, donde una sonriente Juany la esperaba.

—Señora quiere que le sirva la comida en el comedor principal o prefiere comer en la terraza. —meditó su respuesta. En la terraza no sería buena idea, ya

que le traería recuerdos de cuando ella comía mientras Sebas corría en el patio, tampoco le apetecía comer en el comedor principal, era demasiado grande para ella sola.

–Sabes que Juany, hoy me apetece comer en la cocina. Sírvenme allá, por favor.

–Como usted guste mi señora.

En silencio comió Lucía, no tenía ganas de hablar, perdida en sus recuerdos, no sintió llegar a su hermana Nelly acompañada de su hijo y su madre. Sintió que alguien le tocaba el hombro suavemente y salió del letargo en el que se encontraba.

– ¿Cómo te encuentras hija? –preguntó su mamá.

–Triste, como siempre. –no dijo más.

–Siento mucho por lo que estas pasando, pero ya verás que pronto te sentirás mejor, Dios te dará la fuerza necesaria para salir adelante, él con su infinito amor, te ayudará a sobrellevar tu pena. –Lucía no se molestó en decir nada, esas frases hechas se las sabía al revés y al derecho. “Te sentirás mejor” en verdad ellos creían que algún día ella se sentiría mejor. Más Lucía lo dudaba.

–Si claro, ya lo sé. –Nelly se sentó a su lado y le pidió a Juany que le sirviera, esas flautas tenían buena pinta y no iba a perder la oportunidad de comer. Su cocina no era su fuerte, le encantaba comer, más no cocinar. Su hijo pidió poder usar la computadora de su tío y se retiró a la biblioteca a jugar.

–Y dime ¿Cómo te fue en tu primer día con la psicóloga?

–Supongo que bien, me recomendó hacer ejercicio y escribir en un diario. Esta tarde lo comencé quizás un día de estos vaya y me inscriba en el gimnasio. Aunque aquí tenemos uno muy bien equipado, ella prefiere que salga fuera de

casa.

–Me parece perfecto, te va a servir para que te distraigas. También podrías salir a caminar al parque, respirar aire puro no te haría nada mal. – se quedó pensativa.

– ¿Sabes qué? Quizás tengas razón, salir de aquí me servirá mucho. Nelly hay algo que quiero hablar contigo. –Nelly la escuchó atentamente.

–He estado pensando que esta casa es demasiado grande para mí, quisiera mudarme a otra más pequeña, que este localizada en un buen vecindario.

– ¿Qué piensas hacer con esta casa?

–El abogado se encargará de la venta de esta propiedad y yo recibiré la mitad, Carlos tampoco quiere quedarse con ella. Le comuniqué mis planes con el abogado y él a su vez habló con él.

–En ese caso, me pondré manos a la obra y tan pronto encuentre una que se ajuste a tus necesidades, te avisaré para ir a ver las propuestas que tenga y ya después tú decides.

–Me parece perfecto, gracias.

La comida transcurrió entre comentarios leves, ya que no estaba de humor para mucha charla, tan pronto termino de comer, dio gracias a Juany y se despidió de su familia. Subió al cuarto y se recostó de nuevo en la cama. Tomó la fotografía de su hijo y la abrazó a ella.

Capítulo 5

No tenía ánimos para hacer nada, se quedó observando el cajón de su mesita y se decidió por sacar su diario. Lo sostuvo unos segundos entre sus manos, antes de decidirse a abrirlo. Escogió una hoja en blanco y se dispuso a escribir.

– ¿Por qué todos dicen lo mismo? Pronto te sentirás mejor, eres joven, saldrás adelante, confía en Dios y...yo en lo único que puedo pensar cuando me hablan de él es... ¿Por qué Señor? ¿Por qué te llevaste a mi hijo? Me lo arrancaste de mis brazos siendo aún un niño, él era bueno, tú lo sabes, yo lo sé...entonces ¿Por qué a él? Señor dile que lo quiero mucho, que me hace tanta falta, que siempre lo querré, para mí fue el mejor hijo que pude tener, díselo, por favor. No me resigno a perderlo, a no sentir su cuerpecito junto al mío, ayúdame Señor, porque este dolor me sobre pasa y hay días en que no sé qué hacer. –cerró el diario y lo dejó de nuevo en la mesita de noche, no pudo seguir porque el llanto le ganó. Se acurrucó en la cama y tal como hiciera en días pasados, tomó entre sus manos la foto de su hijo y se quedó profundamente dormida.

En sus sueños oyó una suave voz que le dijo:

Hija mía, aquí estoy, toma mi mano que yo te guiaré por el sendero del bien. Aquí tienes mi hombro, apóyate en él, llora cuanto quieras, que yo te consolaré. Si alguna vez te sientes sola y la tristeza te está invadiendo,

solo recuerda que me tienes a tu lado, que, aunque tú no me puedas ver, yo te estoy mirando.

Si enojada te encuentras un día y desquitarte con todos quisieras, duerme un poco hija mía, ya verás que, al despertar, todo pasará.

Cuando quieras compartir tus secretos con alguien, hazlo conmigo hija mía, que yo no se los diré a nadie.

Cuando alegre tu estés, comparte esa alegría, olvídate de las penas y sonríele a la vida.

Si aún no sabes qué hacer con tu vida, no desesperes hija mía, que a tu lado yo estaré y nunca te dejaré, si ya no puedes caminar y cansada tu estas, no te preocupes hija mía, que en brazos te llevaré y siempre te cuidaré.

Duerme tranquila hija mía, duerme tranquila, que yo velaré tu sueño.

Por primera vez en mucho tiempo Lucía sintió paz, una tranquilidad la envolvió y pudo descansar.

Gabriel llegó temprano a casa, tal y como les prometió a sus hijos, tan pronto lo vieron llegar, corrieron a su encuentro, eso era la mejor parte del día, ser recibido por sus dos amores, no tenía precio. Eran su adoración y no había nada que no hiciera por ellos.

–¡¡¡Papi llegaste temprano!!! como lo prometiste –la dulce voz de Jessica les llegó a sus oídos.

–Claro que sí, mi querida princesa. ¿Cómo se portaron hoy?

Jonathan le contestó:

–Muy bien y nos comimos todos los vegetales que la nana nos dio. –Gabriel no pudo evitar sonreír. Sus hijos eran su mayor orgullo.

–En ese caso, me voy a poner algo de ropa cómoda y nos vamos al parque a jugar. –Los niños comenzaron a brincar de la emoción y a sonar sus palmas. Tanta alegría llamó la atención de la nana, que al asomarse y ver de qué se trataba, sonrió al ver a los niños dar vueltas alrededor de su papá.

– ¿Cómo te fue hijo? – Había estado con él desde que era un niño y al enterarse de la muerte de su esposa, no dudo un segundo en correr a su lado y ayudarle a criar a sus hijos. Sus padres eran dos importantes neurólogos que se la pasaban viajando de país en país dando conferencias, querían mucho a su hijo y nietos, pero les dieron más prioridad a sus carreras y es por eso que ella no lo pensó dos veces, en venir con ese niño que vio crecer y al cual quería como si fuera un hijo.

–Bien nana –se acercó a ella y le dio un beso en su frente.

– ¿Quieres que te sirva de comer, antes de que se vayan a jugar al parque?

–No te molestes nana, comí antes de salir del hospital. Quizás cuando regrese coma algo, ahorita estoy bien. –dirigiéndose a los niños les dijo:

–Subo a cambiarme la ropa y bajo en seguida, ir por sus bolsas y no olviden meter agua, que luego les da sed y no quiero que tomen del bebedero.

Los tres se encontraban disfrutando de una linda tarde, había poca gente en el parque, corría una brisa fresca, mientras él estaba sentado en una banca, sus hijos se subían en los columpios. Sin proponérselo sus pensamientos se fueron hacía Lucía, no podía dejar de pensar en ella, sabía que no era bueno, pues ella era una mujer casada e ignoraba que sería de su relación con el padre de su hijo.

La tarde transcurrió entre gritos y alborotos de los niños, eran felices jugando en el parque, pero ya era hora de volver a casa. No sin antes pasar por un

helado, el de chocolate era su preferido, cuando él lo comía se sentía más niño que sus hijos.

–Jonathan y Jessica ya es hora de irnos.

–No por favor, otro rato más. –siempre era lo mismo con sus hijos, estaban tan encantados jugando, que no les gustaba irse.

–Haced caso o no habrá próxima vez.

–Está bien, pero ¿podríamos ir por un helado? –Jonathan suplicó con su carita tierna.

– ¡Claro que sí!

Se dirigieron a comprar uno en la heladería que estaba cerca del parque. De regreso a su casa, los niños le comentaban a su papá como les fue en la escuela, a él le gustaba escucharlos, les ponía mucha atención y eso hacía que ellos se sintieran importantes. Al llegar los niños se metieron a bañar y Gabriel aprovechó ese instante para pensar en Lucía. ¿Qué tenía esa mujer, que no podía dejar de pensarla?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por sus hijos, que entraron como un vendaval.

–Papi, ya estamos listos para ir a la cama. ¿Nos contarás un cuento? – Jessica le preguntó con su tierna voz.

–Claro que sí, mi amor. Vayamos a tu recámara. –La niña le extendió sus pequeños bracitos para que él la levantara en brazos.

– ¿Qué cuento te gustaría que te contara? –le preguntó a su hija.

–El de la bella durmiente, ese es mi favorito. –le dijo Jessica.

—No, mejor el de la espada en la piedra. —replicó Jonathan.

—Hagamos una cosa, hoy contaré el de la bella durmiente y mañana el de la espada. ¿Estás de acuerdo Jonathan?

—Si papi.

El comenzó a contar el cuento y pasados media hora sus hijos dormían plácidamente. Los observó en silencio, era algo que disfrutaba hacer. Se puso en pie y lentamente dejó la habitación que compartían sus hijos. Su casa era grande, contaba con cinco recámaras, una biblioteca, sala, comedor, una cocina amplia y un cuarto donde tenían una pantalla como si fuera el cine, con asientos reclinables. Cuatro de las recámaras estaban localizadas en la segunda planta, solo una en el piso inferior, que es donde dormía la nana. Los niños, a pesar de contar cada uno con su habitación, se negaban a dormir solos, pues les gustaba más hacerse compañía mutuamente. Sus pasos se dirigieron a su habitación, estaba cansado y únicamente se le antojaba darse un baño y descansar, mañana le esperaba un día pesado, ya que tenía guardia en el hospital, no se quejaba, al contrario, le gustaba mucho su trabajo. Pudiendo tener su propio consultorio, había decidido quedarse en el hospital donde él se inició como médico. El ajetreo de un hospital le gustaba más, que la calma que pudiera experimentar en un consultorio.

Al día siguiente Lucía se levantó sintiéndose un poco mejor. Ese día iría al gimnasio, por algo tenía que empezar. Cuando uno pierde a un ser amado, piensa que todo ha terminado, siente que ya nada será igual. Poco a poco va cayendo en una depresión, pues en el alma sólo hay dolor. La alegría y la risa se han marchado, por un lapso indefinido. Pero aun cuando sientas que nada tiene sentido, que el sol no alumbrará tu camino, no te dejes abatir, la vida

tienes que vivir. Lucía decidió hacerle caso al consejo que tanto le habían dado, decidió tratar de vivir, aunque sólo fuera un día a la vez, trataría de recoger los pedazos quebrados de su corazón y trataría de recomponerlo, ignoraba cuanto tiempo le llevaría hacerlo, pero por lo menos este día empezaría.

Bajó a desayunar y una sonriente Juany le dio los buenos días.

– ¿Qué desea desayunar hoy mi señora?

–Tomaré algo ligero, sabes, hoy he decidido ir al gimnasio, así que no sé si me quedaré, por lo tanto, comeré solo fruta. –Juany le dio un abrazo a su señora, se sentía feliz por ella, sabía que era difícil seguir sin su hijo, pero por lo menos estaba por dar el primer paso hacía una recuperación. Salir de casa, cuando antes se había negado a siquiera dejar su habitación y cuando salió fue porque tenía cita con su psicóloga, de otra manera, dudaba que hubiera salido.

–Claro que sí, enseguida le sirvo.

Lucía salió de su casa rumbo al gimnasio que quedaba a veinte minutos de su casa. Le habían recomendado ese lugar, al llegar se asombró de no ver muchos aparatos, una mujer madura se le acercó.

– ¿Necesita ayuda?

–Pues sí–con tímida voz le contestó–, me recomendaron este gimnasio, pero creo que estoy en el lugar equivocado, pues no veo muchos aparatos.

La mujer le sonrió, muchas personas iban ahí pensando encontrar aparatos y la verdad es que sólo tenían pelotas de diferentes libras y estilos, pesas, barras, bancos, cuerdas y ligas de diferente tamaño.

–Este es un gimnasio, no poseemos muchos aparatos porque aquí damos Cross

fit, un entrenamiento de alta intensidad, resistencia, fuerza física, flexibilidad, potencia y equilibrio. El cross fit trabaja de manera variada y no monótona. Por cierto, mi nombre es Susan y el tuyo ¿Cuál es? – diciendo eso, extendió su mano a modo de saludo.

–Lucía. –al mismo tiempo que decía su nombre, le dio la mano.

–Y dime Lucía, ¿Por qué estas hoy aquí? ¿Cuál es la razón de tu visita?

–Veras, hace poco perdí a mi hijo en un accidente, la psicóloga me recomendó inscribirme en un gimnasio, a pesar de que en mi casa tengo un cuarto bien equipado, ella me recomendó venir a uno, para interactuar con las personas.

–Susan la escuchó atentamente y sintió pena por ella.

–Siento mucho oír eso, este es más que un gimnasio, aquí todos somos como una gran familia, la cual nos motivamos y alegramos por los logros de los demás. Qué te parece quedarte a una clase hoy, si te gusta, eres más que bienvenida, sino es lo que buscabas, no te preocupes.

Lucía meditó unos segundos la respuesta, ya estaba ahí, nada perdía por quedarse a participar en la clase, al final podría tomar una decisión.

–Está bien, me quedaré. –con una sonrisa, Susan le enseñó las instalaciones y le dio una explicación. El gimnasio era amplio y espacioso, contaba con cuatro bases y en cada una, cada día marcaban el ejercicio del día, todos los días eran diferentes tanto el ejercicio como la intensidad del mismo. Ella escogería por cual base empezar, al terminar avanzaría hasta la base siguiente. Las mujeres empezaron a llegar y Susan les presentó a Lucía y ellas entusiasmadas le dieron la bienvenida. La clase duraba treinta minutos, Lucía pensó que era muy poco tiempo, aunque claro, al término de la clase cambió de opinión. En su vida se había cansado tanto y sudado a mares. Susan se le acercó y le preguntó:

– ¿Qué te pareció la clase Lucía? ¿Te gustó?

–Al principio cuando dijiste que la clase duraría treinta minutos, francamente pensé que era muy poco tiempo, ahora me alegro que solo durara poco, creo que un minuto más no lo hubiera aguantado—diciendo eso, soltó una risa, hacía mucho que no reía—. Me ha gustado la clase, la intensidad es tanta que por el poco tiempo que duró, pude desconectar mi dolor y enfocarme en otra cosa, bueno, aunque ahora creo que también tendré dolor de cuerpo. He tomado una decisión; me quedó, quiero volver a venir. –Susan se alegró tanto, que enseguida la hizo pasar a llenar los papeles para ser socia activa del gimnasio.

Lucía volvía a su casa con las piernas en rastra, le dolía todo su cuerpo, tan pronto llegara, tomaría un baño en su jacuzzi, de ser posible con agua muy caliente para calmar el dolor de músculos que la estaba matando. Como pudo abrió la puerta y se dirigió a la cocina, al pasar por la sala vio a su suegra sentada, tenía una cara de odio hacía ella, que por más que tratara de disimularla, no podía.

–Rita, ¿Qué hace aquí?

–Esta es la casa de mi hijo y creo que tengo todo el derecho del mundo de venir cuando me de mi regalada gana, no necesito consultarlo contigo y mucho menos pedirte permiso. –vaya, ahora si muestra su verdadera personalidad, ella sabía que nunca la había querido, pero siempre disimulaba enfrente de su hijo y de su suegro.

–Con el respeto que se merece y que me merezco, esta es mi casa y aquí usted

no es bien recibida. Su hijo no está, su nieto menos, ya no tiene ninguna razón de venir.

–Víbora rastrera, ya te estabas tardando, como mi hijo no está, de seguro meterás a tu amante en turno, ¿verdad? –Lucía roja del coraje al oír esos absurdos comentarios, le dijo con voz firme:

– Yo no tengo ningún amante, acaso ya olvido que apenas hace semanas perdí a mi único hijo por culpa del suyo y en lo que menos pienso en estos momentos es enredarme con ningún hombre y si lo hiciera, estaría en todo mi derecho, ya que dentro de poco saldrá la sentencia de divorcio, nada me unirá a su hijo y por lo tanto usted quedará fuera de mi vista y de mi vida. Ahora sí, querida suegrita hágame el favor de salir inmediatamente de mi casa. – diciendo eso, le señaló la dirección hacía la puerta.

Rita enojada abandonaba el hogar que un día fuera de su hijo, jurándose que eso no se quedaría así, le diría a su hijo que la dejara en la calle sin un centavo, era lo menos que se merecía esa maldita estúpida que únicamente quería sacar provecho de su hijo, ya decía ella, era un error que su hijo se casara con Lucía, pudiendo tener alguien más acorde a su nivel social.

Lucía se dejó caer en el sillón y Juany se le acercó con un té para calmar los nervios.

–Siento mucho lo que le dijo esa arpía, no le haga caso, esa señora solo sabe escupir veneno, ¿qué puede esperar de una víbora como ella? Yo no quería dejarla entrar, pero insistió tanto, que no tuve remedio.

–No te preocupes Juany, esperemos que no vuelva a aparecerse por aquí antes de vender esta casa, pero si lo hace, déjala fuera, no le abras la puerta, ya se irá cuando se canse de tocar el timbre.

–Así lo haré señora, se nota cansada. ¿Cómo le fue en el gimnasio?

– ¡Ay Juany! Ni me lo recuerdes, estuvo pesada la clase, no es el típico gimnasio, me gustó mucho, tanto que mañana iré de nuevo.

–Me alegró de escucharla decir eso. ¿Quiere que le prepare un baño para que se relaje?

–Si Juany, te lo agradecería mucho, gracias. Avísame cuando esté listo y subiré, mientras tanto estaré esperando aquí, no tengo fuerzas ni para moverme.

–Enseguida se lo preparo y le aviso.

Juany subió al cuarto a preparar el jacuzzi, dejó corriendo el agua caliente mientras buscaba las sales que tanto le gustaban a su señora. Minutos después cuando todo estaba preparado, bajó a la sala a avisar a su señora y no pudo más que sorprenderse de encontrarla dormida a pierna suelta en el sofá, le dio pena levantarla, se miraba cansada que decidió dejarla dormir. Sin apenas hacer ruido se fue a la cocina y siguió preparando la comida.

Dos horas después Lucía abría los ojos, se sentía desorientada. Ella solo quería cerrar los ojos un momento, pero se quedó dormida. Le habló a Juany que vino a su llamado.

–Veo que ya se despertó, ¿Cómo se siente? ¿Descansó?

–Si, gracias Juany, no pretendía dormirme, solo quería cerrar los ojos un momento.

–Estaba agotada, era normal que se quedara dormida, el agua de seguro se le enfrió, pero ahorita se lo vuelvo a preparar.

–Gracias Juany, eres un amor. ¿Qué haría sin ti?

—Sabe que yo la quiero mucho y nada me complace más que servirla.

Capítulo 6

Los días pasaron y se llegó la cita con su psicóloga, ese día decidió usar un vestido de color alegre, era un rosa claro, le llegaba a la altura de la rodilla y tenía vuelo, era de manga tres cuartos y escote cuadrado, cada vez que se vestía de negro, recordaba la razón del por qué y se deprimía más; fue por eso que ya no quiso vestir más con colores oscuros. Llegó a la consulta con media hora anticipada, no le gustaba llegar tarde a ninguna parte. Prefería mejor esperar ella a tener a alguien esperándola. Tan pronto entró una sonriente Patty la recibió.

–Buenos días señora Rodríguez, llega antes de su cita, tomé asiento y en cuanto la doctora termine con su cita, le avisaré.

–Muchas gracias–se dirigió a una silla y se dispuso a tomar asiento, a un lado de ella, había un hombre con un periódico en las manos, lo tenía levantado que no se miraba su cara. Ella por curiosidad se le quedó viendo, cuando en ese momento, él bajó el periódico y Lucia se quedó sorprendida de ver al doctor que días atrás la atendió. Sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso al saberse descubierta observándolo. Gabriel viendo su sonrojo, no pudo evitar dedicarle una sonrisa de lo más sexy.

– ¡Qué sorpresa verla aquí señora Rodríguez! Me da mucho gusto que haya seguido mi recomendación.

–Lucía, ese es mi nombre y me gustaría que así me llamara, Ahora respecto a su recomendación, digamos, que usted no me deo alternativa ¿o sí?

Gabriel soltó una carcajada, que, para sorpresa de Lucía, la contagió.

–Lucía no me odie, créame que lo hice por su bien, eres joven y la vida sigue y tú con ella. Esto que estas pasando, ese dolor que tienes, te prometo que pasará, solo dale tiempo al tiempo. Siempre recordarás a tu hijo, pero va a llegar un día, en que, al recordarlo, lo hagas con alegría y no tristeza. Todo lleva un proceso y te aseguro que todo irá bien. –diciendo eso, tomó su mano y se la apretó suavemente. En ese momento Lucía sintió una descarga eléctrica y se soltó con rapidez.

Desde que Gabriel perdió a su mujer, no se había interesado por otra, hasta que ella apareció en su vida, al tomarle la mano, sintió una corriente eléctrica, se preguntaba si ella también lo habría sentido. No la dejó de mirar, era imposible retirar sus ojos de los de ella.

–No le odio doctor, creo que hasta debería de darle las gracias, a pesar de ser esta la segunda sesión, me he sentido bien, hice lo que la doctora me recomendó, comencé a escribir un diario, en donde plasmo todo mi dolor y como me siento, también dijo que pusiera las cosas que me dan alegría o paz, realmente no he escrito nada que me cause alegría, pero si algo de paz.

Gabriel la escuchaba atentamente, tenía una voz dulce.

–Bueno y se puede saber ¿qué te causa paz?

–Sí claro, bueno la segunda recomendación de la doctora.

– ¿Y esa es?

–Ir al gimnasio, la clase es intensa, me tengo que enfocar en cada ejercicio,

que por el poco tiempo que dura, logró desconectar y créame o no, eso me relaja. Además de que la entrenadora es muy amable y las demás integrantes también.

—Me da mucho gusto escucharte hablar de esa manera.

Iba a comentar algo más, pero en ese momento escuchó que Patty le hablaba, se disculpó con el doctor y se disponía a irse, cuando él se levantó y le detuvo tomándola de la mano, Lucía volvió a sentir una descarga, pero esta vez no la retiró.

—Lucía, me preguntaba si me aceptarías tomar una taza de café después de que termines tu consulta.

Ella se le quedó mirándolo sin saber que decir. Hace tiempo que no salía a tomar nada con nadie, así que aceptó su invitación. Pero había decidido que viviría un día a la vez.

—Claro que sí, pero no quiero hacerte esperar, quizás prefieras que vayamos otro día. Aún no sé, si ya has entrado tu a consulta.

Gabriel la observaba en silencio, si tan solo supiera, que él estaba ahí solo por ella, la curiosidad le estaba matando, quería saber si estaba acudiendo a la consulta con la psicóloga, aunque eso lo hubiera sabido con el simple hecho de hablarle a la doctora, no había querido hacerlo y prefirió investigar por su cuenta. Sonriendo le dijo:

—Yo no vine a consulta, sino por otros asuntos. No te preocupes, hoy tengo el día libre y te puedo esperar.

—Siendo así, te veo dentro de un momento.

A regañadientes, él le tuvo que soltar la mano. Ella se encaminó al consultorio

y antes de entrar volteó su mirada atrás y le obsequio una sonrisa.

—Hola Lucía. ¿Cómo estás? —escuchó que le decía la doctora nada más entrar en la consulta.

—Mejor que la última vez Jenny, gracias por preguntar.

—Me alegro de escuchar eso, pero pasa y toma asiento. —Lucía esta vez se decidió por el diván, le dolían tanto los músculos, que prefirió acostarse, la doctora la observó en silencio.

—Y dime, ¿hiciste lo que te recomendé?

—Sí, empecé a escribir en un diario, al cual le dedico tiempo de vez en cuando, también me inscribí en un gimnasio, esa es la razón por la cual hoy prefiero estar acostada, la verdad es que estoy muy cansada.

—Cuéntame más. ¿Te ha gustado hacer ejercicio? ¿Sientes que te ha servido de algo?

—Sí, a las dos preguntas, me ha gustado, la entrenadora es una persona muy amable y atenta, el ambiente es relajado, aunque he de decir que las clases son pesadas, la clase dura media hora y por ese lapso de tiempo, logro desconectar, me enfoco en otras cosas y dejó de pensar en mi dolor, termino tan cansada, que apenas llego a casa, me doy un baño y después de eso me duermo un rato, bueno por horas más bien, la verdad es que me cuesta levantarme, pero lo estoy disfrutando.

—Me alegra escucharte hablar así, con ese entusiasmo. Hay que seguir con la vida, no puedes estancarte en tu dolor y tú vas hacía la dirección correcta.

Siguieron hablando de muchas cosas tribales, hasta que la doctora le hizo una

pregunta a Lucía.

—Lucía, no hemos hablado de tu marido, ¿cómo van las cosas con él, has tenido comunicación? —Lucía hizo una mueca de disgusto.

—No he hablado con él desde la última vez que lo vi en el hospital, nos estamos divorciando por mutuo acuerdo, las cosas entre nosotros no iba bien y después del accidente, fue peor, le culpo por la muerte de mi niño y eso es algo que jamás le perdonaré. Como tampoco me lo perdono yo. Si yo hubiera sido más firme y le hubiera quitado las llaves del carro, mi hijo estaría vivo.

La doctora la interrumpió.

—No vayas por ahí Lucía, aquí no hay culpables, esto fue un lamentable accidente, las condiciones meteorológicas no eran las más favorables, nunca sabrás si ese accidente se pudo evitar. Tú no eres responsable de nada, uno de los pasos hacia tu recuperación es el perdón. Perdonarte primero a ti misma y sanar esa parte de ti, para que de esa manera puedas perdonar al padre de tu hijo. Yo sé que ahorita no lo miras de esa forma y quizás pienses que estoy loca, pero no Lucía, se de lo que hablo y para avanzar hacia tu recuperación personal, es necesario otorgar el perdón.

La doctora la miró seriamente, para después continuar.

—La semana pasada te deje una tarea, hoy te dejaré otra. Primero quiero que pienses en lo que hemos hablado hoy y segundo, quiero que visites ya sea orfanatos u hospitales y dedícale un tiempo como voluntaria, hay muchas áreas en las cuales podrás ayudar y nunca sobra un par de manos. El propósito de esta recomendación, es que te sientas útil, que emplees tu tiempo libre en algo productivo, para llenar el espacio de que dejó tu hijo, de esta manera no estarás pensando tanto en lo que pudo y no fue, en buscar culpables al terrible hecho. No pretendo que borres de tu mente a tu hijo, eso no va a pasar, solo

quiero que entregues ese amor que sentías por él a alguien que lo necesita, interactuando en esos lugares, te darás cuenta de lo afortunada que fuiste por gozar de tu hijo el tiempo que Dios te lo prestó. –diciendo eso, se levantó y se despidió de Lucía.

Gabriel seguía esperando en la sala cuando ella salió, tenía el semblante serio, se preguntaba qué le diría la doctora, él fue testigo de su llegada y ella tenía mejor cara que ahora. Esperaría a ver si ella le contaba algo.

Lucía salió muy seria, podía seguir la recomendación de la doctora, pero eso del perdón, no lo tenía muy claro aún. Se acercó a donde estaba el doctor. Se miraron en silencio y sin decir nada, él tomó de su mano guiándola hacia la puerta de salida, caminaron sin decir ni una sola palabra hasta llegar al ascensor. Entraron y una vez adentro y sin haber soltado aún su mano, él le preguntó:

– ¿Cómo te fue con la doctora, Lucía? Cuando entraste tenías un buen semblante y mírate ahora, tu expresión ha cambiado totalmente.

–Me pidió dos cosas, una no creo que tenga problemas para realizar, la otra lo dudo.

El guardó silencio, imaginándose que sería esa cosa que había alterado a Lucía.

– ¿Quieres contarme de que se trata? –viendo que ella no respondía, le dijo: –discúlpame Lucía, las consultas con la psicóloga son confidenciales y yo no debería ni siquiera preguntarte.

–Está bien, no pasa nada. Yo siento que el padre de mi hijo es responsable del accidente, mi marido, bueno pronto lo dejará de ser, pero también me siento

culpable, sabía que había bebido demasiado y no insistí lo suficiente para que él me diera las llaves del coche.

–Lucía, como médico te digo, que accidentes de este tipo ocurren todos los días, le pasa tanto a la gente sobria, como a la intoxicada. No busques culpables, mejor trata de vivir un día a la vez.

Ella lo escuchaba en silencio, sin pronunciar palabra alguna, para ellos era fácil decir que no había culpables, cuando ella sentía que sí. Para romper el silencio, le comentó la otra recomendación que la doctora le recomendó.

–Sabe doctor– él la interrumpió.

–Si yo te puedo llamar por tu nombre, no me parece justo que tú me hables de usted, llámame Gabriel. –diciendo eso, le brindó una sonrisa, que haría que hasta la más fría y calculadora mujer se derritiera. Ella le devolvió la sonrisa, por mucho que su vida fuera la peor pesadilla del mundo, no pudo evitar corresponder al gesto de él.

–De acuerdo, Gabriel, te mencionaba que la doctora me sugirió que fuera a un orfanato o a un hospital para colaborar como voluntaria, la idea según ella, es que mi día este completo con actividades productivas y de esa manera no esté solo enfocada en mi dolor.

Él se le quedó viendo y de inmediato de le ocurrió una idea, la cual haría que pasara más tiempo con ella.

–Lucía, quizás yo te pueda ayudar con eso. Trabajo en un hospital así que te podría recomendar, nunca sobra un par de manos, además de que hay pacientes que sus familiares solo van, los dejan y se olvidan de ellos, tu podrías hacerles compañía un rato. ¿Qué te parece?

Lucía guardó silencio, pensando en la propuesta de Gabriel.

–Muchas gracias, creo que lo podría intentar.

–Si después de ir, no te sientes a gusto, no pasa nada, recuerda que serías sólo voluntaria y como tal, estás en tu derecho de ir o de dejar ir. Debes saber que los hospitales son lugares un poco deprimentes, pero si la psicóloga te lo recomendó, fue por algo y eso lo tendrías que averiguar tú.

Lucía asintió con su cabeza, el elevador se paró y se dispusieron a irse, aún seguían tomados de la mano, estaban tan cómodos así, que ni se dieron cuenta, era como si ambos se pertenecieran, caminaron hacia la salida y le dijo:

–Hay una cafetería a unas cuadas de aquí. ¿Te apetece caminar o prefieres ir en carro?

–Caminar me haría bien, el día está estupendo, corre una brisa fresca, además de que los doctores siempre recomiendan caminar, por lo menos media hora ¿o no?

Gabriel sin dejar de verla y con una sonrisa en su cara, le respondió:

–Exacto, siempre recomendamos eso, en un mundo sedentario, donde las personas pasan horas sentadas adentro de sus oficinas o donde los jóvenes pasan más tiempo pegados a la televisión, que, en un parque, es bueno salir a caminar por lo menos media hora.

Sin decir nada más, siguieron su trayecto hacia la cafetería Dulce Despertar. Lucía nunca había estado en ese lugar. Era un ambiente acogedor, donde el olor al café impregnaba el ambiente y a la vez se mezclaba con el delicioso aroma de pan recién horneado. No había muchos comensales, eso le daba un aire más íntimo a la situación. Lucía empezó a sentirse nerviosa y Gabriel se dio cuenta. Buscaron una mesa que estuviera un poco apartada de los demás, Gabriel a regañadientes le tuvo que soltar la mano para mover la silla y

permitir que ella se sentara, al soltarla sintió frío, sintió que le faltaba algo, era estúpido pensar eso, pero así es como él se sentía. En el poco lapso que duro el trayecto, sus manos entraron en calor, un calor que le recorría la columna vertebral y lo hacía anhelar más cosas, cosas que ella no estaba preparada para recibir, pues era una mujer casada, aunque quizás solo por poco tiempo, aun así todavía estaba muy reciente la muerte de su hijo y ella necesitaría mucho tiempo, tiempo que él estaba dispuesto a esperar, sin tan solo tuviera una mínima oportunidad de llegar al corazón de Lucía. Para romper el silencio ella le preguntó cosas de él. Habían caminado juntos, tomados de la mano y ni siquiera sabía si él era un hombre casado, aunque no tenía anillo, ni marca en su dedo, no sería la primera ni última vez que un hombre se lo quitara.

–Tú sabes muchas cosas de mi Gabriel, pero yo de ti, no sé nada.

– ¿Qué quieres saber?

–Pues no sé, cuéntame algo de ti. –No quería ser obvia e ir directo al grano y preguntarle si era casado.

–Mi nombre y profesión ya lo sabes, así que pasaré con lo siguiente, soy padre de dos hermosos angelitos, una niña de cinco años de nombre Jessica y un niño de siete años que me tiene vuelto loco, Jonathan. Soy viudo desde hace unos años y no me vuelto casar, vivo solo para mis hijos y mi profesión, nunca he sentido la necesidad de volver a rehacer mi vida, pero creo que eso quizás pronto pueda cambiar de opinión. –diciendo eso, le guiñó un ojo.

Lucía no supo que decir, tenía el presentimiento que él estaba interesado en ella, pero ella, no estaba aún divorciada y de estarlo, aún no se miraba rehaciendo su vida, hubiera sentido que por una parte traicionaba a su hijo al salir adelante. Ella misma se autoflagelaba en su dolor.

El tiempo transcurrió en una amena plática, entre anécdotas de su profesión y de las travesuras que hizo su hijo Sebastián en vida.

–Bueno Lucía, has pensado cuándo te gustaría presentarte de voluntaria. Así yo podría darte un recorrido por el lugar y presentarte al personal.

–Qué te parece mañana mismo, después de ir al gimnasio, necesito dos horas para descansar un rato y alistarme, creo que para las once podría estar ahí.

–Me parece perfecto, a esa hora te estaré esperando, pero si por casualidad llegas y no estoy, dejaré dicho que me esperes en mi oficina, en caso de que se me complique algo, entonces le pediré a un colega que te atienda –Sin apartar la mirada de sus ojos le dijo: –, haré todo lo posible por ser yo el que te espere.

A pesar de que Lucía se sentía muy bien en su compañía, ya era hora de marchar. Salieron en silencio y tal como pasó en el consultorio, Gabriel le tomó la mano y ella no lo rechazó. Había algo en él que la hacía sentirse segura y protegida. Caminaron en silencio, no hicieron falta las palabras. Gabriel le acariciaba la mano y al hacerlo ella se estremecía, él lo percibió, quizás no era el único en estar sintiendo cosas, cosas que hace mucho no sentía por una mujer.

Capítulo 7

Al día siguiente, Lucía se levantó igual que costumbre, sintiendo un hondo vacío en su corazón, su hijo ya no vendría a darle el beso de los buenos días, ni tampoco saltaría en su cama hasta hacerla levantar, todo el mundo le decía que la vida sigue, pero había veces que quisiera no volver a despertar jamás, cerrar sus ojos y dormir el sueño eterno, ese en el cual, al volver abrir los ojos, miraría de nuevo a su hijo y podría fundirse en un caluroso abrazo, para no dejarlo jamás. Juany tocó a su puerta sacándola de sus pensamientos.

–Adelante. –una sonriente Juany entró a su pieza.

– ¡Buenos días señora! ¿Cómo amaneció?

–Buenos días Juany, amanecí, que ya es mucho decir.

– ¿Qué quiere que le prepare para desayunar?

–Tomaré lo mismo de siempre, frutas y jugó de naranja.

–Enseguida se lo preparo.

–Gracias Juany, en cuanto me cambie bajaré a desayunar.

Diez minutos después Lucía bajó a desayunar. Juany le platicaba sus cosas para tratar de distraerla. Había días que Lucía amanecía más triste de lo normal, al parecer ese era uno de esos días. Donde el corazón dolía tanto que le mismo aire le lastimaba al respirar.

–Dígame señora, ¿piensa ir hoy al hospital?

—Si Juany, quede con el doctor Smith que estaría ahí a las once de la mañana, espero poder ser de gran ayuda.

—Ya verá que sí, usted nomas échele ganas, no se deje abatir, yo también extraño mucho a mi niño, pero yo sé que a él no le gustaría ver a su mamá todo el tiempo triste. Trate de hacer un esfuerzo por él.

Lucía solo asintió con su cabeza. Terminó de desayunar y se dispuso a irse al gimnasio.

Cuando llegó, empezó a caminar en círculos alrededor del lugar, en lo que daban las ocho con treinta minutos que era cuando comenzaba la clase. Poco a poco empezaron a llegar las mujeres, unas eran jóvenes como ella, pero también las había mayores, pero todas tenían siempre buena actitud.

La clase comenzó, la coach les explicó lo que harían ese día, al parecer tendrían una clase suave, había días que la clase era muy intensa. Aun así, siempre terminaba sudada y cansada, pero por lo menos por el tiempo que duraba la clase, ella se desconectaba de su sufrimiento.

Lucía llegó a su casa y se fue directo al baño, por lo general se daba un baño en el jacuzzi, con agua calentita y sales, pero esta vez utilizaría la regadera, algo más rápido y así poder descansar más tiempo antes de irse al hospital.

Una hora después Lucía comenzó a alistarse, para irse al hospital. Estaba un poco nerviosa, que hasta el hambre se le fue. Aun así, comió un poco de fruta, pues tampoco quería pasar vergüenzas y que su estómago fuera a emitir ruidos extraños. Juany la animó diciéndole que todo saldría bien, que no tenía nada de qué preocuparse. Una vez que terminó de comer, se marchó, no podía negarse a sí misma que no solo estaba nerviosa por ir de voluntaria al hospital, sino también por el hecho de que iba a ver a Gabriel, de sólo pensar en él, en sus ojos, en sus manos suaves y su voz tan varonil, su cuerpo se

estremecía, hace mucho que no se sentía así con la presencia de un hombre. En el pasado había amado mucho a Carlos, pero ya el amor entre ellos se había esfumado, a partir de que ella descubrió que le era infiel, su amor por él se apagó poco a poco, su traición le dolió en el alma, si bien las cosas entre ellos no eran como al principio de la relación, ella jamás pensó que él fuera capaz de engañarla y menos con una puta cabaretera. Eso para ella era humillante, degradante. Una vez le dijo: Si algún día tu amor por mí se extingue, por favor no me engañes, trataremos de arreglar la situación y si no hay arreglo posible, pues yo te diré muchas gracias por los años compartidos, por el hermoso hijo que me diste, te deseo que en tu nueva vida seas feliz. Él le dijo que eso no pasaría y desgraciadamente pasó y como en la mayoría de los casos, la esposa es la última en enterarse de todo. En su momento él lo negó una y mil veces. Quizás pensó que ella nunca se enteraría, pero la mentira cayó por su propio peso y ella misma los descubrió besándose en un restaurante. Fue muy doloroso verlos, sus imágenes aún viven en sus recuerdos. Carlos no le quedó más remedio que aceptar la realidad. Le pidió perdón de rodillas, pero para Lucía fue muy difícil concedérselo. Quedaron en darse un tiempo, ella quería meditar bien las cosas antes de tomar una decisión. Justo habían pasado dos semanas de las cuatro que Lucía le pidió, cuando ocurrió el terrible accidente, a partir de allí, Lucía sabía que no tenía nada más que pensar, se divorciaría de él. El abogado le dijo que como era de mutuo acuerdo, la sentencia la darían en pocas semanas.

Llegó al hospital, estacionó su auto y se dirigió a la recepción. Al llegar preguntó por el doctor Gabriel Smith y enseguida le mandaron a hablar.

Pasados cinco minutos, un sonriente Gabriel le dio la bienvenida. Extendió su mano y se la estrechó suavemente como si se tratara de una flor delicada.

– ¡Buenos días Lucía! Me alegro mucho de verte, por un momento pensé que

quizás no vendrías.

– ¡Buenos días doctor Smith! ayer le dije que vendría y bueno, aquí me tiene, espero ser de utilidad.

– ¿Doctor Smith? ¿Qué pasó Lucía? creía que habíamos acordado en comenzar a tutearnos, me haces envejecer cada vez que me hablas de usted.

–No me parece correcto tutearlo, ¿qué va a pensar el resto del personal?

– ¿Qué quieres que piense? Absolutamente nada, estamos en confianza y para ti soy Gabriel, ese es mi nombre y me gustaría que así me llamaras de hoy en adelante.

–Está bien Gabriel, espero no meterte en problemas.

Gabriel le obsequió una sonrisa sexy y le pidió que lo acompañara a ver las instalaciones y que ella misma escogiera en donde le gustaría dar sus servicios.

Uno a uno fue recorriendo las diferentes áreas del hospital. En el primer piso estaba lógicamente recepción, en un pasillo hacía la izquierda, se encontraba el ER ahí atendían los casos de emergencia que llegaban diariamente, ya sea accidentes que ocurrían en un carro o trabajo, como también madres que llevaban a sus hijos porque tenían calentura y otros síntomas. En el lado derecho se encontraban las oficinas que se encargaban de cobrar los pagos a las aseguranzas, si es que acaso tenían, o se encargaban de hacer la facturación por dicha visita. Al fondo, tenían que atravesar unas puertas mecánicas, para tener acceso a ellas, era necesario usar una tarjeta especial que al escanearla se abrían automáticamente las puertas. Dichas puertas daban a otra área en donde se encontraba el cuarto donde hacían los rayos X. Y otro tipo de pruebas como MRI. Siguiendo por ese pasillo y al voltear a la derecha, había

unos elevadores que daban acceso a los otros pisos de arriba. Llegaron al segundo piso, ahí tenían ubicados el área de Neonatología, donde los bebés recién nacidos necesitan atención médica intensiva. Esta área era restringida, únicamente personal capacitado podía acceder a él. Siguieron el recorrido. Y así sucesivamente Gabriel le mostró todo el hospital. Al terminar el recorrido, Gabriel le preguntó a Lucía en que área le gustaría prestar sus servicios y ella no dudo en responder.

–Me he dado cuenta de que varias personas de la tercera edad se encuentran solos, me gustaría hacerles un poco de compañía, mi padre tuvo suerte de tenernos a mis hermanas y a mí a su lado, que me gustaría brindar un poco de mi tiempo a ellos.

–Me parece perfecto, a ellos les dará mucho gusto tener a alguien con quien platicar, aunque solo sea un instante. En ese caso, volvamos al tercer piso y te presentaré a las enfermeras que están a cargo de ellos y ellas a su vez te indicaran por dónde empezar.

Minutos después Lucía entraba en el cuarto de un señor que padecía neumonía, al parecer sus hijos trabajan tanto que apenas si podían dedicarle unos minutos de su tiempo. Tocó suavemente la puerta y la abrió sin esperar a recibir permiso para entrar.

– ¡Buenos días, Sr. Jones! Mi nombre es Lucía y me gustaría saber si ¿le puedo hacer un poco de compañía?

El señor Jones, un hombre de ochenta años le brindó la mejor de sus sonrisas.

–Nada me gustaría más que contar con la presencia de un ángel.

Lucía se dispuso a sentarse en una silla cerca de él y antes de decir algo, fue la voz del señor Jones la que se escuchó:

–Es reconfortante ver una cara bonita por estos lados, pero dime Lucía, a que debo el honor de contar con tu grata visita, sé que estoy viejo, pero aún tengo buena memoria y tu cara no se me hace conocida, acaso ¿eres la novia de alguno de mis hijos?

Ante tal ocurrencia Lucía sonrió.

–No señor Jones, no soy la novia de ninguno de sus hijos, realmente ni los conozco, únicamente soy una voluntaria que le gustaría hacerle compañía a personas que están un poco solas, tengo entendido que sus hijos trabajan mucho y apenas si pasan por aquí, así que, si mi presencia no le incomoda, me gustaría quedarme un rato con usted. ¿Qué le parece?

El anciano sonrió y sus ojos le brillaron de felicidad.

–Nada me encantaría más que contar con tu presencia Lucía, aunque solo sean unos minutos, el que alguien como tú, se tome el tiempo para hablar con viejos como yo, dice mucho. Y dime, cómo es que alguien tan joven y bella como tú está sentada aquí al lado de un viejo achacoso, en vez de estar disfrutando de la compañía de un joven. Acaso no tienes un amor con el cual compartir tu tiempo.

Ante tal comentario, el semblante de Lucía palideció, el señor Jones, se preocupó por su apariencia y en seguida le preguntó si se encontraba bien. Lucía tardó unos minutos en responder, tenía un nudo atravesado en su garganta que le impedía hablar.

–Mi historia es un poco triste, porque mejor no me cuenta algo de usted.

El anciano no quiso indagar más, respetó su silencio y a continuación le contó cosas de él. El tiempo transcurrió lentamente, cuando menos lo pensó, ya habían pasado dos horas. La compañía del señor Jones le había encandilado,

era un parlanchín, disfrutó mucho de la plática, se enteró que era viudo desde hace dos años, que tenía cuatro hijos, dos solteros y dos casados y tenía varios nietos. Ya llevaba dos semanas internado y por complicaciones, su estancia se había alargado. Un suave golpe en la puerta, interrumpió su amena plática, era el Doctor Smith. Se había enterado de que Lucía había pasado todo este tiempo en compañía del señor Jones y quería saber cómo se encontraba.

—¡Buenas tardes señor Jones! ¿Cómo se encuentra el día de hoy?

—Jamás me había sentido tan bien, como hasta hoy, permítame presentarle a la causa de mi alegría—dirigiendo su mirada hacia Lucía—Mi ángel, ella es Lucía y me ha alegrado mi día con su grata compañía.

—Se quien es y estoy seguro de que ha pasado un buen tiempo con ella, pero permítame robársela un momento. —diciendo eso, le guiñó un ojo a Lucía, que, ante tal coquetería del doctor, se ruborizó.

El anciano, sabiendo que el doctor era viudo, no dudo en decir lo siguiente:

—Es toda suya, es más, viéndolos así de cerca, me he dado cuenta de que hacen una bonita pareja.

Ante tal comentario, Lucía se ruborizó y el doctor soltó una carcajada.

—Señor Jones, veo que aún me sigue buscando una señora Smith, pero por favor, no ruborice a la señora aquí presente.

Lucía sin saber por qué de inmediato contesto:

—Dentro de poco estaré divorciada. —Al darse cuenta de lo que dijo, se puso más roja de lo que pretendía y ahora fue el turno del señor Jones de reír.

No sabía que decir, optó mejor por guardar silencio.

–Lucía, muchas gracias por haber venido hoy, tu presencia me ha hecho muy bien.

–Soy yo la que debería darle las gracias. Y me la he pasado tan bien con usted, que me gustaría poder venir a visitarlo otro día.

–Puedes venir las veces que quieras, pero ya no los entretengo más, eres joven y mereces ahora contar con la compañía de personas de tu edad, como aquí el doctor presente.

Salieron de la habitación en completo silencio y el doctor le señaló los elevadores a Lucía. No sabía porque razón el doctor la interrumpió, ni siquiera hacía donde se dirigían.

Pasados unos minutos, el ascensor se detuvo en la planta del garaje, una vez ahí, Gabriel le tomó la mano y en completo silencio la llevó a su carro. Lucía se dejaba llevar por él, no sabía la razón, pero sentía que podía confiar ciegamente en él. Sus manos entrelazadas se tuvieron que soltar al llegar al vehículo, él le abrió la puerta y una vez adentro le dijo:

–Lucía, he tomado tu mano y te he dirigido hacía aquí sin preguntarte siquiera si te gustaría comer conmigo.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

–Creo que no me has dejado otra opción más que aceptar.

Por unos segundos se observaron en completo silencio, tal parecía que a través de sus miradas quisieran decir mil cosas y a la vez no decir nada.

Tiempo después llegaron a un restaurante de comida italiana. Él le preguntó qué clase de comida le gustaría comer y ellas sin dudarlo le contestó que esa.

Tomaron asiento un poco alejados de los demás, él quería privacidad, no

quería ser interrumpidos por nadie. La quería solo para él. Ese pensamiento lo asustó, desde cuando él era tan posesivo con alguien. No sabía lo que le pasaba con ella, solo sabía que no quería dejarla ir sin conocerla primero.

–Y dime Lucía, ¿Qué te pareció el señor Jones? ¿Te has sentido a gusto en su compañía?

–Me ha parecido una persona muy sabia, adora a sus hijos y nietos, me ha contado cantidad de cosas de ellos, que creo que ya los conozco a todos. En resumen, sino te importa me encantaría volver mañana.

Esas palabras sonaron como música para sus oídos, tenía esperanzas de que ella se sintiera tan a gusto, que quisiera volver al día siguiente.

–Por mí no hay ningún problema, al contrario, te agradezco que quieras volver, pero recuerda que aún hay otros pacientes igual de solos que el señor Jones, quizás quisieras darte la oportunidad de conocerlos.

–Gabriel, el día aún no termina, después de comer, me gustaría visitar a alguien más, claro si tú no tienes ningún impedimento. Estar ahí realmente me ha distraído, volver a casa no creo que sea una opción.

Ante esas palabras el corazón de Gabriel palpitaba rápidamente. Él pensó que después de la comida, quizás Lucía volviera a su casa, pero eso de tenerla un poco más en el hospital le agradaba y mucho. Aunque no estuvieran juntos todo el tiempo, el solo hecho de saberla en el mismo lugar que él, le colmaba de una felicidad que hace mucho no experimentaba.

La comida transcurrió entre anécdotas que él le contaba de su trabajo, ella sonreía como hace mucho no lo hacía. Era hora de regresar a su trabajo y a regañadientes se dirigieron hasta el hospital. Le hubiera gustado prolongar más su estancia, pero el trabajo no podía esperar. Quizás un día ella le

aceptara una cita, tiempo al tiempo. Él sabía que ella aún no estaba lista para entrar en una relación, pues ni siquiera estaba divorciada. Y las heridas que tenía en su corazón difícilmente las superaría en poco tiempo.

De la misma forma que entraron al restaurante, tomados de la mano, de esa misma forma salieron, cualquiera que los viera, pensaría que eran pareja. Lucía se sentía muy a gusto en su compañía. Al llegar al coche él le soltó la mano para abrirle la puerta, sus cuerpos estaban muy juntos, ella podía sentir su aliento en su cara, él bajó su mirada a sus labios y ella sin pensarlo se lamió sus labios, al ver ese gesto tan sensual, quiso besarla, pero aún no era el tiempo, a él le gustaría algo formal con ella y si para eso tendría que esperar meses e incluso años, lo haría. Una vez dentro del coche, se podía sentir la tensión entre ellos, para romper el hielo, Lucía habló.

–Muchas gracias por invitarme a comer Gabriel, me lo he pasado muy bien. Espero algún día poder ser yo la que te invite a ti.

Él le sonrió y sin pensarlo siquiera, como un acto tan natural, le tomó su mano y se la besó. Fue inevitable que Lucía sintiera un calor recorrer por su cuerpo. Y así sin soltarle la mano, siguió manejando, por desgracia el trayecto del restaurante al hospital era corto. Pronto llegaron y como todo un caballero, Gabriel le abrió la puerta para que ella saliera, hacía años que nadie le abría una puerta a Lucía, Carlos no era un tipo romántico, ni acostumbrado a abrir puertas. En completo silencio y tomados de la mano se disponían a entrar en el elevador, cuando Lorena los interceptó.

Lorena era una enfermera nueva en el hospital, era alta, de cabellos dorados y ojos azules, poseedora de un bonito cuerpo, tenía curvas donde precisaban, lo único malo en ella, era de que ya le había echado un ojo al doctor y a como diera lugar se había propuesto ser la señora Smith. Ambiciosa y capaz de hacer cualquier cosa por lograr su cometido, no pensaba dejarlo escapar. Se

percató de que él sostenía las manos de ella, la había visto llegar esta mañana, queriendo saber que pasaba alrededor suyo, se informó quien era ella y que hacía ahí. Ni tardía ni perezosa decidió marcar su territorio y con una voz melosa se dirigió a Gabriel.

–Gabriel te estuve buscando para irnos a comer, pero creo que te olvidaste de mí.

Él le dirigió una intensa mirada y con voz grave le dijo:

–Yo no quede en comer contigo, no sé de dónde sacas ese disparate.

Lucía miraba a uno y a otro, sin saber que hacer o que decir, quiso soltarse de su mano, pero él se lo impidió, al contrario, la apretó más fuerte y la acercó más hacía él. Ese gesto no pasó desapercibido por Lorena, que no pudo evitar hacer una mueca de desagrado.

Sin más que decir, entraron en el elevador en completo silencio, Gabriel tenía a Lucía muy cerca de él, sin pensarlo depósito un beso en su cabeza, ella volteó a verlo y los dos se perdieron en sus miradas, de un momento a otro, sólo estaban ellos dos, viéndose a los ojos, no hacía falta las palabras, el silencio lo dijo todo. Gabriel se estaba enamorado de ella y ella a su vez estaba experimentando sensaciones olvidadas.

Llegaron al piso y aún con sus manos entrelazadas, Gabriel la dirigió al cuarto de la señora Rivas, al pasar por el cubículo donde se encontraban las enfermeras, a nadie le pasó desapercibido que el doctor sostenía entre sus manos las de ella. Unas a otras se miraron, pues bien sabían que él era viudo y desde entonces no le conocían pareja alguna. Sabían quién era ella, conocían su historia y deseaban en verdad que algún día ella superara el dolor por la pérdida de su único hijo. Tampoco les pasó desapercibido la cara de amargada que tenía la nueva enfermera, había llegado hace poco con ínfulas de

grandeza, a nadie le caía bien, la toleraban, más no la soportaban. Desde que llegó quiso mandar a las demás como si fuera la supervisora, desde entonces se había hecho de unas cuantas enemistades.

Gabriel se encontró tocando la puerta del cuarto de la señora Rivas, una mujer de cincuenta años que había sufrido una caída aparatosa desde el tercer piso de los apartamentos donde vivía, tenía unas costillas rotas, una mano fracturada, pero lo peor era, que posiblemente no volviera a caminar, ya que se había dañado la columna vertebral...

Entraron sigilosamente al cuarto, donde una mujer con la cara hinchada se encontraba llorando.

–Señora Rivas, ¿se encuentra bien? ¿necesita que le den un calmante para el dolor?

–Hace un momento la enfermera en turno me administro una dosis, aún no hace efecto, pero dentro de poco sé que estaré bien, gracias por preguntar doctor.

–Permítame presentarle a Lucía, es su primer día aquí y ha venido voluntariamente a hacerle un poco de compañía, si acaso usted no tiene ningún impedimento.

–Mucho gusto Lucía, nada me alegraría más que contar con su presencia. Como ve, no tengo a nadie con quien platicar y realmente no espero visita alguna.

–En ese caso, me retiro y las dejo conversar–Gabriel se dirigió a Lucía
–.Cualquier cosa que necesites, no dudes en decírmelo, por favor, quiero que te sientas a gusto y si en algún momento te quieres ir, puedes hacerlo, no tienes que quedarte horas en este lugar.

–Gracias Gabriel, eres muy amable.

Por un momento se quedaron en silencio sin saber que decir, hasta que Lucía le preguntó porque lloraba. La señora Rivas volteó su cara y con voz trémula le dijo:

–Al parecer hay pocas posibilidades de que vuelva a caminar y mi esposo no piensa cargar con una invalida como yo, hace un momento acababa de pedirme el divorcio, ¿puedes creerlo? Hemos estado juntos por más de veinte años, siempre lo apoye en todo momento, hasta cuando el perdió su trabajo debido a un accidente que lo incapacitó por seis meses, meses en los cuales yo trabajé arduamente para que no faltara nada, tenía hasta dos trabajos, acabábamos de comprar una casa y tuve miedo a perderla. Incluso vino mi madre a ayudarme con él, se encargaba de limpiar la casa y cocinar, en todo ese tiempo no me queje, trabajé duro y no me arrepentí de haberlo hecho en su momento, pero ahora sí. Le informaron de mi estado y él no tardo ni un segundo en ir a hablar con un abogado y heme aquí, sola y abandonada cuando más lo necesito, me da la espalda.

Lucía no podía creer que hubiera hombres como él.

– ¿Y no tienes más familia, hijos, hermanos?

–Hijos Dios no me los concedió, pues él era estéril y yo, aunque si podía tenerlos, no quise hacerlo sentir mal, así que simplemente le dije que estaba bien, igual yo no tenía pensado tener familia. Hermanos no los tuve, desafortunadamente fui hija única, al igual que mis padres y a ellos tampoco los tengo, hace un par de años que fallecieron, así que no tengo más familia que él, no cuento con amistades, todo mi mundo era él, vivía por él y para él. Y ahora me arrepiento de no contar con nadie, yo misma me recliné entre esas cuatro paredes y ahora estoy más sola que nadie.

Lucía no pudo evitar sentir pena por esa mujer y sin pensarlo se acercó a ella

y le dio un abrazo, al instante la señora Rivas se puso a llorar con mucho sentimiento, se aferró a ella y se desahogó como hace mucho no lo hacía. Mientras tanto Lucía lloró con ella, cada una sufría una pérdida. Al percatarse de su llanto, la señora Rivas le dijo:

—Mira cómo te he puesto, te he contagiado de mi dolor, no era esa mi intención.

—Cada una sufre una pérdida en estos momentos, llorar no soluciona nada, pero nos ayuda a limpiar el alma. Yo al igual que tú, también sufro una pérdida. — Lucía contestó.

La señora Rivas guardó silencio esperando a que continuara de hablar, pero en vista de que Lucía no decía nada, se aventuró a preguntar.

—Y dime Lucía, ¿Cuál es la pena que te atormenta a ti?

Transcurrieron unos minutos antes de que ella pudiera decir algo, pues un nudo en su garganta le impedía hacerlo.

—Hace varios meses perdí a mi único hijo en un accidente de coche. Estoy tratando de remontar mi vida con los pedacitos que de ella quedan, si estoy aquí es porque así me lo aconsejó una psicóloga tras haber intentado suicidarme.

La señora Rivas se llevó ambas manos a la boca, no podía creer lo que esa joven le dijo.

—Lucía, cuanto siento por lo que estas pasando, no entiendo la grandeza de tu dolor, lamentablemente nunca he sido madre, pero sí sé, que la muerte no es la solución a tus problemas. Mírame a mí, postrada en esta cama, con la incertidumbre de si volveré a caminar algún día y, aun así, no he pensado en atentar contra mi vida. Solo se vive una vez, la vida es el regalo más preciado

que Dios nos pudo otorgar. Con sus altas y bajas, la vida sigue, si tú te salvaste en ese accidente, no pienses que fue un castigo de Dios, más bien, te está dando la oportunidad de volver a empezar. Saca fuerzas de donde no las tengas y vive, vive por tu hijo que de seguro él te está observando y no querrá ver a su mamá sufrir. Lloro cuando quieras llorar, pero no te acostumbres al llanto.

La señora Rivas, la cual le dijo a Lucía que por favor le llamara por su nombre de pila que era Edith, platicaron de muchas cosas más, el tiempo pasó volando, sin darse cuenta, ya había transcurrido tres horas. En las cuales ambas llegaron a conocerse un poquito más. Lucía se despidió de ella, con la promesa de regresar al día siguiente, pues lo había pasado muy bien, hablar con ella la ayudo mucho.

Se dirigía hacia los elevadores cuando Lorena la interceptó a medio camino.

—Por un momento pensé que se iba a quedar de guardia para acompañar al doctor Smith. —Lorena la miraba con odio, no soportó ver como él le sostuvo las manos y la miró con amor. Ese hombre era para ella. Lo decidió desde el primer instante en que lo vio.

Lucía se percató de su mirada y sin ganas de entrar en una absurda discusión, se alejó de ella sin dirigirle la palabra, lo cual hizo enfadar más a Lorena, que le dio alcance y de un jalón la volteó.

—Mira estúpida a mí nadie me deja con la palabra en la boca y menos una arrastrera como tú, Gabriel es mío y más te vale que te vayas haciéndote a la idea y lo dejes en paz, no te metas conmigo o te arrepentirás, quedas advertida.

Sin darle opción a réplica, se retiró del lugar, dejando a Lucía sorprendida por el arranque de celos de esa enfermera. No le dio más importancia y siguió su

camino. Ninguna de las dos se percató de que Neyda estaba cerca, había oído como Lorena enfrentaba a Lucía y no le gusto para nada, ya sabía que tarde o temprano esa enfermera causaría problemas.

Durante el trayecto del hospital a su casa Lucía pensó en las dos personas que conoció ese día, el señor Jones y la señora Rivas, mejor dicho, Edith. Esta última le daba mucha pena su situación, pues no tenía familia alguna y, aun así, pudo ver lo valiente que era al aceptar su nueva situación, definitivamente le había caído muy bien y pensaba volver a visitarla pronto.

Capítulo 8

Los días siguieron su curso, Lucía siguió visitando el hospital y conociendo nuevas personas, pero sin duda, había logrado entablar una bonita amistad con Edith, ya que con ella pasaba más tiempo que con los demás, de eso se dio cuenta Gabriel y así se lo hizo saber un día.

–Veo que has hecho una nueva amiga Lucía, ¿o me equivoco?

–No, no te equivocas, me ha agradado conocer a Edith, hemos hablado de tantas cosas y nunca se nos acaba el tema de conversación, me agrada mucho, siento pena por su situación, pero ella lo ha aceptado con entereza, la admiro, yo en su lugar no sabría qué hacer, pero ella logra ver el lado bueno en donde nadie más lo ve. Y me contagia de sus ganas de vivir.

Gabriel se le quedó mirando, cada día que la miraba se alegraba su día, él sabía que la amaba, pero estaba seguro que ella no estaba lista para tener ninguna relación.

–Me alegro mucho ver que te has acoplado bien en este hospital, sabía que ¿algunos de nuestros pacientes se han negado a que les dé el alta con tal de recibir la visita de la joven Lucía?

No pudo evitar sorprenderse y una sonrisa apareció en su cara. Definitivamente Lucía era más hermosa cuando sonreía. Ambos se despidieron

para continuar con sus deberes, él atender pacientes y ella a hacerles un poco de compañía.

Llegó el día en que Lucía tendría cita con su psicóloga, como siempre llegó temprano y se dispuso a esperar.

Pasado un tiempo prudente escuchó como Patty le hablaba, se paró, se acomodó el vestido y en seguida se vio tocando la puerta, una suave voz le dio permiso para entrar.

– ¡Buenos días Lucía! ¿Cómo estás? Aunque esa pregunta esta demás ya que te veo muy bien.

– ¡Buenos días Jeny! La verdad es que me siento muy bien.

–Me da gusto escucharte decir eso. Y cuéntame ¿Qué has hecho?

–Bueno pues seguí tu consejo y fui a un hospital de voluntaria, le he hecho compañía a las personas que casi no reciben visita, unos porque sus familiares trabajan y otros porque no tienen familia que los procure, he conocido a varias personas y he hecho una nueva amistad con una de ellas.

Jeny la escuchaba atentamente, mientras iba tomando notas, el cambio de Lucía era impresionante, de seguir así, pronto podría darle de alta. El tiempo transcurrió y como Jenny no tenía más citas para ese día, no quiso interrumpirla escuchándola por casi dos horas. Tenía mejor semblante y se notaba claramente el cambio en ella. Aunque no quería cambiar su estado de ánimo, tenía que hacer la pregunta de rigor.

–Lucía, me da gusto escucharte hablar así, el cambio que has dado es muy grande, pero aún no hemos hablado del perdón. ¿Ya te has perdonado a ti misma?

En ese momento la sonrisa de Lucía desapareció de su cara.

—No, aún sigo pensando que eso se pudo haber prevenido. Quizás si yo hubiera sido más firme con Carlos, si le hubiera arrebatado las llaves de su mano.

Jeny la interrumpió: —No sigas por ese camino Lucía, ya habíamos quedado que las condiciones del clima no eran las mejores y quien te dice a ti, que quizás el accidente hubiera ocurrido mientras tú eras la que estaba frente al volante. Pudo haber pasado o no, eso no lo sabremos jamás. Tienes que ver las cosas desde otra perspectiva. Cada día pasan muchos accidentes automovilísticos, incendios, hasta caídas tan simples dentro del hogar, que al final terminan en tragedia. Por ejemplo, la amiga de una amiga estando en su casa, sufrió un resbalón, se golpeó la cabeza y fracturó el cráneo, después de varias intervenciones quirúrgicas, cayó en estado comatoso y días después falleció. Como ves, ni siquiera estaba frente a un volante, las cosas pasan por algo, esta vez fuiste tú la que perdió a un ser querido, mañana podría ser alguien más el que lo haga, pero buscando culpables no vamos a solucionar nada. Te invito a que reflexiones en todo esto y que aprendas a perdonarte a ti misma, para que el día de mañana puedas otorgar el perdón a tu marido, te aseguro que él no la está pasando nada bien, los dos perdieron un pedacito de vida, quizás nunca vuelvan a ser pareja, pero quizás un día puedan lograr ser amigos y platicar, recordar cosas de tu hijo.

Lucía salió de la consulta con las palabras en la mente de Jeny, subió al carro y sin darse cuenta se dirigió al cementerio, iba sumida en sus pensamientos que no se había dado cuenta hacía donde se dirigía, hasta que paró enfrente de una enorme reja. Sin detenerse a pensar un segundo más entró. La tumba de su hijo se encontraba hasta el fondo, casi no había gente a su alrededor, era un alivio poder llorar a solas, sin testigos. Se arrodilló ante él y le empezó a

hablar.

—Hijo mío, cuanta falta me haces, extraño oír tu voz, tu sonrisa, extraño tu mirada y las veces que me despertabas con un beso en mi mejilla. Se que ahora estas en un lugar mejor, pero yo te extraño demasiado, la vida aquí, sin ti, no es la misma, quisiera regresar el tiempo y poderte abrazar y decirte cuanto te quiero. Eres lo mejor que me pudo haber pasado en la vida, espero haber sido una buena madre para ti, ya que tú fuiste el mejor hijo que Dios me pudo haber regalado. No te veré crecer, ni sabré que hubieras hecho de tu vida, sólo espero algún día volvernos a ver y volverte escuchar decir te quiero mamá.

Lucía lloró y lloró como hace mucho tiempo no lo hacía, hasta que sintió unos bracitos acariciando su espalda, pensando que quizás era su hijo, volteó la cara y se topó con los ojos de una tierna niña que le dijo:

—Ya no llores, de seguro a tu hijo no le hubiera gustado ver a su mamá llorar. Hola soy Jessica, si quieres a mí me puedes abrazar e imaginar que es a tu hijo a quien abrazas, y yo podré imaginar que es mi mamá la que me abraza a mí.

Ante esas palabras Lucía se desbarató y lloró fuertemente abrazando el cuerpecito de esa niña que tan tiernamente se ofreció a darle un abrazo. Tan sumida había estado en su dolor, que no se había percatado de la presencia de la niña hasta que ella habló.

Una voz a sus espaldas quebró ese mágico momento, era la nana de la niña que la había estado buscando a los alrededores.

—Jessica ¿cuántas veces te he dicho que no te separes de mí?

La niña le ofreció una sonrisa y con suave voz le dijo: —Nana, ella necesitaba un abrazo y yo se lo quise dar, además yo también quería saber que se sentía

abrazar a una mamá.

La nana no supo que decir, el silencio los envolvió mientras Jessica y Lucía se observaban mutuamente. Por la cabeza de ella pasaron mil cosas.

–No la reprenda, la niña tiene razón, yo necesitaba un abrazo y ella se ofreció –se dirigió después a Jessica–. Muchas gracias Jessica por ese abrazo, me ha gustado mucho.

La niña le sonrió y sin pensarlo se abalanzó de nuevo hacía Lucía y la abrazó fuertemente de la cintura.

–A mí también me ha gustado mucho ese abrazo, no es como los que me da mi papá, él es fuerte y me aprieta y tú no, cuando quieras que te de otro abrazo, puedes ir a mi casa y yo con gusto te lo daré. Yo vivo en una casa de color blanca y afuera hay árboles y una banca.

–Gracias Jessica, seguro que con esas señas sabré donde vives. –diciendo eso le guiño un ojo –. Ahora me tengo que ir, pero me dio mucho gusto conocerte.

–Vamos Jessica, que he dejado a tu hermano solo y no quiero que se vaya a asustar, con permiso señora, que pase una buena tarde y espero que mi niña no la haya perturbado.

–De ninguna manera, su niña se ha portado muy bien.

Lucía llegó a su casa sintiéndose mejor, esa niña la había hecho sentir muy bien. Al entrar escuchó unas voces en la sala y hacía allá se dirigió, era su abogado.

– ¡Buenas tardes Lucía!

– ¡Buenas tardes Francisco! No te esperaba hoy, ¿hace mucho de tu llegada?

–No, de hecho, llegue hace unos quince minutos, Juany me estaba haciendo compañía, mientras te esperaba. Vine porque traigo la sentencia de divorcio, ya eres libre de nuevo. También quiero decirte que ya hable con el abogado de Carlos, dentro de unos días te dará la parte que te corresponde, claro que solo falta arreglar lo de la casa, tan pronto la vendan se te dará la mitad.

–Gracias Francisco, te agradezco todo lo que has hecho por mí.

–No tienes nada que agradecer, que para eso soy tu abogado. Cualquier cosa que necesites estoy aquí para servirte. –diciendo eso se dispuso a marcharse.

Lucía se dirigió a su cuarto, estaba cansada y no tenía ganas de hablar o comer, solo quería dormir, al entrar, vio su diario, lo tomó entre sus manos y se puso a escribir.

Hace unos meses camine por el viacrucis, con la cruz más pesada, la muerte de mi hijo. Amé y acepté a mi hijo tal y como era, para mí era perfecto, de haber tenido la oportunidad de cambiar algo en él, realmente no lo hubiera hecho, pues todo en él era perfección, lo acepté tal y como era, con sus risas y sus ocurrencias, con sus enojos y sus locuras, tanta alegría trajo a mi vida que jamás lo olvidaré. Aún me duele su ausencia, pero sé que Dios me dará el consuelo, el tiempo la resignación cuando al caer la noche y al amanecer del día quiera mirarte, abrazarte y besarte, tengo que entender, que ya no estarás más aquí. Aunque me duela, tengo que aceptar que solo vivirás en mis recuerdos y por siempre en mi corazón. Donde quiera que estés hijo mío, nunca olvides lo mucho que te quise y te querré. Algún día volveremos a encontrarnos para no separarnos jamás. Algún día podré volver sentir tus brazos alrededor mío y tu suave voz llamándome mamá.

Se sentía agotada, física y mentalmente, decidió tomar un baño para relajarse y mientras esperaba a que se llenara la bañera, le habló a su hermana.

– ¡Hola Nelly! ¿Cómo estás?

–Yo muy bien y tú ¿Cómo te sientes?

–Pues tratando de sobrevivir, te hablé porque quiero saber si ya me has conseguido casas para ir a ver, recuerda que no quiero una tan grande como esta y me gustaría que estuviera en un barrio tranquilo.

–De hecho, tengo tres que quiero mostrarte, que te parece si quedamos mañana.

–Me parece perfecto, te viene bien como a eso de la una y media, antes me gustaría ir al gimnasio y después ir a visitar a los enfermos en el hospital.

–Por mí, está muy bien, entonces así quedamos, hasta mañana hermanita, trata de descansar, no olvides que te quiero mucho y cualquier cosa que se te ofrezca, no dudes en llamar.

Después de colgar Lucía se dispuso a disfrutar de su baño. Estaba tan relajada que sin querer se quedó dormida, sin darse cuenta se fue resbalando hasta casi quedar sumergida y fue así como la encontró Juany, que al darse cuenta de lo mucho que tardaba en salir, se decidió ir a ver si se le ofrecía algo, al ver su cara sumergida dio un grito y enseguida corrió a sacar a su señora, la jaló del cabello en un intento desesperado por salvarla. Lucía intempestivamente abrió los ojos asustada.

–Señora usted prometió que ya no lo volvería a intentar, ¿por qué lo ha hecho de nuevo?

Lucía no tenía idea de que hablaba la fiel Juany, que tan pálida la observaba.

– ¿De qué hablas Juany? ¿Qué es eso que he vuelto hacer? Yo solo quería darme un baño para relajarme, no sé de qué hablas tú, explícate por favor.

–Yo pensé que usted había intentado de nuevo suicidarse, pues hace un momento la encontré sumergida en el agua y me asusté mucho, señora.

–No Juany, yo no he intentado nada, es solo que me quede dormida, además no me cubría el agua toda la cara, por lo tanto, no he hecho nada, anda pásame la toalla para salir, que el agua ya se enfrió.

Con mucha calma Lucía salió de la bañera mientras Juany le pasaba una toalla y su bata.

Horas después se encontraba dando vueltas en su cama sin poder dormir, así que fue a la cocina a prepararse un té que la ayudara a descansar. La casa estaba en silencio, pues ya sus empleados dormían, tanto silencio la puso nerviosa y más cuando escuchó como se quebraba una ventana, segundos después escucho murmullos, Lucía se paralizó del miedo, alguien había entrado a su casa, como la luz de la cocina estaba apagada, nadie sabía que ella se encontraba ahí. Sigilosamente salió de la cocina, tratando de hacer el menor ruido posible y a gatas fue al cuarto de Juany. Se adentró a la pieza y cerró con llave, después se dirigió a la cama y le tapó la boca para evitar que hiciera ruido. Esta se asustó hasta que escuchó la voz de la señora que le decía:

–Juany tenemos compañía, hay intrusos en la casa, será mejor que te pares y nos escondamos en el closet hasta que venga la policía.

Con mucho cuidado Juany se paró mientras que ella marcaba a la policía, desafortunadamente no lo pudo hacer ya que habían cortado la línea y ella no tenía el celular con ella y Juany no tenía uno, no tenía más remedio que tratar de salir y pedir ayuda a algún vecino.

–Juany esto es lo que haremos: tú te encerrarás en el closet y ahí permanecerás hasta que yo venga a buscarte, mientras tanto yo trataré de salir y pedir ayuda,

prometo regresar tan pronto como me sea posible.

–No señora, no se arriesgue, quizás ellos se cansen y decidan irse.

–Eso no va a pasar Juany, querrán abrir la caja fuerte y al no poder hacerlo, van a buscarnos, no podemos arriesgarnos a quedarnos aquí sin hacer nada, no sabemos lo que son capaces de hacer una vez que logren abrir la caja, tengo que hacer algo, por favor escóndete y trata de no hacer ningún ruido, prometo volver pronto.

Con mucho sigilo Lucía abandonó la habitación, se dio cuenta de que los individuos se encontraban en el despacho, pensó en salir a la calle, pero en vez de eso, dirigió sus pasos a su recámara y con cautela entró en ella, a tientas buscó su celular y se dispuso a marcar a la policía, trató de ser breve, pues no quería que la descubrieran, dio sus datos y su dirección y ellos le dijeron que enseguida iría una patrulla en su ayuda, iba a dejar el celular en la cama, pero decidió mejor llevárselo con ella, mala idea, pues al ir bajando los escalones, su teléfono sonó y su presencia quedó delatada por los intrusos que al percatarse donde estaba fueron tras ella, Lucía dirigió sus pasos hacia su cuarto, pero antes de poder encerrarse en él, alguien la jaló por el cabello fuertemente haciéndola caer de espaldas. Con desesperación trató de zafarse de su agresor, pero este era demasiado fuerte. Se subió encima de ella y la inmovilizó, Lucía quedó totalmente a su merced, lágrimas rodaban por su mejilla, estaba asustada, era incapaz de pronunciar palabra alguna. Su agresor acercó su boca a su oído y le dijo:

–Vale más que sepas como abrir esa caja fuerte, antes de que se me escape un tiro. – diciendo eso, la levantó abruptamente y jaloneándola se la llevó escaleras abajo rumbo al despacho, donde ahí lo esperan dos tipos más.

–Miren a quien me encontré rodeando por ahí, la persona que nos va abrir la

caja de nuestros sueños –dándole un empujón a Lucía, le dijo–, abre de una vez esta puta caja, que ya me estoy cansado de esperar y no salgas con que no sabes la combinación, porque en ese caso le meteré un tiro a tu sirvienta. –diciendo eso dirigió una mirada hacia donde se encontraba Juany, que estaba amordazada para que no dijera nada. No sabía en qué momento la habían capturado.

Lucía sintiendo miedo por Juany, se dispuso abrir la caja, ellos no sabían que, si le daban un tiro, le estarían haciendo un gran favor, volvería a ver a su querido hijo, pero si le pasaba algo a Juany, jamás se lo perdonaría.

Los nervios la carcomían y eso hizo que errara varias veces al intentar abrir la caja, enfadado de tanto esperar, el que parecía el jefe de la banda le dio un tiro en el brazo a Juany, justo antes de que oyeran las sirenas de la policía.

Lucía al ver como la bata blanca que usaba Juany se iba transformando en rojo a causa de la sangre, dio un grito desgarrador.

– ¡Perra estúpida! No tenías que haberle avisado a la policía, mira por tu ineptitud lo que le ha pasado a tu sirvienta, Lucía sin pensarlo se abalanzó hacía su agresor arañándole la cara, este de un empujón se la quitó y sin pensarlo le dio un balazo en el pecho.

–jefe, ¿Qué ha hecho? ¡la ha matado! Lo mejor será que tratemos de huir antes de que la policía entre.

Sin perder un segundo más de su tiempo, los asaltantes se escaparon por la puerta de atrás, mientras que al mismo tiempo los policías entraban por la puerta de enfrente.

–Somos el departamento de policía, estamos aquí debido a una llamada que alguien hizo desde este lugar, ¿hay alguien aquí?

Un grito se escuchó en el lado opuesto de la puerta y hacía ahí se dirigieron ellos, al abrir la puerta se encontraron con una señora con una herida en el brazo y una mujer joven con una herida en el pecho, Juany trató de mover a Lucía, pero la policía se lo impidió. Se acercó a ella para comprobar sus signos vitales y pudo darse cuenta que, aunque respiraba, cada vez sus latidos se iban apagando poco a poco... En ese momento un paramédico entró, con mucho cuidado le colocó el collarín y se dispuso a checar sus signos cuando dio la voz de alerta de que la estaban perdiendo, Juany al darse cuenta de la situación entró en shock y uno de los paramédicos tuvo que ponerle una inyección.

Lucía se encontró caminando por un pasillo largo y blanco, a lo lejos escuchaba una suave melodía, al llegar al final se topó con la persona que más quería, su hijo Sebastián, su querido Sebas la contemplaba embelesado y sin pensarlo corrió hacia sus brazos. Madre e hijo se fundieron en un fuerte abrazo, Lucía lloró de felicidad, no podía creer lo que sus ojos estaban observando, su querido hijo estaba entre sus brazos y le decía lo mucho que la quería.

—Hijo, mi querido hijo, no sabes cuanta falta me has hecho, te he extrañado muchísimo.

—Mami, yo también te he extrañado mucho, pero tú no tienes que estar aquí, aún no es tu tiempo, Dios nos permitió este momento para despedirnos, tienes que volver, no te preocupes por mí, yo estaré bien, mira aquí está mi abuelito que me cuida.—Lucía no se había dado cuenta de la presencia de su querido padre, al levantar la vista y verlo, fue en busca de sus brazos, que enseguida la cobijaron.

—Hija, tienes que volver. No puedes quedarte aquí.

—No yo no quiero volver, quiero quedarme con ustedes, no me hagan volver.

—Mami nosotros no somos los que te hacemos volver, es Dios, aún no es tu hora, yo solo quería decirte que, ya no llores por mí, mamita aquí soy tan feliz como lo fui con ustedes, tienes que perdonar a mi papá y perdonarte a ti misma, nadie tuvo la culpa. Mi tiempo en la tierra había concluido, mi destino estaba marcado desde antes de nacer, era hora de volver a casa, pero tu tiempo aún no llega, hay alguien que te necesita mucho, pronto podrás entregar todo ese amor que me tenías. Ellos te necesitan, tienes que volver y dile a mi papi que lo quiero mucho, que no fue su culpa y que deje de llorar por las noches, porque mi vela siempre se me apaga y no me deja avanzar.

Esas fueron las últimas palabras que Lucía escuchó antes de abrir sus ojos. Se sentía desorientada, quiso hablar, pero tenía un tubo en su boca que impedía hacerlo. Una enfermera se dio cuenta de que la paciente despertaba y corrió avisar al doctor Smith, el cual había estado pendiente de su recuperación, habían pasado cuatro días desde que una bala impactó en su pecho, a milímetros de su corazón, era un milagro que aun viviera.

—Doctor Smith, la paciente ha reaccionado. —no faltaba decir cual paciente, pues todos ahí sabían lo pendiente que había estado de ella, incluso dobló turno para no despegarse de ella, en caso de que algo pasara. Corrió hacia su cuarto y Lucía al verlo, derramó lágrimas.

—Shhh no llores, todo estará bien, te voy a retirar el tubo, vas a sentir un poco de dolor, trata de no moverte y lo haré lo más rápido posible. No digas nada, guarda silencio, tus cuerdas vocales lo van apreciar.

Con mucho cuidado Gabriel le retiró el tubo y Lucía quiso vomitar, pero nada le salía.

—Tranquila Lucía, todo estará bien. — con sumo cuidado le limpio una lágrima

que se derramó por su mejilla. Las enfermeras salieron sigilosamente del cuarto para darles un poco de privacidad.

—Escucha atentamente, has estado al borde de la muerte, estuviste en coma por cuatro días, en estos momentos no te recomiendo hablar, esperemos hasta mañana, si quieres decirme algo te daré una libreta para que me escribas lo que quieras, parpadea una vez si estás de acuerdo con este método.

Lucía parpadeo una vez y Gabriel en seguida salió a buscar una libreta. Minutos después entró con una entre sus manos. Se la extendió a Lucía que débilmente la tomó y sin perder tiempo, únicamente escribió una palabra.
Juany

Le entregó la libreta a Gabriel que al leer lo que había escrito, le respondió:

—Juany está muy bien, no tienes que preocuparte por ella, la bala entró en el brazo sin dañar ningún hueso y de igual manera salió. En estos momentos se encuentra en casa de tu hermana, que la recibió en lo que la policía investigaba el caso, ya no tienes nada de qué preocuparte, hace dos días agarraron a los malhechores, gracias a que rasguñaste a uno de ellos, cotejaron el ADN y encontraron en el sistema que ya había estado convicto por robo a mano armada hace varios años. La identidad de los otros dos fue igual de fácil, ya que había huellas dactilares de ellos por todo el despacho. Al momento de su arrestó se encontraba con los otros dos, así que ahora los tres sirven una larga condena por robo a mano armada e intento de asesinato.

Los ojos de Lucía se le cerraban poco a poco. Gabriel se le acercó.

—Eso es Lucía, duerme, descansa mi bella dama, para que pronto te puedas recuperar. —acercó sus labios a los de ella y depositó un beso en ellos. Salió de la habitación y dirigió sus pasos hacia el consultorio, tenía que avisarle a la familia la buena noticia.

Capítulo 9

Lucía despertó horas después, quiso mover su mano, pero la sentía muy pesada, al voltear su cabeza, se dio cuenta de la razón por la cual no la podía mover. Gabriel se había quedado dormido encima de ella. En silencio Lucía lo observó y acercando su otra mano, le acarició su cabeza. Gabriel al sentir sus caricias, levantó su cara y al verse observado por Lucía, le obsequió una sonrisa.

– ¡Buenos días Lucía! ¿Cómo te sientes?

Con voz apenas audible le respondió:

–Aturdida, cansada.

–Es normal después de todo lo que has pasado. ¿tienes hambre?

–No, tengo sed. Y dime ¿qué haces dormido al pie de mi cama?

Gabriel le acercó un vaso con agua y al mismo tiempo le contestó.

–Cuido de mi enferma favorita. –diciendo eso le guiñó un ojo.

Lentamente Lucía tomó agua, mientras tanto Gabriel en silencio, daba gracias a Dios por que estaba fuera de peligro, únicamente de imaginar que pasaría si ella hubiera muerto, se le helaba la sangre. Ella se le había metido debajo de la piel, que no quería perderla.

–Anoche avisé a tus familiares de tu estado, quisieron venir de inmediato, pero en esta área las visitas son restringidas, les pedí que por favor esperaran un poco más, en un par de horas te cambiaremos a una nueva habitación, ahí podrás recibir las visitas que quieras.

–Muchas gracias Gabriel, por todo lo que haces por mí. Eres un hombre excepcional y el mejor doctor que podría haber tenido.

Gabriel no quería ser solo su doctor, él quería ser algo más en la vida de Lucía. Desde que había enviudado, no se había vuelto interesar por ninguna mujer, hasta que apareció ella en su vida. Desde entonces no había dejado de pensar en ella, quería ser él, el que la ayudara a superar su dolor, llenarla de besos y mimos, quería entregarse a ella sin restricciones, solo que, para eso, tenía que esperar.

–Lucía, en unos momentos vendrán por ti unos enfermeros, te llevarán hacerte unos estudios de rigor—al ver que ella se asustaba, continuó—, no te preocupes, todo saldrá bien, yo estaré a tu lado en todo momento.

Al saber que él estaría a su lado, se tranquilizó.

Horas después, Lucía se encontraba en su nueva habitación, rodeada de su familia. Su fiel Juany se le acercó a ella.

–Nos ha dado un gran susto mi señora, creí que también la perderíamos a usted. – lágrimas escurrían por la cara de Juany.

–Y yo pensé que a la que perderíamos era a ti, pero dime, ¿Qué fue lo que pasó? Lo último que recuerdo era haberte dicho que te quedaras encerrada en el closet.

–Yo ya estoy vieja, no me hubiera perdonado que algo malo le pasara, salí casi detrás de usted y justo cuando iba a subir las escaleras, un hombre me

atrapó y cubrió mi boca con su mano, no pude prevenirla.

—No te preocupes Juany, lo bueno es que nada malo te paso a ti, soy yo la que no me lo hubiera perdonado.

Ambas se fundieron en un cálido abrazo mientras el resto de la familia las observaba con lágrimas en sus ojos, ante tal escena.

Al día siguiente tuvo una visita que no esperaba, su querido suegro la había ido a ver al enterarse de lo que le pasó. Para él, ella era como una hija, aunque su esposa no la viera de esa manera. Sin importar que siguiera o no casada con su hijo, ella era su hija y, por lo tanto, le preocupaba todo lo que en ella acontecía.

— ¡Buenos días hija! ¿Cómo amaneciste?

—Hola suegro, mucho mejor, gracias por preguntar. —el cariño que ambos se tenían era recíproco.

—Vaya susto que nos has dado, menos mal que solo fue eso, un susto.

—Lo siento mucho, no era mi intención asustarlos.

—Déjate de tonterías, sino fue tu culpa hija, esas cosas pasan, por desgracia te pasó a ti. Sabes, hace días pude comunicarme con Julián, lamenta mucho no haber estado contigo en estos momentos, te manda muchos besos y dice que pronto volverá. Se sintió impotente cuando le di la noticia de Sebastián, tú sabes que él lo quería mucho.

—Si, yo lo sé, eran más que tío y sobrino, tenían una relación muy compenetrada, se lo mucho que quiso a mi hijo y eso siempre se lo agradeceré.

Estuvieron platicando de muchas cosas, le comentó que ya había salido la sentencia de divorcio, algo que Faustino ya sabía, pues su hijo se lo comentó la última vez que hablaron por teléfono, aun así, hizo como que no sabía nada.

–Suegro, ¿Cómo esta Carlos? – era la primera vez que Lucía preguntaba por él, aún no le había comentado a nadie lo que ella vivió, pensarían que estaba loca y entonces sí, capaz que la internaban en un centro psiquiátrico.

–Pues que te puedo decir hija, Carlos no es el mismo de antes, la tragedia lo ha cambiado, ha perdido mucho peso, esta taciturno, poco hablamos, eso sí, siempre me pregunta por ti, me pide que te convenza para que vayas a visitarlo, quiere pedirte perdón. Al enterarse de lo que te pasó, se sintió impotente por no poder hacer nada, dijo que, aunque las cosas ya no marchaban tan bien en su relación, él aún te quería. Desafortunadamente, no le concedieron el permiso para venir a verte, ha estado muy angustiado pensando que quizás te habías muerto. Ya logré hablar con él y se quedó más tranquilo.

Ante esas palabras, Lucía no pudo contener las lágrimas, había querido a Carlos y no le deseaba mal, menos ahora después de las palabras de su hijo.

–La próxima vez que hable, dígame que tan pronto salga de aquí, iré a visitarlo.

Una sonrisa engalanó el rostro de su querido suegro, si, aunque ya era una mujer divorciada, él siempre sería su querido suegro, aquel que la apoyó en los momentos buenos y no tan buenos, el que con sus ocurrencias la hacía reír. El que con solo un abrazo le trasmitía mucha paz.

Faustino se despidió con la promesa de seguir al pendiente de ella, le dio un fuerte abrazo y se disponía a salir de la habitación, cuando la puerta se abrió. Era Gabriel que venía a ver como se encontraba su paciente. A Faustino no le pasó desapercibido la mirada que el doctor le dirigió a Lucía. Se despidió de ellos y en silencio abandonó la habitación.

– ¿Cómo te encuentras Lucía?

–Mucho mejor, ¿cuándo me vas a dar el alta?

–Tan pronto te cansaste de mí, que ya me quieres abandonar.

Ante esa ocurrencia Lucía se sonrió, ella ignoraba que cada sonrisa de ella era como una luz en la vida de él.

–Cómo crees Gabriel, jamás podría cansarme de ti y menos con el trato tan especial que recibo en este hospital.

–Me parece perfecto que no te canses de mí, porque no pienses ni por asomo que te vas a escapar, mira que son pocas las pacientes tan dóciles como tú.

Ante eso, Lucía se carcajeo, porque de dócil ella no tenía nada y él lo sabía.

De un momento a otro el silencio los envolvió, la atmósfera se sentía un poco pesada, sin dejar de mirarse a los ojos, Gabriel fue acercándose poco a poco a ella, Lucía estaba hipnotizada por su mirada. Él le acarició su mejilla y ante ese gesto ella inclinó su cabeza hacia su mano, cerró los ojos y fue en ese instante el que él aprovechó, para posar sus labios en los de ella. Sabía que lo que estaba haciendo no era lo correcto, pues ella era su paciente y esto podía traerle consecuencias, aun así, no le importo. Lucía al sentir sus labios acariciados por los de él, involuntariamente abrió los labios, permitiéndole a él que explorara la profundidad de su boca. Lentamente sus lenguas se entrelazaron y se movieron con absoluta coordinación. En el estómago de Lucía había una gran revolución, hace mucho que no sentía lo que estaba sintiendo en esos momentos. Se perdieron en el tiempo, se besaron, se acariciaron, hasta que un suave toque a la puerta los volvió a la realidad. Ambos no dejaban de observarse cuando Edith entró postrada en una silla de ruedas.

– ¡Hola Lucía! ahora los papeles se han intercambiado y ahora soy yo la que ha venido a hacerte un poco de compañía.

¡Hola Edith! Me da mucho gusto verte.

Edith notó los labios hinchados de ambos y las mejillas sonrosadas del doctor, en su interior, ella sospechaba que él sentía algo por ella y al ver su imagen en estos momentos, todo quedaba comprobado, se alegraba mucho por Lucía, sabía lo mucho que sufrió por la pérdida de su hijo, las infidelidades del exmarido, que ya era justo que la suerte le sonriera y que mejor que al lado de un buen hombre como lo era el doctor Smith.

–Con su permiso señoras, yo me retiro a seguir con mi ronda–las siguientes palabras se las dirigió a Lucía.–. Luego hablamos de esa “alta” que quiere, al terminar mi turno pasaré a verte.

Lucía sabía que no era del alta precisamente de lo que iban a hablar, se puso nerviosa, como si fuera este el primer beso que recibiera en su vida, al recordarlo se llevó involuntariamente las manos a sus labios.

–Besa bien el doctorcito, ¿verdad Lucía? –las mejillas de Lucía se tiñeron de un rojo carmesí y eso hizo que Edith soltara a reír–No te preocupes, que a nadie se lo diré. En verdad que me da gusto verte tan bien. Mereces ser feliz y estoy segura que el doctor te podrá curar ese corazón herido.

Se pusieron al tanto de todo lo que aconteció los días en que Lucía estuvo inmensa en ese sueño. Le comentó que ya le habían dado el alta y estaba haciendo rehabilitación. Pasaron un tiempo muy ameno, pero Edith se retiró, al ver como Lucía luchaba por mantener sus ojos abiertos.

Una suave caricia hizo despertar a Lucía, sin abrir los ojos, supo que era Gabriel, pues su inconfundible perfume lo hubiera reconocido entre mil.

– ¡Hola! ¿has podido descansar?

–Si, creo que me quede dormida casi tan pronto se fue Edith.

–Ya no tardan en traer la cena, ¿tienes hambre?

Antes de que Lucía respondiera, un fuerte sonido se escuchó proveniente de su estómago. A lo cual hizo reír a ambos.

–Vaya, creo que ya no es necesario que respondas tú, ya alguien se hizo cargo de eso–Gabriel se puso serio cuando se dirigió a Lucía–. Creo que tenemos que hablar respecto a lo que paso esta tarde, si te moleste, te pido disculpas, es que contigo no sé qué me pasa, cada vez que te tengo cerca, solo pienso en envolvete entre mis brazos y eliminar con ellos, cualquier rasgo de angustia y dolor. Quisiera llenarte de besos y acaricias y que me permitas ayudarte a superar tu pena, que ya la siento como si fuera mía. Sé que no tengo ningún derecho a pedirte esto, pero sino lo hago, creo que me ahogaré. Lucía, ¿quieres ser algo más que mi paciente?

Lucía guardó silencio, meditó sus palabras antes de pronunciarlas.

–Gabriel, me halaga todo lo que me has dicho, en verdad que sí. No tienes por qué disculparte, me gustó mucho el beso que nos dimos, pero aún no estoy lista para tener una relación. Tengo que sanar primero por dentro antes de si quiera pensar en volver a rehacer mi vida, espero que me puedas comprender, para mí no está siendo fácil todo esto, aún sufro en silencio por la muerte de mi pequeño. Si en verdad quieres tener una relación conmigo, no me presiones y dame tiempo; solo eso te pido.

Gabriel asintió y en silencio abandonó la habitación.

A la mañana siguiente, su hermana Tita entró en la habitación para darle una noticia a Lucía.

–Me acabo de topar con el doctor Smith y me dio los papeles del alta, nos podemos ir en cuanto te alistes, te he traído un cambio de ropa y unos zapatos más cómodos, tan pronto estés lista, nos podemos ir.

Lucía no pudo evitar sentir una punzada de tristeza, tenía la esperanza de volver a ver a Gabriel, pero tal parecía que él le rehuía. No lo culpaba, lo comprendía, sabía que no estaba siendo justa con él, pero aún no estaba lista para entrar en una nueva relación sin primero sanar la anterior.

Lucía tomó las cosas de su mano y se metió en el baño, diez minutos después estaba lista para marcharse.

Salieron de la habitación y a medio pasillo Tita se paró alegando que había olvidado algo en la habitación, en ese momento Lorena se le acercó y muy sutilmente le dijo:

–Haznos un favor y no vuelvas aparecer por aquí, búscate otro hospital en donde ofrecer tus servicios de compañía y deja a Gabriel en paz, él se merece a una mujer joven y sin complicaciones como yo, merece ser feliz y porque no, quizás volver a experimentar la paternidad al lado mío, ya que tu estas más seca que un desierto.–después de soltar su veneno, Lorena se retiró con una sonrisa en su cara, había logrado molestar a Lucía y eso era una batalla ganada, pero no se iba a conformar con esa batalla, ella quería ganar la guerra, estaba dispuesta hacer lo que fuera.

Ante tales palabras, Lucía palideció, era verdad, ella estaba seca, jamás podría ser mamá, lo mejor sería marcharse para nunca volver.

Al volver Tita se encontró con una Lucía muy pálida, que se asustó, esta a su vez la calmó diciéndole que no era nada, solo estaba cansada.

Salieron en silencio y antes de salir del edificio, Lucía volteó hacia atrás y pudo ver a lo lejos a Gabriel, apoyado en una pared, con la mirada triste y el semblante serio. Lo mejor sería no volver ahí, él se merecía ser feliz y con ella jamás lo lograría.

Capítulo 10

Habían pasado seis meses desde que aconteció el intento de robo en casa de Lucía. Seis meses en los que siguió con su rutina de ir al gimnasio, pero no volvió a poner un pie en el hospital. Las terapias le habían servido de mucho, Jeny estaba muy contenta con su recuperación, se emocionó cuando le comentó que había ido a visitar a Carlos. Aún recuerda ese día como si apenas fue ayer...

Carlos caminaba en el patio, sumido en sus pensamientos, ya no era la sombra del hombre que fue, ahora estaba flaco, su cabello se había llenado de canas y su rostro mostraba profundas ojeras, en silencio caminaba, no se relacionaba con nadie, vivía sumido en sus recuerdos, recuerdos de un ayer que se fue para no volver, no había día que no le dedicara un pensamiento a su hijo, a Lucía, se reprochaba todo el daño que le había hecho, jamás se lo perdonaría. Su imprudencia le costó la vida a su querido hijo, una lágrima resbaló por su mejilla, antes discretamente se las borraba, pero ahora le daba igual si lo veían llorar. De pronto escuchó que alguien lo llamaba, era el custodio que a paso firme se dirigió hacia él.

—Rodríguez tienes visita. Acompáñame.

Carlos se sorprendió, pues no era día de visita, quizás el abogado quería convencerlo de que aceptara su ayuda para tratar de rebajar su condena. En silencio siguió al custodio que, en vez de llevarlo al cuarto de siempre, donde a través de una ventana de vidrio charlaba con sus visitas, esta vez lo llevó a un cuarto, el custodio abrió la puerta y un cabizbajo Carlos entró.

– ¡Hola Carlos! –al oír la voz de Lucía, Carlos se sorprendió, se acercó a ella y se dejó caer de rodillas, abrazándose a su cintura y con llanto incontrolable, le pidió perdón.

–Perdóname Lucía, perdóname por favor, hazlo tú, porque yo no puedo perdonarme a mí mismo.

Lucía se deslizó y quedándose de rodillas también, lo abrazó, el llanto de él se mezcló con el de ella y ambos se dejaron llevar por el dolor que los consumían. No les importó que el custodio presenciara esa escena, ellos necesitaban llorar y sacar de adentro tanto dolor que tenían. Pasados unos minutos Lucía habló.

–Cálmate Carlos, cálmate por favor –con ternura le acarició su cabeza, como si fuera un niño–. Tu no tuviste la culpa, siento mucho lo que te dije. Aquí no hay culpables, eso fue cosa del destino, el tiempo climatológico no era el ideal –Carlos lloró con más fuerza–, cálmate y escúchame, hay algo que tienes que saber.

Poco a poco Carlos fue tranquilizándose, pero aún seguía abrazado a la cintura de Lucía.

–Carlos, lo que te voy a decir, nadie más lo sabe, así que quiero que me prestes atención. –esas palabras lo hicieron reaccionar, se separó del cuerpo de Lucía y en silencio la escuchó –. El día que entraron robar a la casa, me dispararon en el pecho, como ya bien sabes. El paramédico dijo que estuve muerta por dos minutos, aunque para mí fue más que eso. Yo...–las siguientes palabras no sabía si Carlos le creería–yo vi a nuestro hijo, lo pude abrazar y besar. Él está bien, se le miraba feliz, sabes, esta con papá, me dijo que te dijera que no fue tu culpa, que su destino estaba marcado desde antes de nacer, que te quiere mucho y que por favor ya no llores por las noches, pues tu llanto

apaga su vela y no lo dejas avanzar.

Ante tales palabras, Carlos lloró más fuerte, pues Lucía no sabía que por las noches él lloraba.

—Se que fui dura contigo y conmigo, no podía perdonarme, yo sentía que esta tragedia se pudo haber prevenido, pero nuestro hijo me dijo que no, el tiempo de él ya había concluido, no hubiéramos podido hacer nada contra eso. Yo quise quedarme con él, más no me lo permitieron, aún no era mi tiempo. Quiero decirte que a pesar de todo no te guardo rencor, que compartimos muchos años juntos y siempre te tendré un cariño inmenso, me diste el mejor regalo que jamás nadie me podría dar, me hiciste mamá, por el poco o mucho tiempo que lo tuve entre mis brazos, siempre te lo agradeceré. La vida sigue y nosotros con ella, han pasado muchos meses y nuestro hijo no va a volver, tenemos que seguir con nuestras vidas y superar este amargo dolor. Algún día saldrás de aquí y espero ese día tengas mejor semblante, no te tortures más por lo que pudo y no fue. Ya no podemos cambiar el pasado, pero podemos escribir un mejor futuro, déjate ayudar por el abogado y no te condenes más, hazlo por mí, me lo debes. Aunque ya no estemos juntos, no quiero verte más entre esas rejas que te consumen día tras día.

Carlos guardó silencio.

—Gracias Lucía, no sabes lo bien que me han hecho tus palabras, te prometo que, por nuestro hijo, voy a salir adelante y no me dejare agobiar más por la culpa. Habla con mi abogado y dile que estoy dispuesto a que llegue a un acuerdo con la fiscalía para rebajar mi condena.

Ambos se fundieron en un abrazo y antes de despedirse, unieron sus bocas en un último beso.

Lucía salió del reclusorio sintiéndose mucho mejor. Sentía que se había

quitado un peso de encima, se sentía más ligera. Antes de volver a su casa, se dirigió hacia el cementerio, quería ir a platicar con su Sebas.

Cuarenta minutos después se encontraba sentada frente a la tumba de su hijo, con cariño le arreglo las flores que le había comprado. Su semblante era apacible, la tranquilidad fluía por sus poros. Tan distraída estaba que no sintió la presencia de alguien a su espalda, hasta que sintió unos bracitos abarcándola. Con sumo cuidado se volteó y se sorprendió de ver a esa tierna niña que un día se ofreció a darle un abrazo.

– ¡Hola Jessica!

– ¡Recuerdas mi nombre!

–Claro que si, como podría olvidar el nombre de una niña tan hermosa como tú. Y dime, ¿con quién viniste? ¿Dónde está tu nana?

–Esta vez vine con mi papá, también con mi hermano. –su voz no denotaba alegría, así que se aventuró a preguntar que le pasaba.

– ¿Por qué estás triste?, no te ves muy entusiasmada como la última vez.

–Por qué esta vez viene con nosotros la novia de mi papá, una bruja malvada que me lo quiere quitar. Yo no quería que viniera, pero ella insistió en venir. Sabes, no me gusta, ni a mi hermano tampoco. Cuando mi papá está presente, ella se porta de una manera diferente y cuando estamos solos con ella, nos dice que, si no nos portamos bien, nos va a llevar a un internado y ahí nos va a dejar. Yo no sé lo que es eso, pero de seguro es un lugar muy feo, ¿verdad?

Lucía no podía comprender como había esa clase de personas sin sentimientos.

–No te preocupes Jessica, estoy segura que tu papá no va a permitir que nadie

te separe de él.

Un niño se acercó corriendo y al pararse frente a ellas, tuvo que esperar unos segundos antes de poder hablar.

–Mira... ¡yo no sé cómo te llamas tú!

–Lucía, ese es mi nombre.

–Ah mira, te llamas como la mujer con la que sueña mi papá. Pues bien, Lucía, él es mi hermano Jonathan.

–Mucho gusto Jonathan.

– ¡Hola!, Jessica, te han dicho muchas veces que no te separes de nosotros y siempre te vas, ¿Cuándo vas hacer caso?

–Yo solo quería decirle hola a Lucía, quizás necesité un abrazo y por eso vine.

Ante esas palabras, Lucía solo abrió los brazos y entre ellos acobijó el cuerpecito de esa hermosa niña.

–Ven Jonathan, ven para que sientas lo que es un abrazo de una mamá. –con timidez el niño se acercó y Lucía no dudo en acobijarlo también a él. Tan embelesados estaban los tres, que no se dieron cuenta de que alguien muy cerca los observaba en silencio. Lucía sintió un cosquilleo en la nuca e intempestivamente volteó hacia atrás. Ver a Gabriel en el cementerio, era lo último que se esperaba ella, lentamente se fue separando de los niños y lo saludo.

– ¡¡Hola Gabriel!! Qué sorpresa encontrarte aquí, ¿Cómo has estado?

Los niños miraban a uno y al otro sin decir nada.

–He estado muy bien, gracias, aunque algo sorprendido de verte abrazando a

mis hijos.

Lucía jamás imaginó que esos tiernos niños eran hijos de él.

–Vaya doble sorpresa entonces, ignoraba que ellos fueran tus hijos.

–Papá ella es la señora que te dije que necesitaba un abrazo, ¿lo recuerdas?

–Claro que sí princesa, lo recuerdo muy bien.

Una voz que Lucía recordaba muy bien, interrumpió ese momento.

–Mi vida, ¿ya nos podemos ir? – era Lorena, la enfermera que se la tenía jurada, por lo visto, los sentimientos de Gabriel no eran tan profundos como ella pensaba–. Pero mira a ¿quién tenemos por aquí? Si es la mismísima Lucía. ¿Cómo estás querida?

Antes de poder responder, Gabriel se le adelantó.

–Es hora de volver a casa niños. Me dio gusto ver que te encuentras mucho mejor Lucía. – no esperó su contestación, se alejó del lugar, dejando a una Lucía sorprendida por su manera de hablar, para nada se parecía al Gabriel que tiempo atrás conoció.

Los niños le dieron un último abrazo y beso. Y se fueron al lado de su papá, antes de marcharse Lorena le dijo:

–Te dije que sería mío y de nadie más. –sin esperar respuesta, se marchó, dejando a una Lucía completamente acongojada.

Lucía llegó a su nueva casa, después de que dejara el hospital, se apresuró a decidirse por una de las tres que Nelly le había conseguido. Ahora vivían en una colonia tranquila, su casa era de un piso, con tres recámaras, no necesitaba mucho espacio, ese era más que suficiente para ella y Juany. Contaba con un

comedor abierto, desde donde podían observar los carros pasar. Su habitación era grande y contaba con una puerta que daba al patio trasero, en donde había un jacuzzi para seis personas, como la casa estaba cercada, tenían privacidad. Cerca del jacuzzi estaba una mesa de vidrio en donde a Lucía le gustaba desayunar por las mañanas. Alrededor había rosales y plantas de diferentes estilos y tamaños, ella no tenía buena mano para eso, pero gracias a Juany, podía lucir un hermoso jardín pintoresco. La casa también contaba con un cuarto pequeño, el cual Lucía decoró con mucho cuidado y es ahí donde pasaba mucho tiempo, entre libros y escribiendo, ese era el rincón favorito de Lucía.

—Qué bueno que ya llegó señora— a pesar de que Juany llevaba muchos años trabajando para ella, no había logrado que la llamara por su nombre—. ¿Quiere comer algo?

—No Juany, en estos momentos me apetece más darme un baño en el jacuzzi, el día es agradable, porque mejor no me lo vas preparando, en lo que yo hago unas llamadas.

—Claro que sí señora, en seguida estará su baño listo.

Minutos después Lucía se sumergía en el agua, con mil pensamientos rondando su mente. Aún no podía creer que Gabriel estuviera saliendo con esa mujer. Quizás debería de ir hablar con él, tenía que contarle lo que le dijo su hija, para que estuviera más atento a ella. Con esos pensamientos, cerró sus ojos y se dejó llevar por Morfeo.

Entre sueños escuchó la voz de su hijo que le decía: «ellos te necesitan».

Abruptamente abrió los ojos, por un segundo se sintió desorientada. El agua ya estaba fría, pero más frío sintió al recordar la voz de su hijo y sus palabras. ¿Quiénes me necesitan? Decidió no pensar más en esas palabras, quizás todo

fuera producto de su imaginación.

A la mañana siguiente, como cada mañana. Lucía se alistó para irse a su entrenamiento, pero ahora, tenía una costumbre nueva, desde hace una semana, salía a correr por la colonia, después de hacer eso, tomaba las llaves del carro y se iba. Siempre solía salir muy temprano y quizás por eso no miraba a algún vecino merodeando por ahí. Solo que en esta ocasión decidió ir a una clase un poco más tarde, era sábado y quiso quedarse un poco más de tiempo en su cama. Fue toda una sorpresa toparse con Gabriel saliendo de una casa, justo una calle más abajo de donde ella vivía. ¿Sería la casualidad o quizás el destino?

—Vaya, esta sí que es una sorpresa, jamás pensé que volvería a verte y mira, con esta ya van dos veces. —Lucía pudo notar el mal humor de Gabriel en su voz.

—Pues sí que es una sorpresa. Ignoraba que vivieras en esta casa.

—Pues ya vez, aquí es donde vivo. Te invitaría a tomar una taza de café, pero tengo prisa, mi novia me espera.

Lucía sintió un dolor en su corazón, le dolió saber que él ya tenía pareja, cuando hace apenas unos meses le decía que tenía sentimientos hacía ella.

—Te agradezco el café, pero no será necesario; ni siquiera que te molestes, no te quito más tu tiempo, ve con ella y no la hagas esperar.

Lucía siguió su camino, no se molestó en voltear para atrás. Mientras tanto, Gabriel se sentía que la había traicionado, no sabe cómo paso, pero se dejó engatusar por Lorena y ahora se arrepentía. Sus hijos no la aceptaban y eso para él era muy importante. Ese día iba dispuesto a terminar su relación con

ella, ya no podía alargarlo más. Solo habían estado cinco meses y eran las peores que él había tenido. Lorena era una mujer muy celosa y posesiva, lo asfixiaba, su manera de ser le estaba ocasionando problemas en su trabajo. Ahora se arrepentía por haberse dejado llevar por el dolor que le produjo el rechazo de su Lucía. La situación no podía continuar así, ya era insostenible. Lo último que había hecho era decir a los cuatro vientos que Neyda quería quedárselo para ella, cuando eso no era cierto, pues Neyda era felizmente casada y solo les unía una bonita amistad entre dos compañeros que pasan horas y horas conviviendo día tras día.

Media hora después, Gabriel entraba al edificio donde vivía Lorena. Temía por la reacción de ella, sabía de ante a mano que no le iba a gustar su decisión, pero no podía seguir posponiéndolo. Desde que empezó a salir con ella, solo había tenido complicaciones y estrés, no podía seguir viviendo así. Tocó la puerta y unos segundos después está se abrió.

– ¡Hola mi amor!, que sorpresa verte, no te esperaba tan temprano. – diciendo eso le pasó sus brazos por su cuello y quiso acercarlo hacía ella para besarlo, pero justo antes de tocar sus labios, Gabriel volteó su cara. Gesto que no pasó desapercibido para Lorena.

–Lorena, tenemos que hablar. –su tono serio la puso en alerta.

–Qué pasa mi amor, te notó cansado, pero pasa que te daré un masaje para que te relajés y si te portas bien, te haré lo que tú me pidas.

Gabriel entró y tomó asiento, Lorena quiso sentarse en sus piernas, pero Gabriel se lo impidió.

–Lorena lo que te voy a decir no es fácil, lo he estado meditando por varios días, pero creo que es lo mejor–respiró profundamente antes de decir las siguientes palabras–, creo que lo mejor es terminar, lo nuestro no puede

continuar. Mis hijos son lo más importante que tengo y ellos no terminan de aceptarte, además, me has ocasionado problemas en el lugar de trabajo.

Lorena estaba pálida, no se esperaba esto, pensó que ya se había salido con la suya. Quizás no todo estaba perdido, quizás si lo engañaba con un falso embarazo, lo podía detener a su lado.

–Amor, pero que dices, si estamos muy bien, es verdad que soy un poco celosa en el trabajo, pero te prometo que voy a cambiar, además, tus hijos me van a llegar a aceptar, solo tenemos que convivir más y con la noticia que les voy a dar, más felices se van a poner.

– ¿De qué noticia hablas? –con la sonrisa de oreja a oreja, se le fue acercando poco a poco y le dijo:

– ¡Vamos a ser padres! –ante tal noticia, Gabriel se paró enfadado. No era esa la reacción que esperaba de él.

–Ahora si Lorena, que lo nuestro terminó. Me parece absurdo tal bajeza, eres una mujer celosa, posesiva y ahora me doy cuenta que mentirosa y posiblemente hasta infiel también.

– ¿Por qué me dices todo eso Gabriel? –lágrimas escurrían por las mejillas de Lorena.

–Por qué hace años me hice la vasectomía, mis hijos fueron planeados y después del segundo me operé, así que, si es verdad que estas embarazada, entonces ese hijo no es mío. Ya no tenemos nada de qué hablar, te agradecería que de ahora en adelante te comportes en el trabajo.

Lorena no supo que decir, lo mejor era guardar silencio, sabía cuándo una batalla estaba perdida y era mejor emprender la retirada.

Lucía dejó el gimnasio sintiéndose agotada, pero satisfecha con su desempeño. Como siempre la clase fue divertida, pero agotada. Las muchachas se estaban apuntando para ir a tomar algo, pero Lucía se negó, tenía cosas que hacer, así que volvió a su casa. En el camino iba pensando en cómo decirle a Gabriel lo que un día sus hijos le dijeron, tenía que ponerlo sobre aviso.

Gabriel iba manejando perdido en sus pensamientos, desde que había vuelto a ver a Lucía en el cementerio, no había dejado de pensar en ella y luego esa mañana, se miraba hermosa con esas mallas pegaditas a su cuerpo, le resaltaba sus atributos, tan bella como siempre. Ignoraba que ella viviera en su colonia y ahora estaba intrigado ¿en dónde?

Lucía llegó a su casa en donde ya la esperaban sus hermanas, habían quedado ir al cine y después de compras, hace mucho que no salían y después de mucho insistirle, la habían convencido.

– ¡Hola hermanita! Pero mira que bien te ves, ¡estas fabulosa! –Tita se acercó a ella y le plantó un beso en la mejilla después se le acercó Nelly y luego de darle un beso le dijo:

–Pero date prisa, date un baño y arréglate o sino perderemos la función.

–En media hora estaré lista, pónganse cómodas y enseguida regreso.

Exactamente media hora después las hermanas salían de la casa cuando justo en ese momento pasaba un carro negro con vidrios oscuros.

La suerte quiso que Gabriel pasara por esa calle, justo cuando Lucía y sus hermanas salían de su casa. Ya sabía dónde vivía su Lucía.

Lucía y sus hermanas se decidieron por una película de acción, provistas de

palomitas y refrescos se dispusieron a tomar asiento.

La película transcurría y aunque Lucía la miraba, no podía apartar de su mente a Gabriel. Tenía que hablar con él cuanto antes, le preocupaba esos niños.

Dos horas después salían del cine, para dirigirse al centro comercial. Lucía últimamente había perdido peso, su ropa le quedaba un poco holgada y ya necesitaba guardarropa nuevo.

Lo que jamás imaginó era que en una de las tiendas se encontraría a Lorena, en cuanto se dio cuenta de su presencia quiso dar la vuelta, pero por desgracia Lorena la vio y dirigió sus pasos y sus garras hacía ella.

–Pero mira ¿a quién tenemos por aquí? A la mismísima Lucía. Ya estarás contenta perra estúpida, Gabriel me ha dejado.

–Oyes imbécil, a mi hermana no le hables de esa manera. –Nelly que había escuchado la forma en que esa mujer se dirigió a Lucía, no le gustó nada.

–No tengo la más remota idea de que hablas y la verdad no me interesa.

–Lucía miró a sus hermanas– será mejor ir a otra tienda, esta al parecer no tiene nada bueno, ni interesante –No le dio tiempo que replicara Lorena, se dio la media vuelta y salió de ahí con sus hermanas siguiéndola.

Capítulo 11

Había pasado una semana desde que vio a Lucía, una semana en la que no había dejado de pensar en ella, aún no se había atrevido a acercársele a pesar de que ya sabía dónde vivía, pues reconocía que no se portó precisamente bien la última vez que hablaron.

Su teléfono sonó y al ver quien le hablaba, una sonrisa iluminó su cara. Lo contestó y al oír la voz de su princesa, se emocionó. Sus hijos eran todo para él.

– ¡Hola princesa! ¿Qué haces?

– ¡Hola papi! Estoy pintando un dibujo para ti. Falta mucho para que vengas, ya estamos listos para ir al parque.

–No mi vida, ya casi termino aquí, espérame y tan pronto pueda estaré con ustedes.

–Está bien papi, te estaremos esperando. Te mando un beso.

–Yo te mando muchos más.

Lucía se encontraba en el consultorio de la psicóloga, se encontraba tranquila y relajada.

–Bueno Lucía, te tengo buenas noticias –guardó silencio momentáneamente –. Después de meses de estarte tratando, hoy te puedo decir que cada vez te veo muy bien, has seguido paso a paso mis sugerencias y estás lista para darte del alta. Me ha dado mucho gusto conocerte y poder ayudarte a superar tu pérdida.

Eres una mujer fuerte, valiente y decidida. Estoy muy orgullosa de ti, ya no será necesario que vengas cada semana, pero si algún día necesitas de mí, las puertas de mi consultorio están abiertas para ti.

–Gracias Jeny sin tu soporte y ayuda quizás me hubiera tardado más en superar mi dolor. Has sido de una gran ayuda para mí. Me sacaste del pozo oscuro que me consumía cada día, gracias a tu ayuda pude volver a disfrutar de los colores del arcoíris. Aún extraño mucho a mi hijo y siempre lo haré, pero ahora he aprendido a aceptar los designios el Señor, el tiempo de mi hijo llegó a su fin cuando ten í a que llegar y estoy muy agradecida a Dios por habérmelo prestado siete años, los cuales fueron los mejores de mi vida. Creo firmemente que algún día nos volveremos a encontrar y esta vez, no habrá separación alguna.

Una hora después, Lucía se encontraba en un parque cerca de su casa, el día era hermoso y a ella se le antojó sentarse un rato en una banca y se dispuso a disfrutar de un helado de chocolate. Cuando de repente sintió un leve cosquilleo en la parte de su nuca, al voltear hacia atrás, se encontró con la mirada de Gabriel.

– ¡Hola Lucía! –Jessica corrió a sus brazos y Lucía la acobijó. Un Jonathan tímido se le acercó y Lucía estiró su brazo hacia él y el pequeño se le acercó para que ella lo acobijara también.

Gabriel se emocionó ante esa escena, ver a Lucía abrazar a sus hijos con mucho cariño, le hizo sentir un vuelco en su corazón. Poco a poco Lucía deshizo el abrazo y dirigió su mirada hacia Gabriel.

– ¡Hola Gabriel! ¿Cómo estás?

–Muy bien, gracias y tú, ¿Cómo estás?

–Estoy muy bien. –los niños interrumpieron el diálogo para preguntarle algo a su papá.

–Papi ¿podemos ir a los juegos un ratito?

–Claro que si princesa.

Los niños se fueron a jugar dejándolos solos. El ambiente se empezó a sentir algo tenso. Ninguno de los dos decía nada, hasta que Lucía decidió hablar.

–Gabriel hay algo que tienes que saber.

– ¿De qué se trata, Lucía?

–Hace tiempo tu hija me confesó algo, no sé si me creas o no, pero espero por el bien de tus hijos que sí.

–Lucía me estas asustando, dime de una vez de que va el asunto, por favor.

–Jessica me confesó que no le gustaba la novia de su papá, yo ignoraba que eras tú su papá, me dijo que ella los trata de una manera cuando tú estás presente y de otra muy distinta cuando están solos, que en una ocasión los amenazó con mandarlos a un internado, Jessica me dijo que no sabía que era eso, pero que de seguro era un lugar muy feo. Si yo no te dije esto hace tiempo, fue porque ignoraba que ellos eran tus hijos, hasta el día que los vi en el cementerio.

Gabriel hizo una mueca de disgusto, mientras al mismo tiempo apretaba fuertemente sus puños. Como era posible que una mujer se pusiera asustar a unos inocentes niños, esto era el colmo.

–Te agradezco que me pusieras sobre aviso, pero quédate tranquila, mis hijos

ya no verán más a Lorena, he puesto fin a la relación que teníamos. Ellos nunca terminaron de aceptarla y para mí, lo más importante es su bienestar.

– ¿Lo saben ellos?

–Sí y vieras de ver lo que hicieron cuando se los dije.

– ¿Qué hicieron?

–Se pusieron a brincar y a dar gritos de alegría.

–Me los puedo imaginar.

Se quedaron en silencio por unos segundos, hasta que Gabriel lo rompió

–Lucía, quiero disculparme por la forma en que te traté la última vez, me porté un poco grosero contigo, en mi defensa diré que me sorprendí verte y que no me tomé muy bien que no me dejaras compartir contigo tu dolor, que me apartaras de tu lado.

–Te pedí tiempo, te dije que necesitaba sanar mis heridas. Era algo que tenía que hacerlo sola, bueno con la ayuda de mi psicóloga.

–Disculpa que no me lo tomará bien. Estuve meditando unos días y justo cuando quería hablarlo contigo, Lorena salió en escena. Un día me pidió que le diera un aventón a su casa, alegando que su carro estaba en el taller. La llevé al edificio donde vive y me invitó a tomar una copa, me sentía estresado que acepte, cuando menos lo pensé ya estaba en su cama. –ante ese comentario Lucía palideció.

–No es necesario que entres en detalles.

–Yo quiero hacerlo, quiero decirte que, aunque pase cinco meses a su lado, nunca llegué a sentir nada por ella. Al día siguiente después de ese encuentro,

supe que había cometido un error, ya que ella se empezó a tomar muy en serio la situación, no tardo en decirle a todos en el trabajo que tenía una relación conmigo y a mí no me quedó más remedio que seguirle la corriente. Después se empeñó en conocer a mis hijos y la lleve a la casa, pero desde el principio ellos no la vieron con buenos ojos.

–Como te dije hace un momento, no me debes ninguna explicación.

Gabriel iba a decir algo más, cuando sus hijos se acercaron, tenían la cara colorada y estaban sedientos.

–Papi, tenemos sed y hambre, ¿podemos ir a tomar y comer algo? –preguntó Jonathan.

–Di que sí papi y que venga también Lucía. –dirigió su mirada a esta.

–Claro que si mis amores. ¿Vienes Lucía?

–Agradezco mucho la invitación, pero ya es hora de volver.

– ¡Di que sí Lucía!, por favor. –a Jessica le hacía mucha ilusión que viniera ella.

–Me encantaría pequeña, pero no puedo, quizás otro día. ¿Te parece?

–¡¡Si!!– gritó la pequeña dando saltos de felicidad.

Lucía se despidió de ellos y se dirigió a su carro. Una vez adentró, emprendió el camino de regreso a casa, estaba eufórica al saber que Gabriel ya no estaba con Lorena, se alegraba de saber que los niños no tendrían que soportarla más.

Los días siguieron su curso, cada día era una nueva oportunidad para vivir, Lucía agradecía cada amanecer y cada anocheecer, pues no sabía hasta cuando

iba a vivir y había aprendido a ser agradecida con Dios y con la vida.

Lucía tomó su diario y empezó a escribir, a pesar de que ya había terminado con la terapia, aún lo seguía haciendo.

—Algunas veces ocurren acontecimientos que nos hacen preguntar: ¿En dónde está Dios, cuando más lo necesitas? Y la respuesta es menos compleja de lo que parece. Dios está en tu corazón, en cada latido que emite. Mientras este siga latiendo, él seguirá viviendo dentro de ti. Las cosas pasan por algo y no por un castigo de él. Pues él, es un Dios misericordioso, que solo quiere vernos felices, pero muchas veces para lograr esa plena felicidad, tenemos que pasar por pruebas muy duras y difíciles, pero hay que tener en cuenta de que él solo presenta batalla a sus mejores guerreros. En su momento renegué de él, ahora se, que lo que pasó fue porque él sabía que yo podía con este sufrimiento. Podría decir que la vida es injusta, pues perdí a mi querido hijo, un niño muy bueno, incapaz de hacer maldades, pero ahora se, que todo pasa por algo. Hay un propósito en cada lágrima derramada. Dios me tiene reservado algo especial para mí, ¿Qué es? No lo sé, pero estoy segura que cualquier cosa que él me tenga preparado, será perfecto, pues viene de él y él no comete errores.

Lucía se sentía adolorida de su cuerpo, que decidió relajarse en el jacuzzi, la casa estaba en silencio, Juany había salido por unos días, un familiar estaba enfermo y fue a visitarlo, se fue con la confianza de saber que su señora estaba bien y no cometería ninguna tontería.

A un lado de ella tenía su bebida favorita, una paloma, que básicamente consistía en tequila, soda de toronja, limón, hielos y sal. Antes de meterse preparó una pequeña jarra, pues no quería estar parándose a cada rato. Ya había tomado tres bebidas, cuando sus ojos se empezaron a cerrarse. El agua estaba perfecta, corría una brisa fresca y ella se sentía cada vez más relajada.

Alguien llamaba a su puerta, pero Lucía no se dio por enterada, era Gabriel, quería invitarla a cenar a su casa, los niños querían verla y él también. Como no obtenía respuesta, se aventuró a entrar por la puerta que daba al patio. Sin imaginarse lo que vería, a una Lucía totalmente relajada, con sus ojos cerrados y...

Al acercarse se percató de que estaba desnuda, pues la espuma que seguramente había antes, ya no lo estaba, pudo observar a través del agua, su formidable figura, fue verla y sintió que alguien más también se emocionó. Hace mucho que no tenía una erección con solo ver a alguien desnuda, pues ni siquiera lo sintió con Lorena, ya que ella tuvo que excitarlo para poder estar con ella. En cambio, ahora sus shorts parecían una tienda de campaña.

Lucía era ajena a lo que estaba pasando, ignoraba que estaba siendo observada.

Quizás era una estupidez, pero nada perdía con intentarlo. Gabriel decidió acompañar a Lucía, ¿Qué es lo malo que podría pasar? Seguramente que ella lo echara, valdría la pena el riesgo, la deseaba tanto, como hace mucho no deseaba a nadie. Quería, no, más bien necesitaba probar esos labios tan apetitosos y tocar sus senos tan perfectos y rellenos, necesitaba perderse en sus curvas y probar con ella las mil y una posturas, estaba vez no iba hacerse a un lado y mucho menos a desaparecer de su vida. La quería, estaba dispuesto a convencerla de que él era su mejor y única opción. Se desnudó sin quitar la mirada de ella, en caso de que despertara y poco a poco se fue deshaciendo de su ropa, una vez que quedó totalmente desnudo, se introdujo en el jacuzzi y poco a poco se fue acercándose a ella, Lucía ignoraba que tenía compañía. Después de observarla un momento, se atrevió a besar sus labios, primero depositó cortos besos en sus labios, sus mejillas, sus ojos, ella seguía sumida en su sueño. Al ver que no reaccionaba se aventuró a morder suavemente sus

labios, Lucía bostezó y Gabriel aprovechó para invadir su boca y apoderarse de su lengua, en ese momento Lucía abrió los ojos y se sorprendió de ver a Gabriel casi encima de ella. Fuera de asustarse, participó gozosa de esa invasión y colaboró con él. Colocó sus manos en su cuello y lo acercó más a ella, los dos se besaron con pasión desbordada. Con una mano le tocaba ambos pechos, mientras que con la otra se introducía lentamente en su vagina, un gemido salió de la boca de Lucía.

Lucía jamás imaginó que Gabriel la despertara de esa manera, hasta hace un momento, soñaba con él y ahora, lo tenía justo encima de ella y provocándole un orgasmo con sus dedos maravillosos.

– ¡Oh Gabriel!, no pares, más, dame más.

–Te daré todo lo que quieras y mucho más.

Lucía se apoderó de la erección de Gabriel y con movimientos suaves se la acarició, primero lentamente y después con movimientos rápidos y seguidos, hasta que él se la detuvo.

–Para Lucía, no quiero venirme en tu mano sino dentro de ti, si sigues así no podré contenerme.

–Y ¿Qué estas esperando? Hazme tuya Gabriel.

No necesitó más invitación. De una sola embestida entró en ella, se quedó un momento quieto, disfrutando del momento, hace mucho tiempo que deseaba a Lucía y quería que fuera especial y sobre todo que durará, sería una pena que se viniera tan pronto como un jovencito en su primera experiencia sexual, pero diablos, así es como se sentía en ese momento, como si fuera su primera vez. Lucía se le había metido muy adentro de su corazón, amaba a esa mujer y si ella se lo permitía, estaba dispuesto a amarla por el resto de sus días.

Lucía enredó sus piernas alrededor suyo y con urgencia empezó a moverse al mismo tiempo que él. Con movimientos rápidos y precisos, los dos gozaban de su primera vez. Con un movimiento brusco, Gabriel cambió de posición, dejando a ella a horcajadas de él, dándole la oportunidad que fuera ella la que marcara el ritmo de la cabalgada. Lucía no lo hizo esperar y empezó a moverse, con cada movimiento que hacía se sentía cada vez más cerca del cielo. Mientras que ella marcaba el ritmo, él devoraba sus pechos, Lucía gemía de placer, hace mucho que no se sentía mujer, las relaciones con Carlos ya no eran las mismas de siempre, cuando llegaban a intimar, era tan rápido y soso, que apenas si disfrutaba. En cambio, con Gabriel era totalmente diferente. Una última investida y los dos se dejaron llevar por un devastador orgasmo que los dejó sin fuerza alguna, Lucía se recostó sobre el pecho de Gabriel y él la acogió entre sus brazos, así es como la quería tener de ahora en adelante, entre sus brazos.

Minutos después él rompió el silencio.

—Gracias Lucía, ha sido maravilloso, gracias por permitirme gozar de ti y contigo, cuando vine hace rato, mi propósito era invitarte a cenar a mi casa, los niños quieren verte, esto no fue planeado, pero si deseado desde hace mucho tiempo. Quiero que sepas, que esto no es algo pasajero, que deseo entrar no solo en tu cuerpo sino en tu vida y que tu formes parte de la mía. Si necesitas más tiempo, te juro que esta vez te voy a esperar todo el tiempo que sea necesario. —guardó silencio, dándole la oportunidad que meditara lo que acababa de decirle.

—No Gabriel. Gracias a ti, por hacerme sentir viva, por hacerme sentir una mujer bella y deseada. Hace mucho que no me sentía así. En todos estos meses que estuve con la psicóloga, he aprendido que la vida es corta, que llorar por mi hijo no me lo va a devolver, que a él no le hubiera gustado verme sufrir,

dentro de poco cumplirá un año de su ausencia. Jamás lo olvidaré, pues él siempre vivirá en mi corazón y en mis recuerdos, pero la vida sigue y yo debo seguir con ella. No sé qué resulte de esta relación que hoy nace, pero te prometo poner de mi parte para que funcione.

Esas palabras fueron música para los oídos de Gabriel, tomó su cara entre sus manos y le planteo besos en ella, para al final besarla con infinita ternura.

–El agua se empieza a enfriar, que te parece ir a la casa a cenar. –A Gabriel le hacía ilusión que ella conviviera con sus hijos, que se conocieran más.

–Claro que sí, tan pronto me vista, iremos a cenar con ellos. Tienes unos hijos bellos e inteligentes, debes de sentirte muy orgullosos de ellos.

–Lo estoy, créeme que lo estoy, son los mejores hijos que pudiera tener.

Llegaron a casa de Gabriel tomados de la mano, al entrar se encontraron con dos pares de ojos que, al ver sus manos unidas, se emocionaron, a ellos si les gustaba Lucía y no la otra mujer que su papá les presentó.

– ¡Hola Jessica y Jonathan! ¡Me da mucho gusto de verlos!

Los niños se acercaron a ella y rodeándola con sus bracitos le dijeron:

–A nosotros nos da mucho gusto verte también, nana a preparado una rica cena que te gustará mucho.

–Estoy segura de que sí.

Los niños se separaron de ella y se dirigieron al comedor, ahí estaba la nana, terminando de poner la mesa.

– ¡Buenas noches! –saludó Lucía.

– ¡Buenas noches señora Lucía! Pero pasé y tomé asiento, en seguida les sirvo.

–Si gusta yo le puedo ayudar.

–Gracias, pero no es necesario, mejor siéntese y que mi niño Gabriel le sirva una copa antes de la cena.

–Nana, creo que te voy a llevar a checar esa vista, pues hace mucho que deje de ser un niño.

–Así tengas cincuenta años, para mí, siempre serás mi niño.

Y diciendo eso, se retiró a la cocina a buscar el resto de la comida.

–Se ve que te quiere mucho.

–Si, lo sé, yo también la quiero mucho, ha sido como una madre para mí, mientras mis padres se entregaron en cuerpo y alma a su profesión, mi nana se desvivió para que a mí no me faltara amor ni atención. Aún a estas alturas de mi vida, no logro entenderlos, yo también soy médico y amo a mi profesión, pero no tanto como para descuidar a mis hijos, ellos son lo primero en mi vida.

Minutos después estaban todos sentados en la mesa y degustando una deliciosa comida, la cena transcurrió entre risas y anécdotas de los niños. Lucía se la estaba pasando muy bien, se sentía como en familia.

–Lucía cuando me vas a llevar a conocer tu casa, tú ya conoces la mía, pero yo no conozco la tuya. –Jessica le preguntó con mucha ilusión.

–Cuando tú quieras ir, me dices y con gusto te estaré esperando y le diré a Juany que preparé una rica comida especialmente para ti. ¿Qué te parece?

– ¡Oíste papi!, puedo ir cuando yo quiera. ¿Puede venir mi hermano también?

– ¡Claro que sí!, es más, deja que regrese Juany y organizaré una comida en la

cual todos están invitados.

– ¿Quién es Juany? –preguntó Jonathan.

–Bueno pues, Juany es alguien que trabaja para mi desde hace muchos años, yo la quiero mucho y ella es parte de mi familia. En estos momentos se encuentra visitando a un familiar enfermo, pero pronto regresará, entonces te la presentaré y estoy segura de que te va a caer muy bien.

Hace mucho tiempo que Gabriel no se sentía tan tranquilo como esa noche, ver a sus hijos conviviendo con la mujer que él quería, significaba mucho. No se cansaba de observarla y discretamente, le ponía la mano sobre la pierna por debajo de la mesa. Sus hijos eran ajenos a lo que estaba ocurriendo. Ella se estaba poniendo nerviosa, mientras que él se estaba divirtiendo de lo lindo viéndola toda sonrojada.

–Niños ya va siendo hora de irse a preparar para la cama, no olviden cepillarse bien los dientes, en cuanto se pongan el pijama iré a desearles las buenas noches. – Gabriel era un padre dedicado a sus hijos, él no quería que ellos crecieran sintiendo que les faltó más atención por parte de él, de la misma manera en cómo él sintió por parte de sus padres.

Jessica se volteó hacía Lucía y con una suave voz, le preguntó:

–Lucía ¿podrías leernos un cuento?

Hace tiempo que Lucía no le leía nada a nadie. Esos momentos en que solo eran para ella y su hijo, habían acabado.

– ¡Claro que si princesa!

Los niños subieron a prepararse para dormir, mientras que abajo, Lucía le ayudaba a recoger la mesa a la nana.

–No tienes que hacer esto, porque mejor no te vas a sentar con Gabriel a la sala.

–Permítame ayudarlo, es mi forma de darle las gracias por tan excelente comida.

Una vez que terminaron de recoger, Lucía fue al despacho de Gabriel, minutos antes les había estado ayudando, hasta que le entró una llamada y se marchó al despacho a contestarla. Estaba a punto de llamar a la puerta, cuando alcanzó a escuchar a Gabriel.

–Ya te dije que lo nuestro se acabó, acéptalo de una buena vez, nunca te quise, tú te empeñaste en algo que no hubo ni habrá. Lo mejor será que te traslade a otro hospital.

Al otro lado de la línea, se escuchaba a Lorena llorar, se había encaprichado con él y no quería dejarlo escapar. Gabriel cansado de esa llamada, le puso fin. Se pasó ambas manos por su cara y fue en ese momento en que Lucía entró.

–No quise interrumpir tu llamada, esperé afuera a que terminaras.

Gabriel extendió sus brazos hacia ella.

–Ven aquí, tu nunca podrías interrumpir nada. –con pasos lentos Lucía se iba acercando a él. Una vez que lo tuvo enfrente, Gabriel con agilidad la sentó sobre sus piernas y la comenzó a besar. En el silencio de ese cuarto, el único ruido que se oía eran los gemidos de ambos, perdidos en la inmensidad de sus labios, se tocaron, se acariciaron y justo cuando iba avanzar más allá, se oyó un suave sonido proveniente de la puerta.

–Papi, ¿podemos pasar? –era Jessica y Jonathan, que tan inoportunamente llegaron.

Lucía se bajó de sus piernas y se recompuso su ropa y cabello.

–No te preocupes, tú te ves muy bien, en cambio yo, ¿Cómo se supone que voy a esconder esto? –apunto hacía sus pantalones, donde se le marcaba una completa erección, al verlo Lucía no pudo evitar sonreír.

Los niños entraron ya vestidos con sus pijamas.

–Ya estamos listos, ahora si nos puedes leer un cuento Lucía. –Jonathan era un poco serio al principio, pero a medida que iba agarrando confianza con ella, se le fue acercando más.

–Claro que si cariño. –le dirigió una mirada a Gabriel y a continuación le dijo: –Te esperamos arriba, en cuanto se arregle tu problemita.

– ¿Tienes un problema, papá? –inocentemente le preguntó Jessica.

–Sí mi vida, pero no te preocupes, que es muy pequeñito y enseguida estaré con ustedes.

Los niños le mostraron su recámara y se dispusieron a acostar.

–Y bien, ¿cuál cuento quieren que les lea?

–Una de princesas. –dijo Jessica.

–No, mejor una de super héroes. –respondió Jonathan.

–Que les parece si mejor yo escojo un cuento.

–Si. –dijeron los dos al mismo tiempo.

Lucía se puso a ver los diferentes libros que tenían y escogió uno que trataba de un panda.

– ¿Qué les parece este? Se llama: Por favor señor Panda.

–Ese es mi favorito. –dijo Jonathan.

–Escuchen con atención...

Lucía les leyó el cuento con mucha paciencia y ternura, a Sebas le gustaba que le leyeran un cuento antes de dormir, esos momentos eran especiales entre madre e hijo. Una vez que terminó de leer, los niños le pidieron otro, pero en vez de eso, Lucía les propuso otra cosa.

– ¿Qué les parece si mejor de leerles otro cuento, mejor les canto?

Los niños emocionados aceptaron el trato.

–Me lavo los dientes, me pongo el pijama, les digo hasta mañana, me quiero ir a dormir, les doy un besito y en un ratito, ustedes cierran sus ojitos, se van a ir a dormir.

Hasta mañana pequeños, que duerman bien y sueñen con los angelitos.

–Lucía, ¿me podrías dar otro besito? –Jessica le preguntó.

–Claro que si mi vida. –se acercó a ella y depositó un besito en su mejilla, después se volteó hacía Jonathan y aunque él no pidió nada, también le dio uno.

Gabriel llevaba minutos viendo la escena a través de una rendija de la puerta, se conmocionó con el cariño que Lucía trataba a los niños. Al ver que ella se dirigía hacia la puerta, se retiró un poco, para darle a entender que acaba de llegar.

–No me digas, ¿me perdí del cuento?

–Pues si te lo digo: te lo perdiste. –Lucía se acercó a él y le dijo muy quedamente al oído–si te portas bien, te podría leer uno a ti también, en la

cama, desnudos, ¿qué te parece? –Gabriel se estremeció al oír su voz, tan sensual.

–Pregúntale a mi nana y ella te podrá corroborar lo angelito que soy.

–diciendo eso, la abrazó y se le llevó hacia su recámara.

–Espera Gabriel, no creo que este bien hacerlo aquí.

– ¿Por qué no?

–Respetemos tu casa, quieres. Aquí viven tus hijos y no creo que sea adecuado tener relaciones sexuales a unos cuantos pasos de su cuarto.

Ante eso, Gabriel solo pudo sentir admiración por ella.

–En ese caso, permíteme llevarte a tu casa. –y acercando su boca a su oído, le preguntó– ¿crees que allá si podemos estar juntos?

Lucía no le respondió, solo le tomó de la mano y lo dirigió a la salida.

-

Capítulo 12

Las semanas transcurrían y Lucía cada vez se sentía más a gusto en compañía de Gabriel y sus hijos. Pasaban mucho tiempo juntos, algunas veces salían al parque, otras veces al cine o de compras, pero la mayoría de las veces, solo se quedaban en su casa, disfrutando de un rato familiar. Los niños se habían acostumbrado mucho a Lucía, les gustaba que cada noche fuera ella la que les leyera un cuento y les cantara una canción. La querían mucho y por tal motivo le pedían que los días que su papá tenía guardia, ella se quedara en casa a hacerles compañía. Una noche al volver del trabajo, Gabriel se sorprendió de ver a los tres acurrucados en su cama, fue verlos y sintió que su vida estaba completa. Lucía dormía en el medio y a cada lado de ella, dormían apaciblemente sus hijos. Estaba tan absorto viendo tal escena, que no sintió llegar a la nana.

– ¿Qué esperas hijo para pedirle matrimonio? –Gabriel se sobresaltó al escucharla.

–Le estoy dando tiempo nana, dentro de poco, su hijo cumplirá su primer aniversario de su partida, no quiero agobiarla con esto, cuando ella esté lista, yo la estaré esperando con los brazos abiertos.

–Esa mujer vale oro, me parece admirable como ha logrado superar la pérdida de su hijo, otra en su lugar aún estaría llorando, pero ella lo ha logrado superar.

–Si nana, yo lo sé. Su camino no ha sido fácil, pero ella es fuerte y valiente, no sé a dejado vencer. La quiero mucho y sé que quiero pasar con ella el resto de mis días.

–Piensas quedarte aquí o vas a mover a los niños.

–Me los voy a llevar a su cuarto, quiero que, al llegar la mañana, lo primero que vean mis ojos sea su dulce cara. Quiero perderme en su mirada, abrazarla y besarla hasta saciarme de ella.

–Hijo no necesito que entres en detalles. –lo dijo con una sonrisa en su cara, al ver lo feliz que era él.

Lucía se quiso mover, pero un brazo fuerte la tenía retenida por la cintura, al darse la vuelta se encontró con la mirada de Gabriel, que sonriente la observaba.

– ¡Buenos días! mi vida, ¿dormiste bien? –Lucía estaba sorprendida de encontrarse con él en la cama.

– ¿Y los niños?

–Cuando llegue del trabajo, la verdad me dio celos ver como ellos te abrazaban, que no lo pensé mucho y los lleve a su recámara.

–Gabriel, no lo hubieras hecho, que va a pasar si de repente...–no termino la frase, cuando dos niños inquietos se dejaban caer en la cama, con ellos.

– ¡Buenos días papi! ¡Buenos días Lucía! –Jonathan los saludó, Jessica no dijo nada, pero si le dio un beso sonado a cada uno. Estaba feliz de ver a su papá y a Lucía en la cama y con inocencia, les dijo:

–Lucía, solo los papas duermen juntos, como tú estás con mi papá, eso quiere decir que tú serás mi nueva mamá, yo le pedí a mi mamá que está en el cielo,

que me diera otra mamá aquí en la Tierra, alguien que me lea cuentos y me de muchos besos, tú haces todas esas cosas conmigo y con mi hermano. Lucía... ¿te gustaría ser nuestra mamá?

Lucía y Gabriel no se esperaban eso que no sabían que decir.

Fue Jonathan quien tomó la palabra.

—Hermanita, no eres tú la que tiene que preguntar eso, sino mi papá, ¿recuerdas la película que vimos el otro día? Es el hombre el que propone una cosa así. —Gabriel se sorprendió, sus hijos lo habían dejado mudo.

—Lucía no tienes que contestar nada, no quiero que te sientas presionada, te dije que te daría todo el tiempo que hiciera falta y así lo haré.

—Gracias Gabriel, no lo estoy. ¿Crees que podamos hablar a solas?

—Niños vayan con la nana a desayunar y díganle que enseguida iremos nosotros.

—Si papi—contestaron los dos al unisonó.

Una vez a solas, Lucía le dijo:

—Gabriel, en todo este tiempo en que hemos salido como pareja, me he sentido muy bien en tu compañía, de cierta manera me has ayudado tanto tú como tus hijos en rellenar mi tiempo vacío. Las horas que he pasado a tu lado, han sido las más maravillosas desde la tragedia. He aprendido a querer a tus hijos como míos propios, aun así, no sé si seré la madre que ellos necesitan, el otro día Jessica me dijo que quería tener un hermanito, que si yo le podía dar uno. No supe que contestarle. Tú eres joven y quizás puedas llegar a tener más familia al lado de una buena mujer. —en este punto Gabriel la interrumpió.

—Lucía, tu eres la mujer perfecta para mí, hace mucho tiempo que yo me hice

la vasectomía, así que no te preocupes de si puedes o no darme más hijos, Jessica entenderá que solo serán ella y su hermano, estoy muy seguro de que tú serás la madre que ellos necesitan. Te has sabido ganar su cariño. Desde que enviude no había tenido una relación seria, hasta que te conocí. Mi vida a tu lado tiene sentido, por favor Lucía, acepta ser mi esposa, te prometo amarte todos los días de mi vida, hasta que la muerte nos separe.

Una lágrima escurrió por la mejilla de Lucía y Gabriel se la borró.

—Sí Gabriel, acepto ser tu esposa y también acepto ser la madre de tus hijos, te prometo amarte y respetarte hasta que la muerte nos separe.

Con beso sellaron su promesa de amor. Beso que prolongaron hasta que unas risas en el piso inferior los distrajo.

—Los niños van a estar muy felices con la noticia, gracias Lucía, gracias por aceptarnos en tu vida.

—No amor, gracias a ti por permitirme formar parte de esta bella familia.

No quisieron perder tiempo al cambiarse y bajaron en pijamas a dar la nueva noticia.

— ¡Buenos días Lucía! ¡Buenos días hijo! el café ya está servido, será mejor que se sienten antes de que se enfríe.

—Gracias nana, eres un amor, ¿qué haría sin ti? —Gabriel la quería tanto o más que a su madre.

—Gracias Constanza, eres muy amable.

—Solamente con los que tratan bien a mis niños. —diciendo eso, le guiñó un

ojo.

Una vez que estuvieron todos sentados a la mesa, Gabriel carraspeó y los demás se le quedaron viendo. Acto seguido, con voz tranquila les dijo:

–Lucía y yo tenemos un anuncio que hacerles. –todos escuchaban atentamente.

– ¿Qué es papi? –preguntó Jessica.

–Bueno esta noticia estoy seguro les va a encantar.

– ¿Qué será papá? –esta vez fue el turno de Jonathan de preguntar.

–Quizás si se quedan callados, tu padre pueda continuar diciéndonos el resto.

–Está bien nana, ya no diremos nada. –respondió Jonathan.

–Como les estaba diciendo, Lucía y yo tenemos una gran noticia que estamos seguros les va a gustar mucho. –poniéndose en pie, tomó de la mano a Lucía para que a su vez se parara también–Lucía ha aceptado ser mi esposa.

Por unos segundos todos se quedaron en silencio, hasta que los gritos de júbilo de sus hijos y su nana se oyeron por toda la casa.

Jessica se acercó a Lucía y con una sonrisa en su cara, le preguntó:

–Lucía, cuando te cases con mi papá, ¿podré llamarte mamá?

Por un momento no supo que contestar, hace mucho que había dejado de escuchar que la llamaban así. Tuvo sentimientos encontrados y una lágrima se deslizó por su mejilla.

–Sino quieres, entonces te seguiré llamando Lucía, pero no llores, por favor.

–Mi pequeña y dulce Jessica, tú me podrás llamar como quieras, estas lágrimas únicamente son porque me he emocionado con tus palabras.

En ese momento la niña se abalanzó hacía unos brazos que la acobijaron suavemente, dirigió la mirada hacía Jonathan y extendió sus brazos hacía el, para hacerlo participe del abrazo. No se hizo de rogar y de un momento a otro, los tres se sumergieron en un cálido abrazo, al cual se les unió Gabriel. En la distancia, una nana los observaba emocionada, discretamente se borró una lágrima y rompió el silencio con las siguientes palabras.

–Muchas felicidades hijos, estoy segura de que van a ser muy felices juntos, les deseo una vida plena de amor, dicha, paz y felicidad.

–Gracias nana

–Gracias Constanza

–Bueno, ahora todos a desayunar, antes de que se enfríe el desayuno. –les dijo la nana.

–Ya oyeron a la nana, así que todos vuelvan a sus lugares. –Gabriel le retiró la silla a Lucía, para que esta se sentara de nuevo. Una vez sentados le tomó su mano y le depositó un beso.

Lucía llegó a su casa y le pidió a Juany que convocara a sus hermanas a una comida, tenía que decirles algo importante. Mientras tanto ella fue a su cuarto para empezar a arreglarse. Estaba ansiosa por darles la noticia, primero se las daría a ellas y ya después organizaría una comida con el resto de la familia. También tenía pensado ir a la cárcel a hablar con Carlos, que por fortuna se había dejado ayudar y en vez de una condena de cinco años, solo cumpliría dos, el juez al saber que era su primer delito, le había concedido una rebaja.

Una hora después se encontraban sus hermanas sentadas en el comedor, mientras que Juany servía la comida, una vez terminado de servir, se disponía

a irse cuando Lucía le pidió que se quedara, ella era parte de su familia y quería darle la noticia también a ella. Nelly y Tita se miraban la una a la otra sin comprender que era eso que su hermana les quería decir.

–Y bien, ¿Qué es eso que nos tienes que decir Lucía? –Tita rompió el silencio.

–Pues verán, como ya sabrán, Gabriel y yo tenemos una relación, llevamos pocos meses, pero yo siento como si fueran años, tenemos una compenetración que nunca tuve con Carlos, me hace muy feliz, tanto él como sus hijos.

–Y nosotras le estamos muy agradecidas por tratarte de la forma en que lo hace, te mira con mucho amor y sus hijos también, sé que te hace muy feliz y nos alegramos mucho por ti. –le dijo Nelly.

–Pues bien, esta mañana–hizo un silencio–Gabriel me ha pedido ser su esposa.

Por unos segundos nadie dijo nada, sus hermanas al igual que Juany se quedaron mudas de la impresión. Fue Juany quien rompió el silencio.

–Me alegro mucho por usted, él es un buen hombre y se ve que la quiere mucho, estoy segura de que la va hacer muy feliz. –diciendo eso, se acercó a ella y la envolvió en un cálido abrazo. Sus hermanas se pusieron de pie y se unieron a ese abrazo.

–Nos da mucho gusto por ti, mereces ser feliz hermanita–le dijo Tita y lágrimas de felicidad rodaron por su cara. Lucía había sufrido mucho y ya era hora de que la felicidad tocara a su puerta.

–Cuenta con nosotras para lo que se te ofrezca, te ayudaremos a planear tu boda, serás la novia más bonita que pudiera tener Gabriel.

–Les agradezco su apoyo, pero desde ahorita les digo, que no pienso hacer

nada en grande, nos casaremos por la Iglesia, pero será una ceremonia sencilla, solo los más allegados, después haremos un brindis en casa de él.

—Pues sea como sea cuentas con nuestra ayuda.

La comida transcurrió y Lucía estaba eufórica.

Mientras tanto, en el hospital, Gabriel le daba la noticia a Neyda, sin saber que Lorena estaba escuchando la conversación. Sus ojos reflejaban el más puro odio hacía él y sobre todo hacía ella, las cosas no podía dejarlas así, tendría que hacer algo para separarlos definitivamente. Con sigilo cerró la puerta y se marchó de ahí. Tendría que averiguar cuando ocurriría tal acontecimiento para ir planeando su venganza.

Neyda se alegró mucho por ellos y les deseó mucha felicidad.

—Gracias Neyda, siempre tan servicial, ya son muchos años trabajando juntos, así que no me puedes fallar, tu estarás invitada a mi boda, Lucía y yo queremos algo sencillo, tan pronto tengamos todo listo, te lo haré saber para que no hagas planes, ese día, me encantaría contar contigo y por supuesto, con tu familia.

—Será un placer asistir a su boda doctor Smith.

Lucía anotaba en una libreta las cosas que iba a hacer, tenía que ir a hablar con el párroco de la Iglesia, pero antes que eso, tenía que ir a hablar con Carlos, no le gustaría que se enterara por nadie más. Tomó las llaves del auto y se dispuso a marchar.

—Rodríguez tienes visita.

Carlos imaginó que serían sus padres, pero al ver a Lucía tras la ventana, se sorprendió, habían pasado meses desde la última vez que la vio. Se miraba más hermosa y serena. Tomó el teléfono y la saludó.

– ¡Hola Lucía! Me da gusto verte y saber que estas bien, tienes mejor aspecto que la última vez.

–Gracias, tú también te vez mucho mejor, veo que recuperaste peso, tienes mejor semblante.

–Así es y dime ¿A qué debo tu visita?

–Carlos, lo que te voy a decir, no sé cómo te lo vas a tomar, no es fácil para mí, pero por todos los años que estuvimos juntos, quise venir a contarte personalmente.

– ¿Qué pasa Lucía? Me estas asustando, acaso ¿estás enferma?

–No te preocupes Carlos, lo que te voy a decir no es nada referente a mi salud, que por cierto es muy buena–hizo una pausa–. Carlos, hace tiempo mientras estuve en el hospital, conocí a un doctor, tiempo después dejé de verlo, porque él quería algo serio conmigo y yo aún no estaba lista, el tiempo pasó y hace pocas semanas nos volvimos a reencontrar, empezamos a salir y...ayer me pidió que fuera su esposa. –eso último lo dijo de recorrido, esperando la reacción de él.

Carlos ya sabía de su relación con el doctor, ella no sabía, pero contrató a un guardaespaldas, después de que casi muere, no había querido arriesgarse a que le pasara algo malo, así que él la mantenía al tanto de todo, sabía que era feliz y eso para él, era lo más importante, si alguien merecía ser feliz era ella.

–Lucía, me alegro mucho por ti–se hizo el sorprendido–te mereces toda la felicidad, no sé quién sea él, pero estoy seguro que sabrá tratarte como te

mereces. Es una pena que lo nuestro no haya marchado bien, pero quiero que sepas, que no fue tu culpa, tu eres la esposa que cualquier hombre quisiera tener. Te deseo mucha felicidad y dile a tu pareja que, si algún día te trata mal, te daña, ya puede irse escondiendo de mí, porque sería capaz de molerlo a golpes.

Lucía no hizo más que sonreír, sabía que Carlos estaba bromeando, aunque por un momento si le creyó capaz de hacer algo sí. Siguieron platicando hasta que se acabó el tiempo de visita.

Lucía salió de ahí sintiendo que se quitó un peso de encima, pues ignoraba como iba a reaccionar Carlos, ahora faltaba anunciar su compromiso a su suegro, sabía que él se alegraría por ella, más su suegra, bueno exsuegra, no.

Llegó a su casa y sin perder más el tiempo se comunicó con él.

—Faustino Rodríguez a sus órdenes. —era el típico saludo de su suegro. No le costaba llamar exsuegra a su esposa, pero para ella, el siempre sería su suegro.

— ¿Cómo este suegro?

— ¿Lucía, eres tú? Vaya hija, cuanta alegría de oír tu voz, me tienes muy abandonado.

—Lo sé y no sabe cuánto lo siento, pero dígame, ¿Cómo ha estado?

—Muy bien hija, un poco achacoso por la edad, pero nada de cuidado, mejor dime, ¿Cómo estas tu? Hace mucho que no se nada de ti.

—He estado muy bien, no tiene nada de qué preocuparse—hizo una pausa

—Suegro, si le hablo es para darle una noticia, no sé cómo se lo va a tomar, pero espero que tan bien como se lo tomó Carlos.

–Tú dirás hija, ¿Qué es eso que quieres decirme?

–Pues que anoche me comprometí en matrimonio con un doctor, lo conocí hace tiempo, dejamos de vernos hasta hace poco que volvimos a reencontrarnos, empezamos a salir y ayer me pidió matrimonio, quizás algunos digan que es muy pronto, pero después de lo de mi hijo, he aprendido que hay que aprovechar cada instante en esta vida, que no hay que desperdiciar el tiempo, pues hoy estamos aquí y mañana quien sabe. Queremos hacer algo sencillo, solo la familia y amistades más allegadas, me encantaría contar con su presencia, de hecho, me encantaría que fuera usted el que me entregara en el altar, pero solo le quiero pedir algo–no sabía cómo se iba a tomar las siguientes palabras–,no quiero que venga su esposa, usted sabe que nunca me quiso y para mí, ese día tan especial, quiero rodearme de gente que me quiere y a la cual yo quiero. Espero que me comprenda y por supuesto, si Julián está aquí, también me encantaría contar con su presencia.

–Hija te entiendo perfectamente que no quieras a Rita ese día y así será, para mí es un honor que me tomaras en cuenta para caminar a tu lado hacía el que será tu esposo. Tan pronto Julián se comunique conmigo, le daré la noticia, estoy seguro que se alegrará mucho por ti.

Siguieron platicando por un largo rato, hasta que, a lo lejos, oyó la voz de su esposa y decidió mejor cortar la comunicación, no sin antes decirle que tan pronto tenga todo arreglado, le dirá la fecha del acontecimiento.

Los días transcurrían y Lucía ocupaba su tiempo en preparar dicho enlace con la ayuda de Gabriel, aunque sería algo sencillo, él quería estar presente en cada decisión que fueran a tomar con respecto a los preparativos. Todo fluía muy bien, aún no se podía creer que dentro de poco Lucía sería su esposa. Los días a su lado eran los más felices que había pasado, desde la muerte de su mujer. Creía que nunca conocería a quien lo hiciera desear formar de nuevo

una familia, hasta que la conoció a ella. Era todo lo que siempre había deseado en una mujer, era hermosa, inteligente, fuerte, valiente y con un instinto maternal bien arraigado, estaba seguro que serían muy felices. Sus hijos ya añoraban que Lucía se fuera a vivir con ellos. Aún no habían hablado de que haría con la casa de ella.

—Amor, has pensado en ¿qué vas hacer con la casa? Lo más lógico es que te vengas a vivir aquí, pues esta casa es más grande que la tuya, además está un cuarto de más para Juany—Lucía se sorprendió cuando dijo eso, no habían hablado de que sería de Juany, pero ella no quería separarse de ella, había sido muy fiel y le tenía mucho cariño, Gabriel notando su asombro, continuó —.Amor pensaste que te separaría de ella, yo se lo mucho que ambas se quieren, sé que tú la vez como parte de tu familia, de la misma manera que yo veo a mi nana, además había pensado que no estaría de más que Juany le eche una mano, cada vez veo a mi nana más cansada, sé que mis hijos son buenos, pero le dan guerra, necesita una ayuda y las dos podrían hacerse compañía, ¿Qué te parece?

Lucía volvió su mirada hacía él, con una sonrisa en sus labios le dijo:

— ¿Qué he hecho para merecer a un hombre tan bueno como tú? —acercó sus labios hacía el y los dos se fundieron en un cálido y apasionado beso.

—No mi amor, esa pregunta es la que me hago yo todos los días, ¿Qué hice para merecer a una mujer como tú?

Sus bocas danzaron mientras la pasión se desbordaba, en cuestión de minutos sus cuerpos desnudos se entrelazaron y se dejaron llevar por la pasión que sentían cada vez que sus cuerpos se unían. Hace mucho que Lucía no se sentía tan completa al lado de un hombre, Gabriel era un amante excepcional, sabía darle lo que a ella le gustaba, acariciaba todo su cuerpo con devoción y

ternura. Estar entre sus brazos era una bendición, él supo cómo ganarse su amor y respeto.

Los días pasaban y una tarde Gabriel le marcó a Lucía, al no contestarle se preocupó, era la cuarta vez que le marcaba y ya le había mandado infinidad de textos, así que decidió que tan pronto terminara su turno, iría a verla.

Llegó a su casa y tocó el timbre, Juany con un semblante serio y los ojos rojos, lo recibió.

Gabriel al ver el estado en que ella se encontraba, su preocupación aumentó.

–Juany, ¿Dónde está Lucía? Le he marcado varias veces y no me contesta, ni regresa las llamadas, mucho menos los textos.

– ¡Ay doctor! Mi señora hoy amaneció muy decaída, como hace mucho tiempo no estaba, mañana es el aniversario de mi niño Sebas y hoy, ella amaneció sin ganas de hacer nada, ni siquiera he logrado hacerla comer algo, se la ha pasado encerrada en su recámara, llorando.

–Gracias por cuidar de ella, iré a su cuarto, por favor prepara algo ligero, trataré de hacer que coma algo. –dirigió sus pasos hacia su habitación, lentamente abrió la puerta, lo que vio le desgarró el alma, una Lucía acostada en la cama, en posición fetal, lloraba a mares por la pérdida de su hijo. Se acercó a ella, subió a la cama y se recostó a su lado, la abrazó muy fuerte mientras le decía al oído palabras de consuelo.

–No te voy a decir que dejes de llorar, al contrario, si eso te hace sentir mejor, pues adelante, llora cuanto quieras, pero quiero que sepas que no estás sola en esto, me tienes a mí para llorar sobre mi hombro, para darte todo mi apoyo cuando sientas tus fuerzas desfallecer, no tengas miedo que yo te sostendré,

estaba muy preocupado por ti, te he estado marcando a tu teléfono y has ignorado mis llamadas y mis textos. Se que te sientes triste, pues mañana será el primer aniversario de la partida de tu hijo, pero no quiero que te dejes consumir por el dolor de su perdida, yo te necesito, mis hijos te necesitan, me duele tanto verte sufrir. Juany me ha dicho que no has comido nada en todo el día, eso no puedo permitirlo, te puedes enfermar, te voy a preparar un baño para que te relajes y despejes tu mente, Juany te está preparando algo para comer y no vamos a aceptar una negativa.

Lucía lo escuchó atentamente, ese día al despertar sintió un dolor que la embargó. Había logrado poder hablar de su hijo sin ponerse a llorar, les había contado anécdotas a los hijos de Gabriel, pero ese día sintió un deseo enorme de llorar, lo había hecho casi todo el día, no sentía ánimos para hacer nada, solo quería dejarse llevar por el dolor que en ese momento la consumía.

Minutos después, Gabriel se acercó a ella y en brazos la llevó al baño, con mucho cuidado la depositó en el piso y lentamente la fue desnudando, una vez que terminó de quitarle la última prenda, la invitó a sumergirse en la bañera que el mismo había preparado con sales aromáticas de lavanda, eso haría que se relajara, tan pronto comiera algo, pensaba administrarle un calmante que la hiciera dormir hasta mañana.

Lucía se dejó guiar por Gabriel, se sumergió en el agua y el con mucho cariño la fue lavando. Tomó una esponja y con ella se la pasó por todo su cuerpo, después le lavó su larga cabellera y con paciencia, poco a poco fue enjuagando sus cabellos. Una vez que terminó, con lentitud la secó y la envolvió en una bata. La acompañó a la cama y con ternura y amor la volvió a acostar, salió unos minutos y al regresar, tenía entre sus manos un caldo de pollo con verduras que Juany le había preparado.

Lucía no decía nada, solo se limitaba a abrir la boca mientras que Gabriel la

alimentaba. Apenas había probado bocado cuando se negó a comer más, Gabriel le insistió que sólo comiera un poco más y ella le obedeció. Retiró la bandeja con la comida y solo le acercó un vaso con agua y le pidió que tomara una pastilla, al principio ella se había negado, pero con paciencia él logró que se la tomara y ahora sus ojos estaban cada vez más pesados, se sentía tan ligera como una pluma, tenía la sensación de estar flotando, poco a poco se fue dejando llevar por el sueño.

Gabriel salió de la recámara y le dijo a Juany que iría a su casa, estaría un momento con sus hijos, pero al rato regresaría para pasar la noche con Lucía, no quería dejarla sola en esas circunstancias. Le informó que con el calmante que le dio, ella no despertaría hasta el día siguiente.

Al salir Gabriel llamó al hospital para avisarles que, debido a un problema personal, no podría ir mañana a trabajar. No quería dejarla sola, sabía que ella había organizado una misa en honor a su hijo y quería acompañarla en todo momento.

Llegó a su casa y unos sonrientes hijos lo recibieron.

– ¡Hola papi! ¿Cómo te fue en el trabajo? –lo saludó Jonathan.

–Muy bien hijo, y a ustedes ¿Cómo les fue en la escuela?

–Muy bien papi, ya les dije a todas mis amigas que muy pronto tendré una mamá. –le comentó Jessica muy emocionada. ¿Dónde está Lucía?

–Ella está en su casa, no se sentía muy bien, le duele un poco la cabeza, pero de seguro que tan pronto se le pase el dolor, ella vendrá a verlos. Ya es hora de cenar, vayan a lavarse las manos.

La nana lo había estado observando desde que llegó y sabía que algo le pasaba, así que se le acercó para averiguar qué era eso que a él le mortificaba.

– ¿Qué pasa hijo? Te conozco desde que naciste, así que sé que algo te preocupa. ¿Acaso discutiste con Lucía?

–No nana, entre Lucía y yo las cosas marchan bien, es solo que hoy la vi tan desmejorada, que me partió el alma, mañana es el aniversario de su hijo y hoy el llanto la consumió, sabes quiero pedirte de favor que te hagas cargo de los niños, hoy pasaré la noche con ella y mañana la acompañaré a la misa que dará en honor a su hijo. No quiero separarme de ella ningún momento, quiero estar ahí en caso de que ella se llegue a sentir mal.

–No te preocupes hijo, vete tranquilo, cualquier cosa que pase, yo te avisaré. Ten paciencia con ella, va hacer un día muy duro para ella, demuéstrole cuanto la quieres.

–Así lo haré nana, ceno con los niños y me voy, le di un calmante antes de venir a casa, aun así, no quiero fiarme, quiero que cuando ella abra sus ojos vea que estoy a su lado, apoyándola en estos momentos.

–Eres un gran hombre hijo, estoy muy orgullosa de ti. Por cierto, ya les preguntaste a tus padres si van a venir a la boda,

–Si nana y dijeron que lo sentían mucho, pero tenían programada una conferencia para ese día y no había forma de posponerla.

Su nana se entristeció, como era posible que se la pasaran viajando de un país a otro sin parar ni un segundo a ver a su hijo y convivir más con sus nietos.

–No te preocupes nana, ya estoy acostumbrado, mientras no faltes tú, los demás me dan igual si vienen o no.

Gabriel velaba el sueño de Lucía, había estado muy inquieta durante la noche, incluso había llorado, pero él la consoló, en sus brazos la envolvió y ella se tranquilizó.

Abrazados, con las piernas entrecruzadas, los recibió la mañana.

Gabriel le sonrió y depositó un beso en sus labios. Lucía había amanecido con sendas ojeras debido al llanto intermitente de ayer. No recordaba que el fuera a visitarla, se sorprendió de verlo en su cama.

– ¡Buenos días mi vida! ¿Cómo amaneciste? ¿Te sientes mejor?

– ¡Buenos días amor! ¿Qué haces aquí?

–Como que ¿Qué hago aquí? ¿No recuerdas nada de ayer? –Gabriel le relató los acontecimientos y ella estuvo más que agradecida por contar con su presencia. Le dio las gracias y en seguida se pusieron en pie. El olor a café recién hecho les llamó la atención, dirigieron sus pasos hacia la cocina, en donde Juany ya tenía la mesa puesta con un succulento desayuno. Ambos le dieron las gracias por sus atenciones.

En completo silencio terminaron de desayunar. Tiempo después los tres se dirigían a la Iglesia, allá estaría su familia para apoyarla en su primer aniversario. Su sobrino Javi, experto en computación, había hecho un video para presentarlo al final de la misa, donde en el plasmaba la vida de su primo Sebastián.

Al llegar se encontró con su suegro y su flamante esposa, que no dudo en sacar a relucir el veneno que llevaba por dentro.

–Ya me enteré de que te vas a casar, mi nieto aún no se enfría y tú ya estás pensando en revolcarte con sabrá Dios quien.

Gabriel al oír la forma en que le faltaba al respeto a Lucía, no dudo en intervenir.

–Señora, esa no es la forma de dirigirse a mi futura esposa, para la próxima le

pediré que cuide su lengua mordaz, no quiero responderle con una grosería.

–Mil disculpas hija, ya sabes cómo es Rita, no le prestes atención.

Iba a responder cuando una voz a sus espaldas la estremeció de la emoción.

–Me da gusto verte cuñadita, aunque tú y mi hermano ya estén divorciados, para mí, siempre serás mi cuñadita.

Lentamente Lucía se volteó y al ver a Julián ahí, corrió a sus brazos, que la envolvieron con mucha ternura. El llanto que Lucía había estado aguantando, se soltó como río acaudalado, lloró incontrolablemente, mientras Julián le decía palabras de consolación al oído.

–Siento mucho no haber estado aquí cuando todo esto pasó, estaba en una misión y fue muy tarde cuando me dieron la noticia, sabes que quise mucho a tu hijo y siempre lo voy a recordar con mucho cariño, mira. –se destapó su camisa y a la altura del corazón, Julián llevaba un tatuaje de la cara de su hijo.

Al verlo, Lucía se emocionó más y se dejó envolver entre sus brazos. Julián y ella siempre se habían llevado muy bien, tenían una bonita relación.

Un carraspeo los sacó de trance. Era Gabriel, que no le había gustado la efusividad como ellos se estaban abrazando.

–Permíteme presentarte a mi prometido, el doctor Gabriel Smith.

Julián le dio la mano y le respondió:

–Mucho gusto doctor Smith, espero que cuide muy bien Lucía y la haga muy feliz, ella es para mí como la hermana que nunca tuve, así que espero que no le moleste que quiera estar al pendiente de ella

–El gusto es mío, Lucía me ha hablado de ti, esperamos contar con tu

presencia el día de nuestra boda.

–Ten por seguro que, de estar aquí para esa fecha, con gusto asistiré, pero en mi profesión nunca se sabe. Hoy estoy aquí y mañana al otro lado del universo.

Momentos después todos tomaban asiento mientras el Padre decía unas palabras muy emotivas que a más de uno se le salieron las lágrimas, al terminar, Javi puso el proyector y en él, las imágenes de su hijo empezaron a desfilar, desde que era un recién nacido hasta el último cumpleaños.

En este punto, Lucía no pudo controlarse más y lloró, sentía su alma desgarrada. Gabriel al verla sintió impotencia, hubiera querido ser él el que llevara la carga de su dolor, pero nadie puede cargar nuestra propia cruz, cada uno tiene una y tenemos que saber llevarla con fuerza y valor.

Al salir de ahí sus hermanas le propusieron ir a comer a un restaurante, pero ella se negó, quería ir a su casa y descansar, no tenía ánimos para nada y Gabriel la respetó. Se marcharon en compañía de Juany y al llegar a la casa, los dos se encerraron en su habitación.

Lucía se dejó llevar por el sueño, iba caminado por un prado verde, a la distancia había un bosque de árboles tupidos, se respiraba una calma absoluta. El cielo era de un color azul brillante, estaba embelesada observándolo que no sintió la presencia de alguien hasta que esta hablo.

– ¡Hola mamá!

Lentamente Lucía se fue dando la vuelta para encontrarse con su pequeño hijo que con amor la observaba. Sin pensarlo siquiera Lucía se abalanzó a sus brazos, lo envolvió entre los de ella y no lo quería soltar.

–Mami, no me gusta verte llorar, ya no llores más, yo estoy bien, aquí soy feliz

y quiero que tú también lo seas, el doctor se ve que te quiere mucho y sus hijos te necesitan, tu perdiste a un hijo y ellos a una madre, quiero que todo el amor que sentías por mí, lo volquees en ellos, ya no quiero verte sufrir.

Una lágrima rodó por la mejilla y Lucía solo asintió a lo que su hijo le decía.

–Fuiste la mejor mamá que pude tener, me diste mucho amor, atención, sé que perderme te ha hecho sufrir, pero ya es hora de que la vida te devuelva un poco de alegría y sé muy bien que al lado de esa familia lograrás ser feliz.

–Y tú fuiste el mejor hijo que la vida me puso haber regalado. Nunca te olvidaré, siempre permanecerás en mi corazón.

–Adiós mamá, se feliz.

–No te vayas aún hijo, quédate un rato más.

–No puedo mami, ya llegó la hora de partir, me voy sabiendo que tu estarás en buenas manos, que tendrás unos hijos a los cuales amar, cuídate mucho, mami, cuídate por favor, algún día nos volveremos a encontrar.

Lucía despertó del sueño abruptamente, eran las tres de la madrugada, Gabriel dormía plácidamente, se acercó a él y recostó su cabeza en su pecho.

Capítulo 13

Llegó el gran día, Lucía y Gabriel se jurarían amor eterno frente a familiares y amigos más cercanos. Estaba muy nerviosa, era la primera vez que se casaría por la Iglesia, ya que con Carlos solo se casó por el civil. Sus hermanas llegaron temprano para ayudarla a arreglarse, en un rato más llegaría Charlie, su estilista.

Después de la ceremonia, irían a casa de Gabriel a tomar un aperitivo, luego de ahí, marcharían a su luna de miel, debido al trabajo de Gabriel no podían ausentarse por mucho tiempo, así que pasarían un fin de semana en una cabaña que estaba localizada en el estado de Colorado. Lucía quería tener algo de intimidad y Gabriel le sugirió eso, a lo cual ella aceptó encantada.

Gabriel nunca estuvo más nervioso que ese día, tanto así que no podía hacer el nudo de una simple corbata, su nana le dio la mano al ver que por más que trataba, no le salía.

–Hijo te quieres calmar de una vez, estas hecho un manojo de nervios, esto no es habitual en ti. ¿No te estarás arrepintiendo verdad?

–Como crees nana, si estoy tan feliz de que por fin llegara este día, estoy que muero por los nervios.

–No te preocupes que todo saldrá muy bien, Jonathan ya está listo y me imagino que Jessica también, Lucía quería que peinaran a la niña al igual que ella, así que por ella no me tengo que apurar.

Mientras Lucía y Gabriel terminaban de alistarse, Lorena planeaba

meticulosamente su venganza, nunca antes la habían despreciado y había jurado cobrar venganza, desde muy temprano fue a la Iglesia en donde se llevaría a cabo tal evento y se escondió, no le importaba tener que esperar horas ahí, quería que todo saliera perfecto.

Lucía y Jessica quedaron divinas, ambas llevaban un vestido estilo princesa, el cual escogió la niña, le hacía mucha ilusión que Lucía se lo pusiera y ella encantada aceptó, con la condición que le hicieran uno a ella también, la niña se emocionó tanto, que por días de lo único que hablaba era de sus vestidos.

Llegó la hora, la limusina que las recogería había llegado, estaba muy nerviosa, la niña le tomó la mano muy fuertemente.

– ¿Estas nerviosa Jessica?

–No

–Entonces, ¿por qué me aprietas mucho la mano?

–Eso es para que no te vayas corriendo en caso de querer irte. Papi dijo que te la sostuviera muy fuerte.

Ante ese comentario Lucía solo sonrió.

Veinte minutos después, la limosina aparcaba a la orilla de la Iglesia, su suegro se acercó a abrirle la puerta y le ofreció el brazo para salir, ella a su vez le dio la mano a la niña y juntos los tres se dirigieron hacia su destino.

Al llegar a la entrada, su hermana Nelly le dio una canasta de pétalos de flores a la niña, para que los fuera tirando a su paso, habían practicado muchas veces, que esperaba que todo saliera bien.

La música empezó a sonar, Lucía se sentía muy nerviosa, pero momentáneamente y miró a su suegro.

–No dudes de que estas haciendo lo correcto hija, mereces ser feliz y Gabriel se ve que es un buen hombre.

–Gracias suegro por sus palabras y por estar aquí en este día, a mi lado.

Faustino le sonrió y la urgió a que siguiera avanzando.

En el altar un Gabriel contuvo la respiración al ver que Lucía se paraba, pero en cuanto la vio seguir caminado, soltó el aire contenido.

Al llegar a su lado, su suegro le ofreció la mano de Lucía con las siguientes palabras:

–Gabriel, hoy en este día, te entrego la mano de alguien que para mí es como si fuera mi hija, cuídala, amala y sobre todo respétala. Te estoy confiando mi bien máspreciado, espero que sepas valorarla.

–Muchas gracias Faustino, espero no defraudar a Lucía jamás. Pondré todo de mi parte para hacerla la mujer más feliz sobre la faz de la Tierra.

–Que así sea. – Faustino se retiró hacía su banca, en donde su hijo Julián lo esperaba, afortunadamente, pudo asistir al evento.

Escondida entre cortinas se encontraba Lorena presenciando todo desde lejos, sin saber que alguien la observaba a ella. James fue contratado por Carlos después del episodio que hubo en su casa, ya había perdido a su hijo y aunque Lucía y él ya no eran pareja, él seguía preocupándose por ella, por tal motivo contrató a James para que fuera su sombra. Este a su vez le pasaba los informes cada semana de las actividades de ella, hasta que un día le comentó que había notado que alguien seguía muy cerca los pasos de Lucía, Carlos le pidió que investigara todo lo posible para saber de quien se trataba. Fue así como descubrió el plan tan macabro que quería llevar Lorena.

Sintiéndose rechazada por Gabriel, ella lo único que quería era verlo sufrir, así que se propuso matar no solo a Lucía sino a sus hijos también, James sabiendo esto, no podía hacer nada, no había suficientes pruebas para encarcelarla, así que hizo lo único que podía hacer hasta ese momento, avisar a la policía para que estuviera al tanto de cualquier movimiento sospechoso. Tenían que dejarla actuar si es que querían aprisionarla.

La boda siguió su curso, Lucía y Gabriel eran ajenos a lo que pasaba a su alrededor, ambos estaban perdidos en la mirada del otro.

Llegó la pregunta de rigor:

–Lucía aceptas por esposo a Gabriel para serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida

–Yo Lucía, te acepto a ti como mi esposo y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad y amarte y respetarte todos los días de mi vida.

–Gabriel aceptas a Lucía por esposa para serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, amarla y respetarla todos los días de tu vida.

–Yo Gabriel, te acepto a ti como mi esposa y prometo serte fiel. En las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad y amarte y respetarte todos los días de mi vida.

–El señor confirme con su bondad este consentimiento que han manifestado ante la Iglesia y cumpla con ustedes su bendición. Y lo que Dios acaba de unir, que nunca lo separe el hombre. Los declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Gabriel se acercó a ella y poniendo sus manos a la altura de la cintura, la acercó más a él y le dio un tierno beso. Estaban ensimismados el uno en el otro, que no se dieron cuenta del tumulto que se había formado al final del pasillo.

Lorena con una pistola se quiso acercar a ellos, Gabriel al darse cuenta de lo que estaba pasando, quiso cubrir a Lucía con su cuerpo. Lorena levantó el arma, más no llegó a disparar, ya que James la desarmó en cuestión de segundos, la policía se hizo cargo de ella y se la llevó esposada no sin antes oír el juramento de volver a vengarse.

– ¿Estas bien mi amor? – Lucía temblaba por el susto que había pasado. –ya pasó amor, no tienes nada de qué preocuparte, todo estará bien.

Un oficial se les acercó y les pidió que lo acompañaran a declarar. Ellos aceptaron no sin antes hablar con la familia y amistades, les pidieron que se fueran adelantando a la casa en lo que ellos iban a dar la declaración de los hechos.

Dos horas después Gabriel y Lucía entraban a la casa en donde la familia y amigos ya los esperaban.

El convivio fue muy ameno, tal y cual lo habían imaginado ellos, a pesar del susto recibido, la reunión siguió su cauce.

Horas después se quedaron solos, los niños hace rato que ya se habían marchado a dormir, la nana también, Juany se quedó en la casa de Lucía, mañana traería sus cosas para mudarse con ellos.

– ¿Eres feliz? –le preguntó Gabriel.

–Si y mucho, y tú ¿eres feliz?

–Tanto como jamás imagine. Al quedar viudo, nunca me volví a replantear volver a casarme algún día, hasta que te conocí a ti, eres lo mejor que me ha pasado, después de mis hijos. Prometo serte muy feliz, cada día de mi vida, hasta que la muerte nos separe.

Sellaron esa promesa con un beso que en pocos segundos subió de tono, Gabriel la tomó entre sus brazos y la llevó a la recámara, ahí la depositó lentamente y se retiró de ella, mientras la observaba se iba quitando cada prenda que cubría su cuerpo. Lucía en silencio lo observaba, se acercó a ella solo con su ropa interior y con un movimiento rápido la volteó sobre su estómago para desabrochar el vestido de atrás, fue desabrochando uno a uno los botones que cerraban el vestido, mientras que le iba depositando suaves besos y le decía que era la novia más bonita que había visto jamás. Una vez que terminó de desabrochárselo, con lentitud se lo fue bajando. Lucía estaba en ropa interior, tenía una tanga y unos ligeros que a Gabriel le parecieron muy sexy.

Una vez desnudos los dos, Gabriel se dedicó a venerar su cuerpo, con caricias suaves y sugerentes se lo fue recorriendo. Ella no se quiso quedar atrás y con rapidez se apropió de su falo. Un gemido salió de la garganta de Gabriel.

–Gabriel no quiero ni puedo esperar más, por favor, hazlo ya, me estoy derritiendo.

–Espera un poco más amor, quiero probar tus labios vaginales, embriagarme en ellos y hacerte gozar de pasión.

Y eso fue lo que hizo, con maestría los succionó llevando a Lucía a lugares imaginarios, mordió su clítoris, mientras con la lengua lo chupaba con los dedos la penetraba, primero movimientos suaves, luego aumentando la intensidad de ellos, Lucía alcanzó un orgasmo, que con mucho gusto Gabriel se

bebió.

Ella quiso devolverle el favor, pero Gabriel se lo impidió, con una fuerte embestida la penetró. Lucía quiso tomar el control y Gabriel se lo cedió, Lucía cabalgaba encima de él, sus movimientos eran precisos, estaba al borde de tener otro orgasmo, Gabriel colocó sus manos en la cintura y la instó a moverse más de prisa, segundos después se dejaba caer sobre el pecho de él. Y así sucumbieron al sueño, ninguno de los dos se movió.

A la mañana siguiente, el olor al café recién hecho, los despertó, después de la noche movidita que tuvieron, ambos tenían hambre, antes de bajar se darían un simple baño, el cual se alargó por la fogosidad con la que despertó Gabriel.

Al bajar, los niños ya se encontraban desayunando en compañía de la nana y Juany.

– ¡Buenos días! Saludaron los dos.

En ese momento Jessica se paró de su lugar y fue corriendo hacia ellos, Gabriel abrió los brazos pensando que iría hacia él, para su sorpresa, Jessica corrió hacia Lucía que esta al ver que había pasado de largo a su papá, la recibió con las manos abiertas.

–Ahora si te puedo decir mamá. –con una tierna voz le dijo eso.

–Claro que si princesa. Puedes llamarme como tú quieras.

–Si Jessica te va a decir mamá, entonces yo también quiero hacerlo. –le dijo Jonathan.

–Me parece perfecto. – Y poniendo se un poco seria dijo–la vida me arrebató un hijo y Dios me compensó con dos, soy muy afortunada de tenerlos. –una lágrima de felicidad corrió por su mejilla.

Gabriel se le acercó por atrás y le dio un fuerte abrazo mientras al oído le decía:

–Somos nosotros los que tenemos la fortuna de contar contigo, te amo mucho, amor.

La nana y Juany observaban en silencio, aunque hubieran querido decir algo, no podrían, pues un nudo se instaló en su garganta y les impedía decir algo.

Lucía y Gabriel volvían ese día de su luna de miel. Habían pasado momentos muy agradables, recorrieron el lugar, se respiraba aire puro en las montañas, pero ya era hora de volver a casa. Estaban muy emocionados por volver con sus hijos, sí, ellos eran sus hijos por decisión propia, no los tuvo en su vientre, pero si los tenía en su corazón. Antes de regresar fueron de compras, Lucía quería llevarle un presente a los niños, a la nana, a Juany y a sus hermanas.

Mientras tanto Juany y la nana habían preparado una comida de bienvenida, los niños estaban muy emocionados por volver a ver a sus padres.

Oyeron el ruido de un motor y corrieron hacia la ventana a ver quién era. Se emocionaron tanto al verlos llegar que brincaron de la emoción.

Gabriel abrió la puerta y dejó pasar primero a Lucía mientras que él la seguía con la maleta. Los niños se acercaron brincando alrededor suyo, estaban muy felices de volverlos a ver, Lucía extendió sus brazos para cobijarlos y Gabriel se puso enfrente de ella para unirse a ese abrazo de oso. Juany discretamente les sacó una fotografía para el recuerdo de ese gran día.

Mientras comían, Lucía les platicaba todo lo que hicieron en la luna de miel, bueno no todo, hay cosas que no se puede decir a un niño. Les entregó los regalos que había traído y felices corrieron a su cuarto para jugar con ellos.

–Me da gusto saber que ya te instalaste Juany.

–A mí me da más gusto que no haya prescindido de mis servicios.

–Como crees que podría hacerte tal cosa, tu eres como de la familia, eres parte de mí. Ahora somos una gran familia y espero que estés contenta con nosotros.

El teléfono sonó y Gabriel fue a contestarlo, volvió segundos después.

–Mis vacaciones han terminado, me acaban de hablar para que vaya a presentarme de inmediato, al parecer hubo un incendio y hay muchos heridos.

–Vete con mucho cuidado amor. –le dio un beso en sus labios.

–He estado pensando en dejar el hospital, antes me gustaba porque no tenía a una mujer esperando por mí, pero ahora que te tengo a ti, he pensado en abrir mi propio consultorio, de esa manera tendría más tiempo para ti y los niños. ¿Qué te parece?

–Yo estoy encantada, pero antes de tomar esa decisión, piénsalo bien.

–No hay mucho que pensar, hoy mismo hablaré con Neyda, voy a proponerle trabajar conmigo. Mañana mismo le pediré a tu hermana que me haga el favor de buscar un local donde pueda montar mi consultorio. No quiero pasar largas jornadas lejos de ustedes.

Diciendo eso, se despidió.

Los días transcurrían en casa de la familia Smith, Lucía jamás pensó que algún día volvería a ser feliz.

Epílogo

Jessica estaba muy nerviosa, ese día se casaría con el amor de su vida. Nunca se conformó con menos, ella quiso tener un amor como el que tenían sus padres y lo consiguió. Lucas era el amor de su vida, se conocieron cuando ella cursaba el segundo semestre en la universidad y desde entonces no se habían separado, aparte de guapo, era divertido, responsable y fiel. Esto último lo supo después de ponerle varias pruebas y en ninguna cayó.

Lucía entró a la recámara de su hija, a partir de ese momento, ella ya no volvería dormir allí, sentía mucha alegría por ella, pero al mismo tiempo, sentía que le arrancaban un pedazo de su corazón.

—Eres la novia más bonita que he visto en mi vida. Es una pena que la nana no te pueda ver—había fallecido hace diez años y aún la echaba de menos.

—No sigas mami, me vas hacer llorar.

—Tienes razón mi amor, perdón, no queremos que se estropee el maquillaje, a Jimena le va a dar un ataque si te desmaquillas.

Las dos se quedaron en silencio, Jessica se acercó a ella y tomó sus manos entre las suyas.

—Quiero decirte lo afortunada que fuimos mi hermano y yo en tener una madre como tú, no nos cargaste en tu vientre, pero si nos llevaste en tu corazón, te quiero mucho mami y jamás me cansaré de darle las gracias a papi por haberte cruzado en su camino, también le agradezco a Dios por habernos tocado la

mejor mamá del mundo, sé que en donde quiera que este, mi hermano Sebastián estará de acuerdo conmigo.

Lágrimas escurrían por la cara de Lucía, las dos se dieron un fuerte abrazo, el cual fue interrumpido por Jimena, la mejor amiga de Jessica, acababan de arruinar su maquillaje y estaba que se jalaba de los pelos, literalmente hablando. Ante tal alboroto entró Jonathan. Su hijo se había convertido en un importante abogado, aún era soltero y según él, juraba que así se iba a quedar, la realidad era, que al igual que su padre encontró la felicidad al lado de su madre y al ver a Jessica lograr la suya, él no se iba a conformar con menos. Se acercó a ellas y en tono gracioso les dijo:

—Ahora sí que parecen payasas con ese maquillaje, par de lloronas, pero como las quiero, ustedes son las mujeres de mi vida.

—Hijo creo que esa frase la debería de decir yo, ¿no crees?

—Padre pueden ser tus mujeres y mis mujeres, cuál es el problema. Yo las quiero tanto como tú.

—Hija te ves casi hermosa, en cuanto Jimena te arregle ese maquillaje, quedarás perfecta y tú también mi amor, ahora pareces un mapache. —Jonathan y su papá salieron del cuarto riéndose de su comentario, mientras que Jimena preparaba todo para volver a maquillarlas.

Lucía sintió dolor, impotencia, sufrimiento al perder a su querido hijo Sebastián, pero la vida le demostró que aun cuando pienses que todo está perdido, que nada tiene sentido, no hay que rendirse. Lucía no lo hizo y puedo ver que había después de la tormenta.

Agradecimientos

Esta historia es la segunda que escribo, no me considero escritora, ante todo soy madre. Me fascina leer, jamás me planteé escribir un libro, hasta que una amiga “Elizabeth” me motivo a hacerlo, de otra manera creo que mis ideas seguirían vagando por mi mente sin llegar a plasmarlas sobre un papel.

Esta historia es de ficción, cualquier parecido a la realidad es pura coincidencia, los nombres que utilicé si son reales, mis amigas se empeñaron en que los usara, Neyda me ayudó con sus conocimientos de enfermería, Patty, Sandra, Lorena y Juany me echaron porras, a Edith mi cuñada, fue mi inspiración en la cual traté de ponerme en su lugar, pues ella hace años perdió a un hijo y supo salir adelante, Nelly y Tita si son mis hermanas y tal como lo dije, soy la más chica de la familia, ellas desde un comienzo cuando les dije que iba a escribir un libro, me apoyaron incondicionalmente, al igual que mi querido suegro Celestino, el cual me dio consejos y se tomó el tiempo para leer los capítulos que le iba mandando. Muchas gracias a todos ellos y, sobre todo, muchas gracias a ti, por darle la oportunidad a mi libro, que, si bien no es la octava maravilla, lo he escrito con mucho amor y horas de dedicación, te agradezco de antemano tus comentarios, de esa manera podré saber que hice mal y que puedo cambiar para la próxima vez. Muchas gracias de nuevo y si estas pasando por un mal momento en tu vida, solo recuerda que cuando más oscuro esta, es porque pronto va a amanecer.

